



José Martí
Cartas de amistad

COLECCIÓN "LA EXPRESIÓN AMERICANA"

PRESENTACIÓN

EN EL CONJUNTO de su obra fragmentaria, dispersa y en parte perdida, las casi mil quinientas cartas que se conservan del cubano José Martí (1853-1895) representan el instrumento más flexible, variado y rico de su personalidad multiforme, capaz de revelar su intimidad tanto como su accionar y pensamiento. Esto pese a los grandes huecos que ofrece su correspondencia (por destrucción voluntaria e incuria de corresponsales, albaceas y herederos; ocultamiento que aún persiste en algunos casos; azar), oscureciendo zonas tan preciosas como las que tienen que ver con sus padres, su esposa, su hijo, su amante. El género epistolar no es sólo el que practicó por mayor tiempo, en casi estricto paralelo a su existencia conciente (el arco va del 23/10/1862, en carta a su madre escrita a los nueve años de edad que es su primer texto conocido, hasta la misiva a Mercado del 18/5/1895, un día antes de su muerte) sino el que parece adaptarse mejor a la escritura tan suntuosa como nerviosa, tan febril como meditada, tan inmediata como honda, que caracteriza al mejor Martí.

Su relación con el género fue declaradamente contradictoria. A veces le critica su escaso poder de comunicación ("me arde la lengua por contarle lo más íntimo mío, y saber lo de Ud.; pero en cartas todas esas cosas llegan frías. Y escribir parece ficción. Sólo el hablar es natural"; a Mercado, 20/10/1887). Otras, por el contrario, su peligrosa capacidad reveladora ("No me culpe por no haberle escrito: mi memoria no tiene la pereza aparente de mi mano. Es que vivo muy solo, y las cartas que escribo me dan miedo, porque me recuerdan cómo vivo"; a Agustín Avelado, 23/5/1882). Con la mayor frecuencia, se queja de no poder escribir más, iquien se supone fue autor de cuatro, cinco o seis mil cartas! ("Nunca me regañe porque le escriba poco. Llevo en mí un león preso que me hace pedazos las plumas"; a Enrique Estrázulas, junio o julio de 1888). Fijemos, pues, una imagen verosímil, la de Martí

dirigiéndose a su hija María, a Maricusa, en reclamo de amor, de memoria y de cartas!: "Tengo la vida a un lado de la mesa, y la muerte a otro, y mi pueblo a las espaldas: —y ve cuántas páginas te escribo" (19/4/1895).

En 1878, con 25 años de edad, Martí resumía de esta manera su vida al general Máximo Gómez: "de la escuela fui a la cárcel y a un presidio, y a un destierro y a otro. —Aquí vivo, muerto de vergüenza porque no peleo. —Enfermo seriamente y fuertemente atado, pienso, veo y escribo". No exagera en absoluto. En 1869, con apenas 16 años y por un mensaje que las autoridades españolas de la Isla consideran delictivo, es condenado a seis años de presidio político. Las condiciones del encierro —cadenas y grillos— y sobre todo el trabajo forzado en las canteras lo enferman de tal modo que es indultado a los seis meses. Deportado a España en 1871, pasa a París, a México, vuelve brevemente —con otro nombre— a La Habana en 1877, se traslada a Guatemala —con un salto a México para casarse con Carmen Zayas Bazán— y, aprovechando una amnistía, regresa a Cuba durante un año (1878-1879), naciendo allí su hijo José, para ser otra vez encarcelado y deportado a la península. Tras una nueva prisión inicial, escapa a París, va a Nueva York en 1880, viene a Venezuela —por cinco meses— en 1881 y se instala durante los últimos quince años de su vida en la Nueva York que odia. Sólo a comienzos de los noventa, y por motivos casi siempre políticos (ha puesto en pie de guerra a la emigración, creado el Partido Revolucionario Cubano y el periódico Patria), se dirige a otras ciudades norteamericanas (Tampa, Cayo Hueso, Filadelfia), a México, Jamaica, América Central, Santo Domingo y Haití, en una serie de agotadores viajes relámpago, hasta que ingresa a Cuba como combatiente, el 11 de abril de 1895, y sacia al fin ese "apetito desordenado de la muerte" (a Rafael Serra, marzo de 1891) al que contribuían la situación de su país, el destierro, la precaria salud, la incomprensión de sus familiares, la lejanía de la mujer y el hijo radicados en Cuba, la sombra imperialista que veía proyectarse sobre América Latina, las desavenen-

cias entre los mismos luchadores independentistas y, probablemente no menos, una proclividad personal mostrada desde la adolescencia.

Si un Martí exclusivamente íntimo es casi imposible de registrar, pues prácticamente en cada carta se acumulan diversos temas y él, por otra parte, vivía como tarea personal —y mesiánica— la liberación de su país, es al mexicano Manuel Mercado a quien se sincera con mayor frecuencia e intensidad, en las 136 cartas que se conservan. Sin embargo, incluso en ellas se muestra sumamente discreto sobre la política interior mexicana, pues Mercado ocupaba un alto cargo ministerial en el gobierno de Porfirio Díaz que había hecho a Martí abandonar dicho país. Su insobornable actitud ante otros mandatarios arbitrarios —Barrios en Guatemala, Guzmán Blanco en Venezuela— queda, de todos modos, clara, así como las cartas al general Máximo Gómez y a Tomás Estrada Palma, entre otros, establecen las líneas de discrepancia entre quien quería fundar un pueblo y quienes tenían como meta una victoria militar. El contenido social de la república que habría de crearse con la independencia, en el marco de una reconciliación entre cubanos y españoles, se manifiesta en el epistolario a Rafael Serra —director de La Liga, asociación de trabajadores negros—, Serafín Bello, Fermín Valdés Domínguez —amigo de la infancia, con quien compartió el presidio adolescente—, etcétera.

Las cartas a la madre, al hijo, a su hermana Amelia y a su cuñado José García nos transparentan al Martí “familiar”, con su cariño intacto pese a la incomprensión de sus ideas y la lejanía física, pero igualmente firme en sus estrictas exigencias éticas. Aun mayor ternura demuestra en las dirigidas a su hija María Mantilla —nacida en 1880—, a la hermana de ésta, Carmen, y a la madre de ambas, Carmen Miyares de Mantilla, aunque Martí autocensurara siempre la índole de sus verdaderas relaciones conyugales con quien llamaba Carmita.

El Martí peculiarmente seductor aparece ante la mexicana Rosario de la Peña; el eficaz y dotado de humor,

ante el uruguayo Enrique Estrázulas, que fue su jefe en el consulado de Uruguay en Nueva York y lo dejó a su frente mientras viajaba por Europa; el literario, ante Vargas Vila, con una estética latinoamericanista, y ante Gonzalo de Quesada, menospreciando su propia obra pero pidiéndole que la ordene para una publicación que todo hacía presumir como póstuma; el "venezolano", en fin, se evidencia en las cartas a Diego Jugo Ramírez, a Enrique José Varona—recomendándole a Pérez Bonalde— y a Fausto Teodoro de Aldrey, director en Caracas de La Opinión Nacional. Otros tantos Martí encontrará el lector en la correspondencia seleccionada, respondiendo siempre a quien escribía "recogiendo de la tierra sus propios pedazos" (a Juan Bonilla, 12/6/1890).

JULIO E. MIRANDA*

* Las fuentes de esta antología son las *Obras completas* de Martí, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1965 y el *Epistolario*, de Manuel Pedro González, Gredos, Madrid, 1973, cuyas informaciones, correcciones e interpretaciones nos han sido de enorme utilidad para esta edición. En la presente se han corregido las erratas advertidas, actualizado la grafía y se han incorporado las notas indispensables para aclarar los textos.

A LA MADRE*

10 de noviembre [1869]

Madre mía:

HACE DOS DÍAS que escribí a Ud. con un francés que viene a ver a los Domínguez, no el que fue allá, y me ha dicho que no ha podido llevar la carta. Me prometió llevarla. Dígame si va.

Anteayer también escribí a Ud.; pero no he tenido con quien mandar las cartas y no quiero que pasen en la cantina por la puerta. Como escribo a Ud. hoy rompo la carta de antier.

Ayer estuvo aquí el Fiscal y me preguntó con bastante interés por mi causa y su estado. Le dije lo que sabía; pero es muy extraño esto de que el que me ha de juzgar tenga que preguntarme por qué estoy preso. —Según me ha dicho, alguien le ha hablado de mí. —Los Domínguez y Sellén saldrán al fin en libertad, y yo me quedaré encerrado. Los resultados de la prisión me espantan muy poco; pero yo no sufro estar preso mucho tiempo. Y esto es lo único que pido. Que se ande aprisa, que al que nada hizo, nada le han de hacer. A lo menos, de nada me podrán culpar que yo no pueda deshacer.

Mucho siento estar metido entre rejas; —pero de mucho me sirve mi prisión. —Bastantes lecciones me ha dado para mi vida, que auguro que ha de ser corta, y no las dejaré de aprovechar. —Tengo 16 años, y muchos viejos me han dicho que parezco un viejo. Y algo tienen razón; —porque si tengo en toda su fuerza el atolondramiento y la efervescencia de mis pocos años, tengo en cambio

* Leonor Pérez Cabrera, natural de Santa Cruz de Tenerife (Canarias), casada con Mariano Martí Navarro, natural de Valencia (España), sargento primero del Real Cuerpo de Artillería. Esta carta a la madre es del mismo año en que comienza la vida política de Martí, escolar de dieciséis, apresado por “infidencia”, castigado con cárcel, que es cambiada por expulsión.

un corazón tan chico como herido. —Es verdad que Ud. padece mucho; —pero también lo es que yo padezco más. ¡Dios quiera que en medio de mi felicidad pueda yo algún día contarle los tropiezos de mi vida!

Estoy preso, y esta es una verdad de Perogrullo, pero nada me hace falta, sino es de cuando en cuando 2 o 3 rs. para tomar café; —pero hoy es la primera vez que me sucede. —Sin embargo, cuando se pasa uno sin ver a su familia ni a ninguno de los que quiere, bien puede pasar un día sin tomar café. —Papá me dio 5 o 6 rs. el lunes. —Di 2 o 3 de limosna y presté 2.

Tráiganme el domingo a alguna de las chiquitas.

Esta es una fea escuela; porque aunque vienen mujeres decentes, no faltan algunas que no lo son.

Tan no faltan, que la visita de 4 es diaria. A Dios gracias el cuerpo de las mujeres se hizo para mí de piedra. —Su alma es lo inmensamente grande, y si la tienen fea, bien pueden irse a brindar a otro lado sus hermosuras. —Todo conseguirá la cárcel menos hacerme variar de opinión en este asunto.

En la cárcel no he escrito ni un verso. —En parte me alegra, porque ya Ud. sabe cómo son y cómo serán los versos que yo escriba.

Aquí todos me hablan del Sr. Mendive, y esto me alegra. —Mándeme libros de versos y uno grande que se llama *El Museo Universal*. —Déle su bendición a su hijo.

PEPE

A RAFAEL MARÍA DE MENDIVE*

15 de enero 1871

Sr. Mendive:

DE AQUÍ A 2 horas embarco desterrado para España. Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, sólo a Ud. lo debo y de Ud. y sólo de Ud. es cuanto bueno y cariñoso tengo.

Diga Ud. a Micaela que si he tenido muchas imprudencias, la bondad con que las disculpa me hace quererla más.

Y a Paulina y a Pepe y a Alfredo y a todos, todo mi afecto.

Muchísimos abrazos a Mario, y de Ud. toda el alma de su hijo y discípulo.

MARTÍ

* Se trata de quien fuera su maestro cuando hacía los estudios secundarios. El año anterior Martí había padecido las peores condiciones en el presidio y por enfermedad fue indultado. Con esta carta se despide de Cuba.

A ROSARIO DE LA PEÑA*

[México, 1875]

Rosario:

SI PIENSO en Ud., ¿por qué he de negarme a mí mismo que pienso? Hay un mal tan grave como el de precipitar la naturaleza; es contenerla. A Ud. se van mis pensamientos ahora; no quiero yo apartarlos de Ud.

He dejado en Ud. una impresión de tristeza; yo amo con una especie de superstición todos los últimos instantes y me irrito conmigo mismo cuando en cada adiós mío digo menos de lo que quisiera decir con él mi alma. Y sin embargo, Rosario, tengo en mí esa paz suave y satisfecha que se llama contento. A nadie perdoné yo nunca lo que perdono yo a Ud.; a nadie he querido yo tanto, como quisiera yo querer a Ud.

Rosario, me parece que están despertándose en mí muy inefables ternuras; me parece que podré yo amar sin arrepentimiento y sin vergüenza; me parece que voy a hallar una alma pudorosa, entusiasta, leal, con todas las ternuras de mujer, y toda la alteza de mujer mía. Mía Rosario. Mujer mía es más que mujer común.

Tiene un alma de mujer enamorada muy bellos embarazos, muy suspicaces precauciones, encantadoras reservas, puerilidades exquisitas. Y ¿a qué... las inconstancias y desfallecimientos de este espíritu mío, tan enamorado de la luz que todo lo necesita para sus amores sin mancha y sin tinieblas? Rosario, —Rosario, yo he empezado a amar ya en sus ojos un candor que en tanto grado vino en ellos, que ni Ud. misma sospecha que todavía vive en Ud. en tanto grado...

JOSÉ MARTÍ

* Es la romántica novia que Martí tuvo en México. En esta misma fecha inicia su residencia en ese país.

Rosario:

Decía yo anoche la verdad. Tristeza como sombras me anonadan a veces y me envuelven. Y tienen estas pequeñeces tan real grandeza, y crezco yo en ellas tanto y me muevo yo tan bien, que —aunque yo no soy más que una perenne angustia de mí mismo— todavía tengo una extraña sonrisa para mis locos dolores, y pensamientos de cariño para estas invencibles tristezas que me envuelven.

Parece que debía yo contestar a Ud. ahora sus letras de Ud. De tal manera estoy yo ahora envuelto en pena, que, aun creyéndolo yo verdad, sería mentira cuanto dijese a Ud. de esto. Una vez más ha querido Ud. contener su corazón enfrente de mí; más me hubiera dicho Ud. que lo que en sus letras me dice: pero yo sí que las amo como son, y las amo más cada vez que las veo, y pocas y cortas, todavía perdono a Ud. a despecho de mi exigente voluntad, y en esas letras pudorosas o calculadamente frías, gozo y leo y amo al fin.

Amo en las letras que Ud. escribe. Esto podría llegar a ser principio de toda una plenitud en el amor.

Amar en mí, —y vierto aquí toda la creencia de mi espíritu— es cosa tan vigorosa, y tan absoluta, y tan extraterrena, y tan hermosa, y tan alta, que en cuanto en la tierra estrechísima se mueve no ha hallado en donde ponerse entero todavía. Probablemente —amarguísimo dolor— se habrá ido de la tierra sin completarse y sin ponerse. Angustia esto, de sentirse vivísimo y repleto de ternuras y de delicadezas inmortales, y de gemir horas enteras, —sin que mi alma me permita el derecho de exhalar gemidos, en esta atmósfera tibia, en esta pequeñez insoportable, en esta igualdad monótona, en esta vida medida, en este vacío de mis amores que sobre el cuerpo me pesa, y que a él lo abruma, y a mí dentro de él me sofoca perennemente y me oprime. Enfermedad de vivir: de esta enfermedad se murió Acuña.

Rosario, despiérteme Ud., no como a él, disculpable en alteza de alma, pero débil al fin e indigna de mí. Porque

vivir es carga, por eso vivo; porque vivir es sufrimiento, por eso vivo: -vivo, porque yo he de ser más fuerte que todo obstáculo y todo valor.

Pero despiérteme Ud. a la agitación, a la exaltación, a las actividades, a las esperanzas, a todo cuanto pudiera hacerme posible la excusa y el olvido de la vida.

No hay inmodestia en las supremas angustias de mi espíritu. Rosario, vivo en ellas, y cuando yo hubiera vencido todas las miserias que me agobian, sufriría yo mucho, Rosario, sufriría yo siempre de estos mis nobles dolores de no hallar vida y de vivir.

Esfuércese Ud.; vézame. Yo necesito encontrar ante mi alma una explicación, un deseo; un motivo justo, una disculpa noble de mi vida.

De cuantas vi, nadie más que Ud. podría. Y hace cuatro o seis días que tengo frío.

JOSÉ MARTÍ

A MANUEL MERCADO*

Veracruz, 1º de enero de 1877

Mercado:

ESTÁ LA SUERTE desafiada, y pronto estará probablemente vencida: —voy al fin a La Habana, con documentos correctamente legales, y nombre de Julián Pérez, segundos nombres míos, con lo cual me parece que me hago a mí mismo una menor traición: —siempre es bueno ser, aun en casos graves, lo menos hipócrita posible. —Ud. sabe sin duda, porque Ud. tiene derecho a saber todo lo mío, cuánto se luchó la última noche para lograr que desistiese yo de mi viaje. —Me ofreció Zayas¹ el dinero necesario para que mi familia fuese a La Habana: —este dinero era inútil, puesto que era de Zayas: a Ud. no tengo que hacer mayor explicación. —Con el alma lo hubiera recibido: con las manos, no. —Nicolás Domínguez, afligido porque no tenía el mismo dinero que ofrecerme, quería que yo pagase a Zayas con un bono de Cuba, de valor real de 250\$. —La mejor manera de agradecer y honrar algunos favores, es aceptarlos, —y cuando no se aceptan, no se compran. Ni dudé un instante lo que debí hacer: —no acudiría nunca a Zayas, que me ha dado esta vez prenda de sincero amor, por la solicitud paternal con que ha querido evitarme este peligro. —Pero antes que lo que conviene hacer, está siempre lo que se debe hacer.

* Manuel Mercado, quien era destacado hombre del gobierno de Porfirio Díaz, se convirtió en amigo y confidente de Martí. Este mismo año Martí va clandestinamente a Cuba y de ahí pasa a Guatemala.

1. Futuro suegro de Martí.

Di palabra de tomar pasaje a St. Thomas. —Bruscas estas gentes, no aceptaban el pago hasta La Habana. Mi deseo secreto era hacer mi viaje en la forma primitiva, y merced a este obstáculo invencible, he podido cumplirlo sin faltar a mi promesa. —El riesgo se ha hecho para vencerlo, y voy a vencerlo. —Ud. sabe el espanto que azotaba, contenía y empequeñecía todos los actos de mi vida, —que helaba los movimientos en mis brazos, y en mis labios las generosas o enérgicas palabras. Es necesario darles ropa que las cubra, y buena vida que vivir; preparar su salida, colocar a mi padre, emprender este risueño y favorecido viaje a Guatemala; si todo eso logro, bienvenidos sean los riesgos graves de una prisión probable. —Se sufre un poco más; pero se ha hecho lo que se debía.

Parece que Guatemala me tiende los brazos: el alma es leal, y la mía me anuncia ventura. Voy lleno de Carmen, que es ir lleno de fuerza; de las cariñosas cartas de Macedo, a quien Ud. sabe como estimo, espero bienes; las que me ha dado aquí Uriarte son tales que me abrirán fácil camino, a mí que las ayudaré rápidamente. Me asegura, me promete Uriarte que tendré desde el primer momento en Guatemala la situación holgada que procuro. Las cátedras son fáciles, y las privadas abundan. La reválida es sencilla, y la haré en una semana. Querría ahora la pena de muerte, para arrancarle, cuando llegara allí, todos los reos. Parece que comienza una época digna y varonil; —pero de esta Guatemala que me llama, llamaré yo a México a que amo. Llevo en mí su atmósfera y su pena, y para mí tiene grandes encantos el dolor: llevo a Ud. y a los suyos, y para mí en la gratitud hay gran placer. Ha hecho Ud. bien en serme bueno: lo merezco, y lo retribuiré amorosamente.

Veracruz está alegre, porque su hombre es el hombre. O porque el secreto de la alegría de los pueblos, no está tal vez más que en la satisfacción de las necesidades personales de sus hijos. La ambición mezquina debe ser hija de la ociosidad: —la grande, de una mujer: —Lola² me entiende.

2. Se refiere a la esposa de Mercado.

Venía yo de México con los trabajos que deja en el alma ser desagradecido: gracias a Ud. distraje estas penas con el sabroso castellano de Santacilia, la poesía cerebral de Justo Sierra, y la agreste, caliente y pintoresca dicción de Altamirano³. Como venía lleno de fuerza, venía lleno de admiración. Es un hombre bueno aquel que admira mucho, y yo debí ser muy bueno antes de ayer. Es grandiosa esa vía: —¿cómo no he escrito una obra asombrosa sobre ese atrevimiento extraordinario? Eso da la medida de la conturbación y abatimiento de mi espíritu.

Manuel Ocaranza haría en ese camino mucha falta: los que sienten la naturaleza tienen el deber de amarla; las alboradas y las puestas son el verdadero estudio de un artista; un pintor en su gabinete es un águila enferma. Dígame Ud. que es muy bella la salida de Orizaba, y que la contemplación de estas purezas haría a su alma un bien incalculable. El hombre se hace inmenso contemplando la inmensidad. Jamás vi espectáculo más bello. Coronaban montañas fastuosas el pedregoso escirro y sombrío niblo; circundaban las nubes crestas rojas y se mecían como ópalos movibles; había en el cielo esmeraldas vastísimas azules, montes turquinos, rosados carmíneos, arranques bruscos de plata, desborde de los senos del color; sobre montes oscuros, cielos claros, y sobre cuevas tapizadas de violetas, arrebataadas ráfagas de oro. Gocé así la alborada, y después vino el sol a quitar casi todos sus encantos al paisaje, beso ardiente de hombre que interrumpía un despertar voluptuoso de mujer. El ópalo es más bello que el brillante. Manuel debía copiar estos paisajes; él, que siente el contraste con vigor de sol y capricho femenino, y que sabe el color del alma y el del cuerpo escribiría bien la naturaleza en su paleta; —como escribiéndolo a Ud., haría yo a mi vez libro ejemplar. Las grandes cosas son análogas, y yo pienso ahora en el cariño que le tengo, en cómo quiero a sus hijos, en las admirables virtudes de Lola, y en la vasta nobleza de su espíritu. —Ellas van conmigo, para que yo las publique

3. Se refiere al escritor mexicano Ignacio Manuel Altamirano.

y las venere; el bien delicadamente hecho, delicadamente será devuelto; —amor de hermano me llevo, y su parte más viva es para Ud. —No me ruboriza ningún favor recibido de su mano, porque es Ud. digno de hacérmelos, y yo de recibirlos. —He encontrado bondades en mi vida, y la mayor comparable a la de Ud.

No le encargo nada, porque Ud. lo adivina todo. Podría ser que yo cayese preso, pero no estaría constantemente incomunicado, y el viaje de ellas, comprado con mi libertad, ya que tanto han sufrido por mi culpa, siempre se haría. Si no, todo lo espero de un pueblo de buena voluntad: ¿cómo ha de pedirse que atienda al visitante el que tiene su hogar presa de llamas? México es lógico en sus aparentes injusticias. Prepárese Ud. en calma, que Ud. ayudará mucho a la firmeza moral de este país: falta a México virtudes, y a Ud. le sobran: Ud. siente y espera sereno todo esto que le digo.

También yo me prometo hacer en mi vida algunos bienes; siento mi obra, y me juzgo capaz de ella; en ninguna lisonja creo, ni concibo una idea estrecha; todo premio humano me parece mezquino, y si muchos me halagan, ninguno me seduce, ni hay ninguno mayor que el merecer la estimación de mí mismo. Carmen no me querría si yo fuera impaciente o ambicioso: ella y yo confiamos en que el tiempo de la obra ha de venir. En tanto, la mereceré calladamente. ¡Diré a Ud. cuanto vea y cuanto haga; —cuanto trabaje y cuanto espere! Le encomendaré todavía, ahora que creo que gozan algún bien, las tristezas de mi casa; volveré a rogarle que vea a Carmen, y que halle medio natural de que se conozcan ella y Lola; la he dejado con la serenidad tranquila del esposo que confía mucho en su mujer. No le inquiete mi riesgo, que yo mismo no temo; el paquete francés le traerá carta, si no hubiere percance; son ahora las 3 de la mañana, y a las 7 embarcamos; digo adiós a este México a que vine con el espíritu aterrado, y del que me alejo con esperanza y con amor, como si se extendiera por toda la Tierra el cariño de los que en ella me han querido. Ruegue a Manuel Ocaranza en mi nombre que valga todo lo que vale; dé afectuosas

gracias a Macedo; hable de mí a Manuelito⁴, bese las manos a los pequeñuelos, y a Alice⁵ en su boca de clavel. Deséeme una fortuna igual al cariño que le tengo, que entonces seré muy afortunado; sepa Lola en cuánto la estimo, que es tanto como la fortuna que deseo, —y ella y Ud. vean en mí un constante, leal y amante hermano, que no estará nunca lejos de su estimación, ni lo está ahora tampoco de sus brazos. Quiérame de este modo.

JOSÉ MARTÍ

Guatemala, abril 19 de 1877

Mi muy querido amigo:

Puse aquí el pie, y hallé su carta; así, sobre penas y años, me verá Ud. siempre, desde esta y toda tierra, su hermano activo y cariñoso. No quisiera escribirle hoy, que aún tengo el espíritu molesto con una mezquina conversación —no fue conversación— de rencillas, provechos, preveniciones y odios que un español aquí importante, que me va alcanzando por las calles, tuvo conmigo ayer. Yo vengo lleno de amor a esta tierra y a estas gentes; y si no desbordo de mí cuanto las amo, es porque no me lo tengan a servilismo y a lisonja. Éstos son mis aires y mis pueblos. Si no hay muchas inteligencias desarrolladas, a animarlas vengo, no a avergonzarlas ni a herirlas. Ni me place oír decir a los extraños —a los verdaderamente extraños por su espíritu acerbo de aversión, —que nuestra América enferma carece de las ardientes inteligencias que le sobran. —Aquí, como en México, todo el mundo tiene talento; se habla bien el castellano; se vive honradamente, a lo que ayuda la vigilancia mutua, estorbo y ventaja de los pequeños pueblos; se ama al fin lo nuevo, y cunde entre los hombres jóvenes el salvador espíritu de examen. No es que Guatemala sea pequeña, ni escasas sus gentes: es que es

4. Hijo de Mercado.

5. Hija de Mercado.

un pueblo que se ha movido poco, y como sus elementos han sido permanentes, aún le duran y con facilidad son conocidos. Sin círculo literario, sin hábito de altas cosas, —aunque con aliento y anhelo para todas, —sin prensa, sin grandes motivos naturales, —mis soberbias tienen que ser muy prudentes para no parecer aquí presunciones. A más, que muy de veras creo que muchos hombres, en todas partes, valen lo que yo. De manera que mi fuego íntimo es contenido por mis urbanidades y por mis temores. —Estas precauciones no han bastado para evitar que mi nombre ande ya en boca de las gentes, a quienes en modo alguno me he exhibido, loado por algunos, y hasta loado vivamente, repetido con curiosidad por los más, y —no quisiera yo mismo saberlo— tal vez tenido como obstáculo por unos pocos. Es que se susurra que escribo y hago versos, que hablo, que investigo, que aquí pido un Código y lo juzgo en un instante —¡brava cosa, cuando se tiene costumbre de leer y sentido común!— y allí inquiero tradiciones, que no hallo, porque para el sábado próximo tengo ofrecido hacer drama de una leyenda patria para que la representen los alumnos de la Escuela Normal. —Es que saben que me está destinada una cátedra, y algunas más en la universidad; —que me ven rodeado y directamente protegido, con más afecto en ellos que solicitud en mí, por las gentes de más valer; —y es, entre los hombres de foro, que a los pocos días de mi llegada, solicité ser examinado en los Códigos Patrios, recientemente publicados, no vigentes aún, y hasta hoy no profesados ni hablados en las aulas. Don Joaquín Macal, el ministro de Relaciones Exteriores, me ha acogido paternalmente, merced a Uriarte: es mi entusiasta, y piensa en mí más que yo mismo. Montúfar, que es una hermosa inteligencia, ministro de Instrucción Pública, me provee ganoso de libros históricos y literarios, y ha querido espontáneamente presidir mi examen; se me quiso revalidar mi título sin éste, e insistí en él, con placer de los que ya me quieren. —Estos nacientes cariños no ahogan ni entibian otros inolvidables y ejemplares, que serán siempre en mí vivos y profundos.

Notará Ud. a todo esto que no tengo aquí una situa-

ción práctica: —¿la prisa en conseguirla no hubiera sido una manera de estorbarme la amplia que necesito? —Ni busco empleo, sino trabajo más digno y propio. —El empleo, que administra a los comunes, por los de la comunidad debe servirse. —¡Fuera tanta mi fortuna que no tuviera yo nunca que valerme de ellos! —La enseñanza primero, y la abogacía después, si salgo airoso de mi examen, me harán mi situación modesta, auxiliada por más pequeñas cosas. —Creo que mi casa bastará a sus necesidades, en tanto que yo, preparándome para su ventura, hago la mía. —Como reflejo a mi Carmen, gano voluntades. —Tengo un contento íntimo, una seguridad casi absoluta, que a grandes voces me dicen, con más fuerza cada día, que lograré cuanto necesito. —Yo iré honrando mi nombre, y ella vivirá a mi lado: suyos son esta obra y nacimiento. —Ud. lo sabía un poco, pero aún no lo sabía bien: —yo me moría. Soy de la que me salva, y la venero.

Reiría Ud. si le contara cosas risueñas: ¡como si pudiera apartar yo voluntad, adoración y pensamiento de mi Carmen! La llevo conmigo, y delante de mí; me digo a todos obligado a ella; y cuando hablan de mí, de ella se habla. —Todos lo saben. —Por cierto que me aflige que Lola y Carmen no se conozcan todavía: ¿por qué no han de conocerse las que se quieren tanto de antemano? —Y que es buena la liga de los buenos.

Por el vapor de Panamá, que lleva estas cartas, espero hoy las de mi familia. Lucho porque me sean un remordimiento, y no me lo pueden ser. Mortifico e increpo a mi conciencia, y no me hallo tachable. ¿Qué deber ha de estorbarme mi Carmen, ella que vive de mi misma clase de pasiones? Este parcial abandono, fortificando mi vida, servirá luego para que yo ayude mejor a la de todos. —Así creo.

De muchas cosas le hablaría: de mis cuidados por su situación, que no me abandonan y están inquietos; de la bondad unánime con que he sido recibido; de la inconveniencia de dejar a la prensa sus libertades licenciosas, cuando honrados amigos no las compensan y vencen desmintiendo con lealtad y brío las afirmaciones injurio-

sas: —así Lerdo, mordido por el Padre Cobos, y dejado mor-
der por los suyos, pasa aquí como Calígula y Vitelio. —Voy
por todas partes aprendiendo grandemente; —y, hervidero
de ideas, busco espacio en que aplicarlas y verterlas: —En
la República de Paturot, donde sean tenidas como buenas
mis buenas intenciones; —y donde no sea mi alma, y en
México lo hubiera logrado y aquí lo lograré, tachada de
extranjera.

Cuando escriba a Manuel, he de decirle que las Ar-
tes aquí no tienen templo, ni sacerdotes, ni creyentes. Todo
lo absorbió el dogma, y, amén de los escultores sagrados
de la Antigua, y de Pontaza, pintor sagrado que, por lo que
profana, parece profano, ni hubo ni hay cosa digna de
mención. —Cierta escultor Quesada valió mucho, e hizo
excelentes Cristos, pero éstos han desaparecido, y con ellos
toda noticia o modo de darla acerca de su autor. —De Pon-
taza hay un cuadro grande en Santo Domingo, donde por
entre los frailes ensangrentados, incrustados sin sombra en
una perspectiva ingrada, pasean unos soldados plomi-
zos, que calzan botas flamencas, visten corazas férreas, y
ostentan cascos del siglo ocho. —Hay, en cambio, aunque
amaneradas, excelentes esculturas en madera. —Con esto,
y con decirle que pienso en él cada vez que veo algo bello,
está escrito el principio de mi carta a Manuel Ocaranza.

Al pequeñuelo de los ojos árabes, que honrará padre
y madre, déle un abrazo varonil. Y a la pudorosa Luisa, a
la correcta Alice, a la inteligente Lola, al altivo Gustavo,
y al sonrosado postgénito⁶, amantes besos míos. —A Lola,
mi apasionado respeto. Y a Ud., un cariño vivo que paga
bien el suyo. Hábleme de todo, y de sus cosas.

Su hermano

J. MARTÍ

Iba a escribir a Ud. sobre mis libros, pero dos cartas
desgarradoras de Carmen aterran mi espíritu. ¡Hábleme
de ella!

6. Se refiere a los hijos de Mercado.

—Y antes que en todo, con muy amantes expresiones, en su hermosa familia.

Salude a los que me quieren; vivo afecto a Lola, y un abrazo a Manuel, a quien supongo reconciliado con la idea primitiva de su gran cuadro: ¿no?

Perdone sus vaguedades a su hermano cariñosísimo.

J. MARTÍ

21 de septiembre [1877]

Para Mercado

Mi amigo queridísimo:

No me quiera, que no he sido agradecido a su cariño. —Pero Ud., soberbio y olvidadizo, no ha tenido en cuenta aquellas que tan bien conocía, mudas enfermedades de mi alma, y airado con mi silencio, ha querido aparecer desdeñoso para con mis dolores. —Fue Ud. injusto. —Pienso en sus probables amarguras: ¿no es en vano decirle que las sufro como mías? Pero cualesquiera que ellas sean, yo no lo puedo perdonar. —Ud. tiene a Lola: yo todavía no tengo a Carmen. —Vea que las estrellas no desaparecen, aunque estén eclipsadas por el sol.

¡Los terribles, y por fortuna, no justos temores, de no alcanzar el bien que ansío; las amargas memorias de mi casa; la extraordinaria actividad de espíritu, que tanto entrevé, y que está en condiciones para cumplir tan poco!; la falta absoluta de grandeza, de energía y de libertades, que, envileciendo el carácter de los demás, disgustan y aíran el mío; este cimientto de espumas sobre el que la suerte, alejada de los hombres, me obliga a echar mi casa, —todo esto mantiene en ocupación grave y enfermadora mi espíritu, que, por ser mío, todos estos mismos dolores acrecienta y exalta. Dar vida a la América, hacer resucitar la antigua, fortalecer y revelar la nueva; verter mi sobra de amor, escribir sobre graves cosas en París, estudiar grandes cosas con mi inteligencia sin prejuicios y sin priorida-

Día 11 de agosto [1877]

Mi amigo muy querido:

Hoy andan de paseo las alegrías, y están tenazmente despiertas las tristezas. —Breve, pucs. —Mis amarguras son estas de mi vida, que provienen precisamente de vivir. Si fueran piedra preciosa, serían ópalo. De soledad me vienen, y Ud. sabe los muy queridos nombres que evoco y acaricio en estos días. —No es el de Ud. el menos recordado.

Descuido tal vez el escribirle; pero a Carmen ha de hacer Ud. reclamo: desde que envió el primer beso a mi corazón lo tiene perturbado y estremecido. Sólo a ella, a mi madre, a Ud. y Fermín⁷ escribo. La familia unida por la semejanza de las almas es más sólida, y me es más querida, que la familia unida por las comunidades de la sangre. A más, mi carta para Ud. sería mi espíritu: así es que las de Ud. están escritas en las cartas de mi Carmen. —Es Ud. ya, y lo será para siempre, mi hermano activo. No se fie de cartas más o menos. Las almas enfermas mueven difícilmente las manos; pero son las que necesitan más consuelo. —Aquí, ni el placer de hacer vivir a los otros me hace vivir a mí, porque no se dejan hacer vivir. Su México es muy bello: le hace falta solamente un poco de virtud espartana para hacer sólida su animada cultura ateniense.

Me daría a estos pensamientos, porque ellos son los únicos que consuelan esta clase de dolores, por su naturaleza, y por lo noble del que los ha de oír.

Pero no he de decir a Ud. que en diciembre me verá, hasta que en largas cartas me haya dicho muchas cosas tuyas. —Ud. no tiene el derecho de enojarse por mi silencio, porque Ud. ha sabido siempre penetrar más allá de mis labios.

Hoy mi carta sería muy personal: por eso la acabo. Pienso mucho en Peón⁸, Sánchez Solís y Montes de Oca.

7. Se trata de un amigo de la adolescencia, Fermín Valdés Domínguez.

8. Se refiere al escritor mexicano José Peón Contreras.

des, hacer gran hogar de alma a la mártir voluntaria que viene a vivir a él —he aquí las graves tareas que han tenido a mi pluma, excepto para aquella que todo lo mueve, dormida en un rincón. —Aquí, ni tiene que comprar pan con lo que llora, ni puede poner alas a las intimidades que en mí rebosan. De manera que, en público, calla. —Yo no sé si tendré ya respuesta a esta carta; pero cualquiera que ella sea, y escríbame siempre aquí por si aún no hubiese salido para allá, no le he de admitir excusa alguna. El que más sufre es el que tiene más derecho al silencio.

Yo debo salir de aquí el 10 de noviembre o el 29. —Si salgo el 10, estaré en México el 26 o 27; —si salgo el 29, llegaré allá en la primera quincena de diciembre. —¿A qué iré sino a nacer de nuevo? Para este empleo divino se necesitan preparativos humanos, papeles y peticiones, cosas de ley. —De todo ello le encargo, de manera que para mi llegada puede estar todo concluido.

Pensando en Manuel tanto como en Carmen, me hice un retrato. O mis ojos han muerto, lo que no dudo, o me pintan ciego. —El retrato no sirvió. —Dígale esto al pequeñuelo de ojos árabes.

Para lo mío se necesitará partida de bautismo. —Ni a Fermín escribo: hágalo por mí, y pídale lo que está en el Ángel. Por mí firme y solicite. —Ya he pedido mi humilde casa; ya construyen mis pobres muebles; ya late de alegría y de temor —ipero al fin late!— mi corazón. —Ya veo la manera de colocar en México lo estrictamente necesario para hacer verdad mis venturosas bodas. —¿Lola no ha querido ser bastante amiga de mi Carmen?

Aquí acabo, porque la hora apremia. Manuel Ocaranza habrá hecho bien, si se ha fijado en la reproducción de un extraordinario cuadro que pinta a María Estuardo enamorándose de Rizio. —Aquí hay un San José que me parece de escuela mexicana. Esto fue emporio de la imaginaria sagrada, y nadie sabe nada de ello. —He sabido que Clavé vive todavía, y que triunfa por Italia un pintor catalán Galofre: —algo de Fortuny, más sombrío que él.

Ni hizo justicia a mis penas, ni me contó las tuyas. —No ha hecho bien. Bese a sus hijos, y abrace a Lola.

—Pronto iré a regañarle con vivísimo cariño quien no le escribe, pero quien lo lleva en el alma.

A Peón que se prepare a leerme el nuevo drama. —A Sánchez Solís, que he de hacer una de las obras de mi vida, escritas y prácticas, de la regeneración de los indios. —Es una obligación que tengo con mi alma y con su bondad.

Su hermano

J. MARTÍ

A VALERO PUJOL*

Sr. Dn. Valero Pujol

27 de noviembre [1877]

Amigo mío:

EN UN CARINOSO párrafo, inserto en el último número de *El Progreso*: —Por las cosas generosas que de mí dice, gracias. Para la observación con que termina, algunas observaciones.

Rechazo absolutamente, no el consejo de mi amigo, sino el injusto rumor de que se ha hecho eco. Yo analizo mis pequeños actos, y estoy contento de ellos. ¿Qué he hecho, para merecer tanta atención? Amo la prensa, ese poder nobilísimo, y he escrito un artículo de que dice Ud. sobrado bien, y una manifestación que me honra, porque en ella expresé la gratitud ajena y la mía: idesventurado el que no sabe agradecer!

Amo la polémica viva, la juventud naciente, los esfuerzos literarios, y por temor de parecer intruso, he rehuido los amenos centros donde los jóvenes hablan, y las grandezas futuras se prometen. Manuel Acuña, el poeta pálido de México ¿qué fue sino un discutidor modesto de la Sociedad Netzahualcóyotl?

Amo la tribuna, la amo ardientemente, no como expresión presuntuosa de una locuacidad inútil, sino como una especie de apostolado, tenaz, humilde y amoroso, donde la cantidad de canas que coronan la cabeza no es la medida de la cantidad de amor que mueve el corazón. Si los años me han negado barbas, los sufrimientos me las han puesto. Y éstas son mejores.

¿Qué he hecho yo en la tribuna? —Una vez, conmovido por la voz de un bardo joven, saludé a Guatemala,

* Periodista guatemalteco, amigo de Martí quien, instalado en ese país con su esposa, tiene numerosas dificultades que acabarán con su renuncia a las cátedras de la Escuela Normal y la posterior partida hacia Cuba, gracias a una amnistía de 1878.

que me da abrigo, y de quien aquí no digo bien, porque parecería lisonja. —Otra vez, allá en familia, en las útiles pláticas que la Escuela Normal sustenta, y el público favorece, encomié unos versos de Lainfiesta, medidos a la manera de Meléndez, el dulce poeta. —Hablé luego sobre el influjo de la Oratoria: ¿qué he de hacer con las palabras, si se me salen del alma? —Una inteligente maestra guatemalteca quiso ser anunciada por mí al público: ¿había yo de ser descortés? —Me invitó *El Porvenir*, —honra que no olvidaré—, a hablar en su primera velada. Veo yo desenvolverse los gérmenes tanto tiempo contenidos, cruzarse los alambres por el aire, tenderse los carriles por la tierra, crearse una nueva generación en las escuelas, llenarse de libros modernos las librerías, embellecerse la forma de las casas, multiplicarse los maizales ricos, quejarse la caña en las centrífugas, reconocerse los puertos y los ríos; era yo el orador de una fiesta de este renacimiento, y ¿no había de cantarlo? Ensalcé a la próspera Guatemala. —Mi mano agradecida sabe que se sentía allí lo que yo decía. Los que la estrecharon, no serán olvidados. Aquella noche, no me equivoqué. Mi cariño estaba pagado: —yo había alentado a los jóvenes, encomiado la necesidad de la energía individual, censurado el respeto ciego, el continente sumiso, la mano floja, la mirada opaca, el habla humilde, todo eso que Ud. ha llamado *circunstancias*, y que ya —merced al libro, a los hombres de 1871, y a Ud. mismo— ya no lo son. Canté a la Guatemala laboriosa, alba de limpieza, virgen robustísima, pletórica de gérmenes; canté una estrofa del canto americano, que es preciso que se entone como gran canto patriótico, desde el brillante México hasta el activo Chile. Esa estrofa pugna por ser himno. —Aquella noche, corrió a mi lado aire de amor.

Luego, el 16 de septiembre, invitado por mi amigo Izaguirre, y por alguien más, hablé de nuevo. Decir mal de España, con mis labios cubanos, hubiera parecido una pueril venganza. —Son flojas las batallas de la lengua. Volví los ojos hacia los pobres indios, tan aptos para todo y tan destituidos de todo, herederos de artistas y maestros, de los trabajadores de estatuas, de los creadores de tablas

astronómicas, de la gran Xelajú, de la valerosa Uvatlán. La manera de celebrar la independencia no es, a mi juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla. Enumeré las fuerzas de Guatemala, y las excité al movimiento y al trabajo. Creo que me enojé un poco con las perezas del Ser Supremo, vuelto de espaldas tantos siglos a la América. —He ahí mi oscura campaña. Amar a un pueblo americano, y, por tanto, mío, tan mío como aquel que el Caucho riega; celebrar una nueva época, censurar aquella en que un ministro reñía ásperamente a un maestro, porque enseñaba francés a sus discípulos, —he ahí las *circunstancias* que he atacado; he ahí la *inoportunidad* que he cometido. La verdad es que sólo aquel ministro, y los suyos, tenían derecho a quejarse. —Cierto que para ellos fui yo inoportuno.

Pero para otros, no: para ancianos respetables, que me estiman; para el afectuoso —e impagable— círculo de jóvenes que me alienta; para los maestros entusiastas, de mirada grave y ciencia sólida, que acaban de salir de la escuela en que —yo también— enseñé; para el mundo nuevo, las circunstancias no están heridas, ni la oportunidad lastimada. —Cuando una sociedad vive entre dos extremos, el uno audaz —que adelanta, y el otro tenaz— que no camina, no se puede ser oportuno para todos. El que alienta a aquéllos, lastima a éstos. Aquéllos no se me quejan, amigo mío. Aquí, en mi oscuridad, aquéllos me aman. Me vienen a ver, hablan conmigo largamente. —Yo, tranquilo con mis actos, a éstos dejo mi justificación. Estos amigos míos son: estudiantes desconocidos, adolescentes empeñosos, personalidades sencillas, pero enérgicas. —Y otras gentes, que me enaltecen ante mí mismo con quererme.

Les hablo de lo que hablo siempre: de este gigante desconocido, de estas tierras que balbucean, de nuestra América fabulosa. Yo nací en Cuba, y estaré en tierra de Cuba aun cuando pise los no domados llanos del Arauco. El alma de Bolívar nos alienta; el pensamiento americano me transporta. Me irrita que no se ande pronto. Temo que no se quiera llegar. Rencillas personales, fronteras imposibles, mezquinas divisiones cómo han de resistir, cuando esté bien compacto y enérgico, a un concierto de voces

amorosas que proclamen la unidad americana? —Ensalzando a la trabajadora Guatemala, y excitándola a su auge y poderío, —¿habré obrado contra ella? —Rogando a un hermano que sea próspero ¿habré obrado en mal de la familia? —Impacientándome porque no se consigue pronto este fin gloriosísimo, —con moderada impaciencia ¿qué falta podrá echarme en cara mi gran madre América? ¡Para ella trabajo! —De ella espero mi aplauso o mi censura.

Suyos, suyos son estos esfuerzos y dolores; a ella envió las rosas del camino; por ella no me duelen las zarzas venenosas.

Obro bien, y estoy contento: —¿Que no halago las *circunstancias*? Un hombre hace para vencer, no para halagar. —¡Ah, inoportuno! Si *circunstancia* es repulsión a toda mejora, ira contra toda útil tentativa, odio contra toda energía, no, no la halago. —Ni Ud. ni yo la halagamos.

¿Que soy vehemente en decir todo esto? ¿Culpa es mía sólo que sea América tierra de pasión?

Por ahí me han mordido unas culebras. Hasta mi talón quiero yo conservar noble. ¡Ofrenda a la gran madre!

Amo a Guatemala. Probárselo será mejor que decirselo. Nada intento enseñar, yo que he tenido que admirar la elocuencia de un negro de África, y la penetración de un ladino de Gualán. Los que me pinten soberbio, se equivocan. La inteligencia, dado que se la tenga, es un don ajeno, y a mis ojos, mucho menos valioso que la dignidad del carácter y la hidalguía del corazón. Estoy orgulloso, ciertamente, de mi amor a los hombres, de mi apasionado afecto a todas estas tierras, preparadas a común destino por iguales y cruentos dolores. Para ellas trabajo, y les hablaré siempre con el entusiasmo y la rudeza —no de un Mentor ridículo, que Mecenas y Mentor tuvieron canas, —ni de un Redentor cómico, que si amor me sobra, fuerzas me faltan; de un hijo amantísimo, que no quiere que sus amigos llamen a la energía necesaria, inoportunidad; a las resistencias sordas, circunstancias.

Vivir humilde, trabajar mucho, engrandecer a América, estudiar sus fuerzas y revelárselas, pagar a los pueblos el bien que me hacen: éste es mi oficio. Nada me aba-

tirá; nadie me lo impedirá. Si tengo sangre ardiente, no me lo reproche Ud., que tiene sangre aragonesa.

Ud. me ha hecho mucho bien: —hágame aún más. No diga Ud. de mí, —que eso vale poco: “Escribió bien”, “habló bien”. —Diga Ud. en vez de esto: “Es un corazón sincero, es un hombre ardiente, es un hombre honrado”.

Y así, lo abrazaré.

Su amigo

JOSÉ MARTÍ

A MANUEL MERCADO

Chilpancingo, 1º de enero, 1878

Hermano mío:

SI LOS QUE lo merecen son felices, y —con grandeza de alma— lo son, no tengo que desear a Ud. feliz año nuevo. —Es imposible que a Ud. le vengan males: ha hecho demasiado bien.

Aquí estamos, Carmen con aureola, yo con amor y penas. Me oprime el corazón su nobilísima tranquilidad. Cada uno de sus días vale uno de mis años. Esta luna de miel, errantes, vagabundos, era conveniente a nuestras bodas: peregrinos dentro de la gran peregrinación. —Duerme entre salvajes y bajo el cielo, azotada por los vientos, alumbrada por antorchas fúnebres de ocote: ¡y me sonrío! —Ya no hablaré de valor romano. Diré: valor de Carmen.

Aquí hallé su amorosa carta; esta mía iría con papeles guatemaltecos. Tuve toda esta tarde —las penas son perezosas para dejarme— un pequeño ataque suficiente a robarme el tiempo y el sentido: aunque corto, fue del género de aquél que me curó Peón.

Aquí me he encontrado conocido: ¡en Chilpancingo! donde la naturaleza tiene cetro, y la miseria palacio.

Sepa Macedo que Alfaro me sirvió con solicitud. —Y el buen Empan, con halago. Inventa detalles en que ser-me útil.

A Acapulco llegamos el 5, y de allí le escribo con el resto de los originales. Vamos con escolta de rurales de la Federación. —Del 8º.

A casa, y a cuantos amo, escribiré desde el puerto. Si escribo a cuantos amo ¿a quién de mis amigos escribiré yo más? Hay nobles devociones impagables. —¿Qué tengo, que a quien tanto vale las inspiro? ¿Valgo de veras algo?

Adiós ahora, que Carmen me llama, y la madrugada está cerca. Quíerame mucho, que ella y yo le pagamos.

Ella envía un abrazo a Lola; yo un beso para sus hijos. —Un *shake-hand* de año nuevo al eminente pintor —que yo lo digo— y a Ud., muy buena cantidad de alma de su hermano

J. MARTÍ

Guatemala, 8 de marzo [1878]

Hermano Mercado:

Hoy estoy tranquilo, gracias a mi Carmen: no sé si mañana estaré triste, gracias a la vida: por eso le escribo hoy, aunque no es día de correo. —Tengo ya recibida gran parte del libro¹, y de él me asombra —no que haya salido con algunas erratas, sino que haya salido con tan pocas; —el cariño de Ud. penetró mi espíritu, y lo vio a través de mi escritura incomprensible. Quien no supiera quererme no hubiera sabido leer así. Entiendo que ese libro me será aquí de verdadera utilidad: servirá de arma a los que me tienen cariño contra aquellos para quienes soy, a pesar de mi oscuro silencio, una amenaza o un estorbo. —Tengo decidido, cuando pague mis deudas, irme de aquí. Si tuviera medios de cultivar la tierra, no; me encerraría en ella. Pienso seriamente en que Ud. eche unos cuantos años a la espalda sus arcos políticos, y con sus buenos amigos morelianos, se arregle una finquita de café, allá como aquí riqueza segura; ¿acaso, por inesperado, le parece a Ud. raro el pensamiento? En los países elementales, en la esfera intelectual, es muy difícil la vida de los hombres virtuosos. —Ud. es aún joven; visto de cerca, crecería Ud. mucho ante sus paisanos; en años breves, sin mengua de su reputación, ni de su envidiable cultura, tendría Ud. una cómoda independencia, y sus hijos un seguro haber. —Pediré ayuda a Lola. —En cuanto a mí, le juro que, a poder hacerlo, me encerraría a arar la soledad, acompañado de mi mujer, de mis pensamientos, de libros y papeles. —Apreste, pues,

1. Martí había publicado en México un trabajo llamado *Guatemala*, del que Mercado se ocupó.

los aperos de labor, y déme pronto el gusto de enviarme unos cuantos granos de su café. —Si saberlo tomar fuera saberlo cultivar, Ud. y yo seríamos excelentes cafetaleros. —Lo raro no es que se nos ocurran estas cosas; lo raro es que se nos ocurra dejar de hacerlas.

En el folletín de *La Patria*, que el leal Curtis me envía —con lo que hace bien porque estas devociones sencillas me consuelan de grandes dolores— he visto la un tanto estrambótica biografía que precede a los versos de Peón. Un dómine no debe abrir la puerta del templo alegre de Diana y los Amores. Por ahí hay una “potencia virtual psicológica” y unos cuantos extravagantes kantismos, incapaces de dar cabal idea del extraordinario talento de Peón. Peón ha hecho mal no dejando escribir a Ud. el prólogo de sus versos. —Un poco incómodo estoy con él, porque anda batiendo las alas fuera de su nido, como si un poeta-ángel se hubiera hecho para ser un calavera jugetón. —Azárate, disculpando demasiado elocuentemente, con su gran alma equivocada, sus errores, ha hecho caer en ellos a su amigo. A los grandes poetas, no es necesario sentir desastrosas pasiones: les basta imaginarlas.

He visto también, con mucha pena, en las dos últimas amorosas cartas de Ud., una rapidez que revela preocupación de espíritu. —O ¿caso con mi viaje desmerecí yo ante Ud.? —Pienso en sus problemas con igual insistencia que en los míos, y me entrometo sin cesar —acá en mis inútiles adentros— prontas soluciones salvadoras. —En lo que pudiera interesar a Ud., hay aquí una atmósfera muy fría. —El caballero que aquí hallé habla ya sin embozo de su total desfallecimiento en este asunto. ¡Qué grandes ocasiones, infantilmente desperdiciadas! —A-sombra aquí la fe de Ud. Los que la admiran, no saben imitarla. Afortunadamente, se salvará el ejemplo, porque yo escribiré su biografía. El cafetal me seduce; y pienso que debe Ud. llenar de esta clase de pensamientos, durante algunas noches, su almohada.

Aquí le envió una carta para Sarre: he pensado con angustia en esto. Fue necesario creer, como sucedió, que no me alcanzaba ¡quién lo diría! el dinero para llegar has-

ta Acapulco. A no ser por la letra de Uriarte, a la cual no quería yo acudir, y de cuya posesión no estuve seguro hasta últimas horas de la noche del 25, no hubiera yo dejado sin pagar esa cuenta. —Afortunadamente, tiene Ud., y tengo yo, natural excusa con que no hay giros establecidos entre México y Guatemala. Que Sarre entienda bien que esto es cosa exclusivamente mía; yo estoy ahora verdaderamente ahogado, pero pienso que me desahogaré de aquí a tres meses. —La verdad es que la fortuna, al echarme a la mar, puso a mi pobre barco velas negras. —Este carácter mío es un fiero enemigo; pero aunque para el diario vivir me traiga penas, yo quiero más *vivir después* que vivir ahora. —Carmen me perdona. En mi casa no me han querido perdonar.

Estoy seguro de que Manuel Ocaranza no se ha puesto aún en contacto con ninguna casa de New York. —Él debía pintar, empaquetar, e irse. —Allí, pintando indios, y sus encantadoras ligerezas, haría provisión para el invierno. —Otras cosas, como el retrato de Thiers y el cráneo, merecerían ir a París. —Le cedo para siempre el retrato de Ana, porque creo que merece tenerlo. ¡Ay! idesgraciadamente es verdad que los que se mueren no se vuelven a ver! ¡Quién ha de llevar en interminable libro de cuentas, tantas vidas de hombres!

Le ruego que pregunte en *El Federalista* qué he hecho yo para merecer tanto desvío. —Yo pienso enviarles alimento para algunas columnas y haría con gusto desde aquí lo que me pidiesen. —Correspondencias no hago, porque los hechos son escasos, y las apreciaciones peligrosas. Pero enviaré pronto, por lo menos, un artículo sobre Manuel, y otro sobre mi maestro inolvidable, que a mi lado tengo sentado desde que murió, Anselmo Suárez y Romero. —Ha muerto el pobre cisne viejo; pero cantó muchas veces antes de morir. —Todo esto viene a que en *El Federalista* me disculpen mi pobreza, y me envíen el periódico. —Me lo mandan los extraños y ¿no me lo mandarán los míos?

Yo también tengo una verdadera pena en no haber podido abrazar a Alfredo Torroella. Tengo por él una de

esas amistades intuitivas que reemplazan a las amistades viejas, y lo veo como si de muy antiguo hubiéramos tenido cariñosas relaciones. Es un gran cuerpo lleno de una gran alma. Uno de los próximos correos le llevará una carta mía.

Aquí están ya Covarrubias y Manuel Díaz: anteayer los vi en el paseo, con el mismo placer con que los habría visto si fuesen cubanos. —Hoy voy a hacerles visita. Creo yo que retiran a Uriarte, y que irá a sucederle Lorenzo Montúfar, abdomenudo y entonado ministro hoy de Instrucción Pública. Mientras más de cerca toco las cosas políticas, más repugnancia me inspiran. Montúfar ha contribuido a desacreditar a Uriarte porque desea ocupar su lugar. —Yo lo siento porque Uriarte me hizo bien, y pude decidir con mis informes la suspensión de las cartas de retiro que se le habían enviado. —Pero comprendo que ya todo esfuerzo es inútil, y creo que muy pronto le enviarán por fin las decisivas.

Aquí acabo. No sé cómo darle gracias por el supremo esfuerzo que ha hecho Ud. traduciendo mi libro. —Ud. me pide dedicatoria, pero mi dedicatoria a Ud. sería mayor que el libro entero, porque, aunque parezca mentira, una vida como la suya se presta más a comentarios que un país como éste.

Carmen y yo recordábamos anoche nuestro perfumado almuerzo en el Tívoli de San Cosme: en nombre de aquel día y en el de todos los días, enviamos a Lola memorias muy cariñosas.

Sin las dificultades de establecimiento —por mezquinas, grandes— que aquí me esperaban, no me hubiera yo olvidado de enviar el debido prólogo al libro de Manuel². —Realmente será un libro bello y pintoresco; alma sana, pintando la naturaleza hermosa con vivos colores.

Dé un abrazo de hombre a Manuelito³; bese a sus ejemplares criaturas, funde un cafetal, y quiera mucho a su hermano

J. MARTÍ

2. El pintor Manuel Ocaranza.

3. Hijo de Mercado.

Guatemala, 30 de marzo [1878]

Hermano Mercado:

Se va por Acapulco, con prisa de llegar, un señor Escandón, y con él, porque llegue a Ud. más pronto, le envío esta carta. —Recibí, con la última de Ud. —por lo tardía más deseada que otra alguna— la injusta y amorosa carta de mi madre. —Realmente, se cree que yo las he sacrificado a mi bienestar; ¡me vieran vivir, con angustias semejantes a las que pasé en México y no pensarían de esta manera! ¿Habrá algún provecho en que nos muriéramos de pobreza todos juntos? ¿Se me abría en México algún camino? ¿Cabén por el de Guatemala, en el que escasísimamente cabemos hoy dos, las dos familias que forman hoy mi casa? —Ni tienen fe en mí, ni conocen las fuerzas de mi alma que les obligan a tenerla. —Esta es una viva amargura que no llegará nunca a ellas. —Yo trabajaré para pagar mis deudas este año, y una vez que vivamos libres de ellas, si la suerte no me es enemiga, ayudaré a los que nunca han sabido lo que tienen en mí. —Mi pobre padre, el menos penetrante de todos, es el que más justicia ha hecho a mi corazón. La verdad es que yo he cometido un gran delito: no nacer con alma de tendero. Mi madre tiene grandezas, y se las estimo, y la amo —Ud. lo sabe— hondamente, pero no me perdona mi salvaje independencia, mi brusca inflexibilidad, ni mis opiniones sobre Cuba. —Lo que tengo de mejor es lo que es juzgado por más malo. Me aflige, pero no tuerce mi camino. —Sea por Dios.

Le escribo ahora largamente, sin que estos males del alma salgan en mi carta a luz, por un señor Urbano Sánchez, que desde Jamaica enviará directamente y por vía rápida, la carta a La Habana. No hace quince días le escribí largamente también, por un señor Callejas, que salió de aquí para Cuba. Por México le he escrito ya tres cartas. —Cómo me entristece mucho que ella crea que yo, que tanto sufro por la falta de sus cartas, dejo voluntariamente de escribirle, —y como yo no tengo que pedirle cuenta de sus errores de creencia respecto a mí, sino acariciarla, per-

donárselos y reformárselos, escríbale Ud. por su parte mi situación angustiosa y mi natural constancia en escribirle.

Voy a publicar aquí un periódico⁴, en el que tendré que desfigurarme mucho para ponerme al nivel común. Donde hay muchas cabezas salientes, no llama la atención una cabeza más, pero donde hay pocas que sobresalgan, vastas llanuras sin montes, una cabeza saliente es un crimen. —Los conservadores me hacen la cruz, y están en su derecho: yo debo parecerles un diablo con levita cruzada. Los liberales sedicientes, que de inteligencia y corazón aquí no los hallo, se resisten a estrecharse para dar sitio en el banquete al que no es a sus ojos sino un comensal más. —No saben que los que viven del cielo comen muy poco de la tierra. —No toman de ella más que lo necesario, para vengarse de ella porque los retiene. —Se han explotado mis vehemencias, y ocultado mis prudencias; se ha pintado mi silencio como hostilidad: mi reserva como orgullo: mi pequeña ciencia como soberbia fatuidad. Es una guerra de zapa en la que yo, soldado de la luz, estoy vencido de antemano. —Pero yo lucho cuanto decorosamente puedo; a esto responde mi periódico. —Mi libro, por cuya llegada tengo vivo anhelo, me ayudará. —Recibí los cinco ejemplares de *Mimiaga*, que se los guardé cuidadosamente todo un mes: en ellos he visto la penetración milagrosa con que reformó Ud. las más importantes erratas que pude notar en el folletín. Indudablemente, si me muero pronto, lo que no vendría mal, y antes he escrito algo digno de ser publicado, encargaré a Ud. de la ardua tarea. A Ud. y a mi inimitable Carmen, que ella también escudriña lo que quiero decir en lo que escribo. —Veo a Carmen amante y serena, enfrente de problemas graves, que no tienen muy fácil solución. Me consuela, y con su tranquilidad, me alienta. Aunque tuviera que huir a pie por los bosques, ella me acompañaría. Y no lloraría.

Covarrubias ha tenido aquí éxito. Como al pintor Isabey, perdono a Covarrubias sus oscilaciones políticas:

4. Como en otros lugares donde vivió Martí, estuvo proyectando una revista que no logró publicar.

¿quién observará si no a Mercurio? Hay pocos hombres de ciencia que tengan el valor insigne del americano Caldas. —El Ministerio de Relaciones dio a Covarrubias una comida, y una sociedad “El Pensamiento” le dedicó una velada en el teatro. Puede ser que otra sociedad “El Porvenir” le dé otra velada. Él anda con más gravedad, como que ya es Ministro; pero en su trato es, sobre todo elogio, sencillo y modesto. Manuel Díaz está tan buen mozo como siempre: sin disputa, la belleza es un derecho.

Aquí, por celos inexplicables del Rector de la Universidad, hombrecillo de cuerpo y alma, a quien no he hecho más mal que elogiar en un discurso mío otro discurso-lectura suyo que no merecía elogio —me he quedado siendo catedrático platónico de Historia de la Filosofía, con alumnos a quienes no se permite la entrada en clase; y sin sueldo. —En cambio, se me anuncia que se me nombrará catedrático de Ciencia de la Legislación. —Se me abriría con esto un vasto campo, y yo sembraría en él la mayor cantidad de alma posible. —Doy gratuitamente una clase de Filosofía: el mejor sueldo es la gratitud de mis discípulos. —Hubo reformas económicas, y creyendo ellos que mis clases serían víctima de las economías, anunciaron que saldrían en masa del Colegio donde los educa el gobierno. —El día de mi santo me regalaron los pobres una bonita leontina. —Con esto; con mi propósito de pagar aquí, esclavo de mis deudas un año, e irme; y con que Carmen cante a mi lado tan gozosamente como ahora canta, paso este año negro y espero otros años azules. ¡Quién sabe si el permanente azul no es de la tierra!

Aquí acabo. —Escriba a mamá. —Diga a Lola que entiendo que nos debe carta, y que seremos con ella etiqueteros. A Manuel el árabe, que le debo un regalo y se lo pagaré. A Manuel el pintor, que vierta en lienzos su fantasía llena de cupidos, gigantes, niños y grisetitas, y en esta buena compañía, dé un viaje. Manuel es un excelente artista, que necesita un medio refinado y culto para hacer fortuna. En México, Miranda ganará siempre más que él; y todos los cielos amarillos, cielos de cobre de Miranda,

no valen un libre golpe luminoso del pincel osado de Manuel Ocaranza.

Carmen envía abrazos a todos sus hijos. Yo, a Ud., mi entrañable cariño y mi amorosa gratitud de siempre.

Su hermano

J. MARTÍ

Guatemala, 20 de abril [1878]

Hermano mío:

Tal vez sepa ya Ud. algo de la brusca variación que espera a nuestra vida. —Ud. sabe con qué buena voluntad vine yo a esta tierra, cómo es mi alma, cuán humilde era la posición que le pedía y cuán importante es el servicio que con mi pequeño libro le acabo de hacer: el premio de todo esto es que por ser cubano, y ser quien soy, me vea obligado a renunciar a las pocas cátedras que me quedaban; a irme del país, y a hacerles sentir mi desdén antes que ellos me hicieran sentir su injusticia. —Es verdad que había una disconformidad absoluta entre su brutal modo de ser y mi alma libre: es verdad que yo los poetizaba ante mí mismo para poder vivir entre ellos; pero estos secretos no han salido nunca de mi alma. —¿Los han leído en mis ojos? ¿Han penetrado mi prudencia? ¡Pobre Carmen! A costa suya me han enseñado una gran verdad. —Con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos. —¿Qué mal les he hecho? Explicar filosofía con sentido, a par que nuevo, mesurado; explicar literatura; dar conferencias sobre el estado actual de las ciencias naturales; publicar un libro en que con amor y calor, para ellos nuevos, revelo sus riquezas desconocidas; escribir un drama sobre su independencia el día mismo en que me lo pidieron, y anunciar un periódico en que intentaba hablar aquí de Europa y hablar a Europa de ellos. —He ahí mi proceso —y entiendo que el suyo. —Ni una imprudencia, ni una ambición mía han deslucido estos intentos. —Pero me han desfigurado de tal modo, me han presentado de

tal modo, me han exagerado con tales proporciones, se han movido contra mí por resortes y causas para mí tan desconocidas, me han cerrado a principios de año con tales obstáculos el camino que a fines del año pasado me mostraron tan abierto, que, presintiendo que me despojarían de mis clases en la Escuela Normal como indirectamente y de hecho me habían ya despojado de las de la Universidad; airado contra la cobarde forma con que destituían de la Dirección de la Escuela a un cubano inteligente, honrado y amoroso, renuncié a mis cátedras allí, que con ser tres y ser serias, tenían por única retribución, y único medio para mi vida, sesenta pesos. —Y cuente que el año pasado di en la Universidad una clase de literatura europea gratis, y este año daba otra gratis de filosofía en la Escuela Normal. —Molestaban mi voz, mis principios, mi entereza, mi convicción —revelada en sencillo hechos— de que puede vivirse en un país, enseñando y pensando, sin viciar el alma y pervertir el carácter en la innoble corte hecha a un hombre torpe y brusco. —Y todo esto sucede inmediatamente después de mi libro: —júzguelos Ud. —Me cimentan una posición; me comienzan a dar un sueldo fijo; me obligan a contraer deudas, a levantar casa, me allanan el camino; me alienta el ministro de Instrucción Pública, me fía el ministro de Gobernación: —¿cómo había yo de pensar que, sin causa nueva alguna, en el momento de volver a este país con mi pobre mujer, enseñando más, escribiendo bien de ellos, con mi libro amante en las manos, con los mismos hombres en el Gobierno, había de venir abajo todo esto? Antes de que me abandonen, yo los he abandonado. —Mirando a mi pobre Carmen, se me llenan de lágrimas los ojos, y contengo difícilmente mi amargura.

¿Qué ha de ser en la Tierra; si ser bueno, ser inteligente, ser prudente, ser infatigable y ser sincero no basta? —¡Pobre criatura!

¿Qué haré yo ahora? Yo no sé cómo saldré de aquí, ni de qué medios me valdré; pero yo tengo que salir. Tal vez es un aviso que me salva; tal vez es un riesgo de que me libro. La enseñanza individual me es imposible, porque no es retribuida. —En los colegios, como en el Go-

bierno, hay una animosidad, hipócrita —y por tanto más vehemente— contra los extranjeros: ¡nosotros, extranjeros! Se buscan profesores guatemaltecos; se rebelan mis pobres discípulos; abandonan las clases que yo les daba; se niegan en algunas a aprender de otra voz que la mía; pero el Gobierno continúa en su obra: —¿qué he, pues, de esperar? —Interrumpo mi libro de Derecho, que sabían ya que escribía y al cual me habían alentado; no publico ya mi periódico, recibido con ira por los más, y por los menos con amor; —hablaré al Ministro de Honduras, hombre civil, joven y de letras, que está ahora aquí; si me ofrece, enseñando, un medio de vivir, iré a Honduras, por ser barata la tierra, y para mi heroica Carmen, más corto y más cómodo el viaje; si me lo ofrece, lograré de mis acreedores una tregua, y buscaré medio de ir al Perú. —Allí tengo fe, por quien soy, por quien son ellos, y por la clase de cartas y de informes con que seré allí presentado. —¡Pero es duro, es muy duro, vagar así de tierra en tierra, con tanta angustia en el alma, y tanto amor no entendido en el corazón!

Ahora no pensará mal de mí mi madre. —Ellos me creían ya un hijo egoísta, olvidado de todos mis deberes. —No basta una clara vida. —Indudablemente, ellos no saben lo que es vivir manando sangre.

Iba yo a enviarle el prólogo para el libro de Manuel Ocaranza, que escribí ayer mismo. —Como lo he escrito en momentos de acerbo dolor, tal vez resulte el prólogo inacorde y demasiado individual. —Ud. tacha, pone y quita, o lo suprime entero, si no le parece bien.

No es posible que México entero piense como los complacientes y olvidadizos que se disputaban los asientos en el banquete de Llanos Alcaraz. —Él estaba en su puesto: los demás no estaban en el suyo. —Yo creía que a un banquete como ése no podía ir ningún americano. —¿No ha habido allí un cubano que flagele a los cubanos que fueron? ¿Ni un mexicano que proteste contra esta fiesta fratricida? Afortunadamente, Ud. no fue. —Ud. es mi hermano. —Yo intento, cuando los días me hayan calmado el primer hervor, escribir algo sobre esto. No envío el pró-

logo porque ni Carmen ni yo hemos tenido tiempo de copiarlo. —Irás el sábado.

Estoy con impaciencia verdadera porque ni de mi casa sé hace mucho tiempo, ni de la de Carmen ni Uds. supimos la semana pasada. Aunque Ud. hace algunas semanas nos tenía ya olvidados.

Con Manuel, el *hereu* digno de serlo, tengo grandes deudas: de cariño, aunque ésta le es pagada; —de un juguete, que debe ser libro; de un retrato, que le enviaré cuando las sombras no me oscurezcan como hoy la frente. —En cuanto al libro, prometo pagárselo original. —En tanto, como premio a su hermosa alma, denle un fuerte abrazo.

Aquí le digo adiós, no sin decirle que aumentan mi amor y mi tristeza las tiernas solicitudes de mi Carmen. —Las penas sólo lo son para ella en cuanto yo las sufro. —Y pensar, como temo, que me iré de la vida sin poderle premiar tantos dolores!

Con un beso en la frente de sus hijas, salude a Lola.

Aliente a Ocaranza en el trabajo. —Dígame si soy yo el inepto, o son los hombres los malos; —y quiera siempre a su hermano

J. MARTÍ

Guatemala, 6 de julio 1878

Hermano mío:

Llevo en el corazón su última carta: era tal como yo la necesitaba en los amargos días que estoy pasando. Problemas de conciencia, de esperanza, de porvenir, —todo contribuía a hacer de mi situación una de las más difíciles de mi vida. —Aquí, los que yo creía mis mayores derechos han sido mis graves sentencias. —Tuve que dejar lo que me habían dado, porque el pan no vale que se le amase con la propia vergüenza. —Hubo por mí un verdadero partido, y me complace que espontáneamente por mí hicieron mucho más de lo que en esta tierra, de pronto y para un ánimo puro incomprensible, se acostumbra hacer por nadie. —Figúrese Ud. eso que los franceses llaman *égout*: —tendrá Ud. idea

de los hombres y cosas reinantes. Los que creen como el Gobierno, aunque esto no es cuestión de creencia, son lacayos; los que quisieran morder la mano que los azota, más que la besan, la lamen. — Toda verdad común es una osadía; toda institución democrática elemental, propaganda demagógica. — Y no porque yo la haya intentado, — aunque se previó tal vez, conociéndome mal, que la intentaría. Pero entre estos hombres de extraordinaria pequeñez, cuanto revela vigor, personalidad, austeridad, energía, parece crimen. — He despertado injustificables temores, tenacísimas oposiciones, persecución increíble. — No tuve el año pasado, lleno de Carmen, y de fe en mí y los demás, y de amor a la resolución de tanto problema esencial que en estas infelices tierras asoma, — no tuve tiempo para conocer más que a los que me acariciaban y mentían. — Al volver hallé, en lo general, desatada la tiranía; en lo que a mí tocaba, visible la ira. — ¿Provocada con qué? Con mis discursos generales; con mi cátedra de Historia de la Filosofía; con el libro que Ud. conoce, y que no vale, no de veras, el amoroso celo con que Ud. me lo cuidó. — Trocado esto, con más rapidez desde los asuntos de noviembre, en una gran hacienda, donde todo obedece al látigo de un caprichoso mayoral, — yo decidí irme. — ¿A dónde? — A Cuba, me decían mis deberes de familia, mi hijo que me va a nacer, las lágrimas de Carmen, y la perspicacia de su noble padre. — A todas partes menos a Cuba, me decían la lógica histórica de los sucesos, mis aficiones libérrimas, el doloroso placer con que me he habituado a saborear mis amarguras, mi absoluta creencia, — fundada en la naturaleza de los hombres — de que era imposible la extinción de la guerra en Cuba. — Y, sin embargo, la guerra se ha extinguido; la naturaleza ha sido mentira, y una incomprensible traición ha podido más que tanta vejación terrible, que tanta inolvidable injuria! — Transido de dolor, apenas sé lo que me digo. — ¿He de decir a Ud. cuánto propósito soberbio, cuánto potente arranque hierve en mi alma? ¿que llevo mi infeliz pueblo en mi cabeza, y que me parece que de un soplo mío dependerá en un día su libertad? — ¿No ha de llegar nunca para mí el momento de que

yo me produzca en las circunstancias favorables, —árbitras caprichosas de la fama y suerte de los hombres? —No a ser mártir pueril; —a trabajar para los míos, y a fortificarme para la lucha voy a Cuba. —Me ganará el más impaciente, no el más ardiente. —Y me ganará en tiempo: no en fuerza y en arrojo.

Ayer mismo, sobre los ruegos de Carmen que lloraba, sobre lo que mi madre llora sin decírmelo, sobre mi palabra misma empeñada al generoso Zayas, me resistía a todo intento de ir a Cuba, y tenía firmemente decidido ir al Perú. —Ya me esperaban, y preparaban acogida. —Ahora, amigo mío, los fundamentos de mi esperanza se han venido a tierra. Ahogo mi vehemencia; escucho a mi prudencia, —y me pliego nuevamente a las necesidades de los demás. —Las cartas que me escriba en adelante, envíelas a Fermín: —allá iré a leerlas.

¡Creen que vuelvo a mi patria! ¡Mi patria está en tanta fosa abierta, en tanta gloria acabada, en tanto honor perdido y vendido! Ya yo no tengo patria: —hasta que la conquiste. —Voy a una tierra extraña, donde no me conocen; y donde, desde que me sospechen, me temerán. —Brillar allí me avergonzaría. —Pero ¿podré vivir del modo oscuro que, por largo tiempo, ansío? Tendré que ahogar en mí, para vivir en aparente calma, y matador sosiego, toda gran inspiración, toda amorosa exaltación, todo noble instinto. —Ud. conoce mi pasión por la justicia, mi ardor contra la infamia, y la violación más nimia del derecho; mi amor de enamorado por la gloria y el brillo de América: —¿cómo podré dar rienda a todos estos sentimientos naturales, en mí tan dominantes y tan vivos?, ¿cómo podré vivir con todas estas águilas encerradas en el corazón? —Temo, amigo mío, que su aleteo me mate. —Temo perder mis fuerzas en este terrible combate silencioso. —¿Quién nació en un momento más difícil, rodeado de circunstancias más amargas?

Cuando yo era muy niño comencé a escribir un poema, en cuya introducción se disputaban a un hombre que acababa de nacer el Bien y el Mal: —después lloré como un niño al ver que, poco más o menos, éste era el pensamiento engendrador del Fausto. —El Bien, seguro de su domi-

nio en la conciencia, abandonaba al Mal al hombre recién nacido. —¿No parece, mi noble hermano, que el Mal ha apostado contra mí, y tiene empeño en ganar al Bien la partida? —Afortunadamente, por si desoyese a mi alma, que habla alto, tengo en México un vivo ejemplo de honradez acrisolada, y modelo de hombres.

Consiste mi dolor en tener que entrar por el real camino de la vida; en tener que sacrificar a sus necesidades, —necesidades impetuosas mías, de género más alto; en tener que sofocar tanto atrevido pensamiento, que nunca mejor que ahora —que entre la debilidad general causaría asombro— debiera estallar. Ya yo imagino qué errores se cometieron, qué fuerzas podrían explotarse, de qué simultáneo modo habrían de hacerse obrar; cuánto corazón americano podría enardecerse y empeñarse en nuestra lucha. Y no es locura, no. —Libre y sin hijo, yo hubiera ahora hecho hablar de mí. —Y de un modo que me hubiera dejado contento. —Y a Ud. también, que tanto me quiere. —Y, en vez de esto, involucré ahora como una oveja mansa a su rebaño! —¡Ahora que tenía casi terminada, con el amor y ardor que Ud. me sabe, la historia de los primeros años de nuestra Revolución! —Había revelado a nuestros héroes, escrito con fuego sus campañas, intentado eternizar nuestros martirios. Con minucioso afán, había procurado enaltecer a los muertos y enseñar algo a los vivos. Ningún detalle me había parecido nimio. Todo lo hacía yo resplandecer con rayos de grandeza: —de su eterna grandeza. —¡Y esta obra noble y filial de un espíritu libre, irá ahora clavada como un crimen en el fondo de un baúl! —Mucho he de padecer en una tierra donde no puede entrar semejante libro⁵.

Mucho he de padecer y voy a ella: —esto quiere decir que entiendo mi deber, y lo cumplo, sin más quejas que estas del alma que a Ud. envío. —Sólo los capaces de exhalarlas pueden entenderlas. —Voy a ser abogado, cultiva-

5. Manuel Pedro González considera que tal vez el propio Martí destruyó el documento (ver José Martí. *Epistolario, Antología*, Madrid: Gredos, 1973).

dor, maestro; un zurcidor de fórmulas, un sembrador de viandas, un inspirador de ideas confusas, —perdido en las espumas de la mar. —Voy, sin embargo.

Así agitado, no copié esta semana el prólogo al libro de Manuel, —tan anunciado ya que más me valiera no enviarlo. —Pero el próximo sábado le irá; —y con él asunto para un cuadro. —Siempre creo que él debe tener el corazón en México; pero los ojos fuera de México. —El asunto que hallé, leyendo un curioso libro, es pequeño asunto mexicano.

Pocas veces he sentido tan viva la bondad ajena como en su última carta a que respondo. No es mi amigo que me compadece: es mi hermano que se alarma y que me llama. —Este recuerdo, en mí siempre vivo, es bastante a templar en mi espíritu las agitaciones que ahora me lo aterran. —He comprendido todos sus temores, y lo he abrazado a cada frase. —Me enorgullezco de ser querido así. —Deseo que le venga a Ud. mal, —en momento en que yo pueda repararlo. —Tal vez muera yo como he vivido, oscura e inútilmente; pero sin tasa tiene Ud. en mi alma lo que sin tasa la suya me da.

No vuelvo a México ahora, aunque sé bien el amante asilo que allí me acogería. —Pero si yo no amase a México como a una patria mía, como a patria la amaría por ser Ud. su hijo y vivir Ud. en él. —Pronto iré a verlo.

Lo de Sarre no tenía más que un arreglo, que me entristece y que permito, porque no tengo absolutamente medio de evitarlo. —Pero imagino que algo me ha de producir mi sacrificio: —y me vengaré cumplidamente. Cumplidamente.

Mi delicada y amorosa Carmen, leyendo su carta, hizo una vez más, justicia a aquel que ella cree que es mi mejor amigo. Es estéril la cosecha; pero sembrando bien, al menos se recogen corazones.

Ya, sin paz en el alma, le digo adiós. —Queda en mí un hombre doble —el prudente que hace lo que debe; —el pensador rebelde que se irrita. —Satisfecho de esta victoria que sobre mí mismo obtengo, la lloro con indecible amargura. —Desec para mí mejores tiempos, que sí pue-

den venir; —pero no me desee mejor amigo que Ud. —que no puede venir ya.

Acaricie a Manuel, con quien estoy en deuda; a sus ejemplares criaturas. Anime a Ocaranza. Y a Lola dígale todas esas cosas que su generosa alma merece.

Por mí, sufra y estímeme.

Su hermano

J. MARTÍ

[1878]

Hermano mío:

Va al fin carta mía de La Habana —más me valiera ir yo mismo!

El alma se me sale de esta tierra, no sé si porque halla aquí pocas cosas que le halaguen, o porque se avergüenza de sí misma, al no obrar como brava y como buena. —Pero mi mala fortuna, que echó tanto peso humano sobre mis hombros, me defenderá si se me acusa por no haberlo echado, en el gran día triste, lejos de mí.

Soy, sin embargo, ingrato. —Me rodean solicitudes amorosas; tengo cuanto es menester; nada ha de hacerme falta, en tanto que llega, legalizado a la española, mi título de España: —pero éstas son para mí, si deudas del corazón, comodidades amargas. —Quisiera yo arrancar súbitamente a mi familia de la situación —si no miserable— trabajosa en que hoy la veo; —y crearme pronto una pequeña fortuna para que mi mujer y mi hijo, —porque en diciembre lo tendré, afrontasen las naturales consecuencias de mi rebelde y duro carácter. ¡Pero es terrible martirio este de ver necesaria una gran obra, sentirse con fuerzas para llevarla a cabo, y no poder llevarla!

En cuanto a México; ni mi insistente inquisición ha logrado saber nada de cierto. —Sentí lo de Escobedo, y pensaba al sentirlo más en Ud. que en él.

Veo que Doña Isabel, ha tomado definitivamente a Granada, y que está Ud. en camino de ser el último aben-

cerraje. —Esto me preocupa grandemente, y quisiera yo para cuando el calor excesivo que en la atmósfera noto, me lleve de nuevo hacia México, saber y ver que ya Lola no tiene motivo para encerrarse a conversar con el crepúsculo.

En Ocaranza pensaba hace pocos días. —Si yo pudiera llamarlo, a casa que no es mía, sino ajena, —y él fuera pintor retratista, —yo le hubiera invitado ya a venir. —Job Carrillo vivió, y no vivió mal. —Es lo que aquí, donde el arte no tiene sacerdotes, ni templo, ni concurrentes al templo, —produce algo. Sin embargo, —yo quisiera hacer una tentativa. —Quisiera que me enviase a La Habana, dos cuadritos ligeros, pequeños, donde hubiera —con un pensamiento de los suyos, picaresco y profundo, uno o dos tipos mexicanos: —cosa de poco trabajo, para ver si consigo que, bien entre amigos míos, bien dándolos al público en casa de Mazón y Valdés, despierten la curiosidad y se inaugure el que pudiera seguir siendo un mercado para este género de cuadros. —Viveza y gracia importan en esto más que conciencia y estudio. —Lo de Lope, —y me duele porque ésta, aunque manchada, es tierra mía: a cada uno ha de hablársele en su lengua.

Lo que sí deseo que no deje de la mano, o de la mente, si no lo ha puesto en obra todavía, es el asunto del prior de Veracruz. —Anda mal mi memoria, y toda clase de penas —menos las de amor— me la traen mal barajada; pero me parece recordar que, en carta mía de Guatemala, le envié copia de unos renglones del libro de Gage, divertidísimo por cierto, que me sugirieron este pensamiento. —Sería un cuadrito que bien pudiera ir a París: intencionado por el asunto, y —como pocos— ocasionado a multiplicidad y riqueza de detalles. Y a estudios de expresión: ante un prior mundano un neófito candoroso.

Mudar de tierra no quiere decir mudar de alma: sobre todo en mí, que más que de aire, vivo de afectos.

Pasando ríos y durmiendo en chozas, en días tranquilos y en días azarosos, —en todo día y ocasión hablamos de Uds. y como Carmen, si no fuera mi alma esposa, sería mi alma gemela, —la conversación no es más que un

solo voto: —icuándo los volveremos a ver! —icuándo los veremos venturosos!

Como tengo sobre mí los males de mi pueblo y los míos, y aquéllos tal vez con más gravedad que éstos, déjeme que calle, que importa poco decir lo que se siente, cuando no se puede hacer lo que se debe.

Vi a Azcárate: vamos por distinto camino⁶.

Carmen no escribe aquí, porque ella está en el Tulipán, delicioso lugar, como una Tacubaya suiza, donde vivimos, y yo escribo en La Habana, sobre una mesa que está esperando pleitos. —Tulipán 32 es su casa; pero Industria 122 es más seguro para la dirección de las cartas.

Aquí me solicitan para publicar una revista: falta hace, y ya le daré cuenta.

Abrace, más de una vez, a todos sus hijos. De su hermana Carmen sepa muchas cosas Lola. —Y Ud. anime a Ocaranza, y crea que los abrazos de México están todavía calientes para su hermano

J. MARTÍ

Le estimaré que ponga sobre y envíe la carta de Carmen a su hermana Rosa.

Habana, 17 de enero [1879]

Hermano mío:

Grandes cosas nos han debido pasar a Ud. y a mí, para que hayamos estado sin saber el uno del otro tanto tiempo: —cuando, en cuanto a mí al menos, no hacen los días más que realzar ante nuestros ojos la imagen de nuestro más constante amigo.

Yo lo hago a Ud. ya de vuelta en México, lleno el corazón de leales esperanzas y de rumores de Uruapan. —Yo, ni Uruapan —que ya no lo es mi Cuba, —ni esperanza tengo. —Cuanto predije, está cumplido. —Cuántas desdichas

6. Se refiere a Nicolás Azcárate, de quien lo separaban concepciones políticas diferentes con respecto al destino de Cuba.

esperé, tantas me afligen. —Primera debilidad, y error grave de mi vida: la vuelta a Cuba. —Hoy, mi pobre Carmen, que tanto lloró por volver, se lamenta de haber llorado tanto. —Nadie quiere convencerse de que prever es ver antes que los demás. —Todo me lo compensan mi mujer heroica y mi lindísimo hijo bastante bello y bastante precoz —mi nube humana de 2 meses!— para consolar todas mis penas. —Pero aquí me veo, sin alegría para el espíritu, queda la pluma y aherrojados los labios, arrastrando difícilmente una vida que se me hace cada día más trabajosa. —Yo no he nacido para vivir en estas tierras. Me hace falta el aire del alma. Hay que refugiarse en la sombra, allí donde está el sol lleno de manchas. ¡La vida española, después de vivir la vida americana! ¡El rebajamiento de los caracteres, después de haber visto tantos bosques y tan grandes ríos! ¡El destierro en la patria, mil veces más amargo para los que como yo, han encontrado una patria en el destierro! Aquí ni hablo, ni escribo, ni fuerzas tengo para pensar. —So pretextos pueriles, me han negado el permiso para ejercer como abogado hasta que venga ratificado mi título de España. —Tengo clases, y ahora corre trámites, con peligro de tener la misma solución, mi petición de que me habiliten mi título de Filosofía y Letras. —A mí me falta la intrepidez donde no corre aire simpático. —Aquí las exigencias sociales aumentan, y mis medios de vida disminuyen. —Y a mí como a todos. —Aquí todos los ojos están empañados, y no quieren ver las serenas figuras luminosas. — Los graves condenan con su conducta a los no graves.

Nicolás Azcárate, que se halla en su círculo, que tiene la fortuna de hacer vivir en perpetuo sueño a sus cuarenta años, y que aquí encuentra hoy triunfante la solución que durante toda su vida predicó, —me ha buscado con insistencia, —y en mi bufete, que está en su casa, escribo. —Me proponen una Alcaldía Mayor interina, cosa aquí prominente: en quien la propone es bondad, y en quien en mis condiciones la acepte, es villanía.

Yo arrastraré esta vida, hasta que pague las pequeñas deudas que yo, que me espanto de hacerlas, para vivir

humildísimamente estos meses he contraído. —Colocaré a mi padre; y apenas reúna lo necesario para pagar mi pasaje a tierras luengas, a otras tierras iré, adonde —digno y fuerte el espíritu, viva yo pobre, pero con el ánimo tranquilo, y me ayuden a trabajar por una tierra que no quiere trabajar hoy por sí misma.

Ud. habrá leído en mi carta anterior los dolores que, para dar vida a mi hijo, sufrió mi Carmen. —Con gran cuidado la operaron; pero temo que viva por algún tiempo enferma. —Vivimos los tres en entrañable unión. Nada más que nosotros, y algún noble hogar de amigos, nos parece verdad en la tierra.

Alfredo Torroella se me ha estado muriendo en los brazos en estos tres últimos días. —Me tiene moribundo un cariño que parece que data de otra vida. —Hago con él lo que los hombres afectuosos que se mueren, necesitan. —Y lo que conmigo hicieron. —Ayer resucitó, casi sin habla, de un terrible ataque que duró tres días. —Dispuestos estaban ya su entierro, y los honores que el Liceo de Guanabacoa, que hoy renace, y tanto valió en otro tiempo, quiere tributarle. —Por cierto que acabo de leer en los periódicos que la Sección de Literatura del Liceo, a la que perteneció cuanto de bueno ha habido y hay en Cuba, me nombra su Secretario. —Para hablar: pero ¡hablar en tierra esclava! —No sabré qué decir, y parecerá que hablo muy mal. —Yo cobraré mis aires, y mis alas. Si no fuera Cuba tan infortunada, querría más a México que a Cuba. —Alfredo, cuya muerte se espera desde hace un mes a cada instante, me recibió con grandes muestras de gozo, —y ¡extraña y leal memoria! diciéndome cosas exageradas y recitando versos míos. —Y la noche antes había recibido los óleos. Su mujer me ha enseñado lo que sabía yo ya por Lola: —en resignación y en amor, las mujeres mexicanas son hermanas de nuestras cubanas. —Heroicamente le asiste: —los pequeñuelos me atormentan. Cuando deja uno desamparados a sus hijos, debe uno desear llevárselos consigo a la muerte. Es terrible esta deuda no pagada.

Vivo ahora en Industria 115.

Hábleme largamente de todo cuanto Ud. ame y es-

pere. Dígame si Manuel no ha seguido mis consejos, y si no se siente con ánimos de ir a pisarle los talones al atrevido y afortunado Job Carrillo. —Una vez más, la fortuna ha ayudado al audaz. —Aquí acabo, porque va a venir el que lleva esta carta. Dé un abrazo de Carmen a Lola, bésele la mano en mi nombre, y las mejillas a sus hijos.

—Y quiera siempre a su hermano

J. MARTÍ

A MIGUEL F. VIONDI*

Nueva York, 8 de enero de 1880

MI SILENCIOSO amigo —a quien me complazco en creer involuntariamente silencioso—: tal vez no esperaba recibir Ud. desde estas tierras carta mía. Esta manía de viajar es ocasionada a dar sorpresas. El día 18 de diciembre conocí a Sarah Bernhardt en la fiesta del Hipódromo en París —y de la fiesta le envió a Ud. un curioso recuerdo, muy celebrado; —y sentí helada la médula de los huesos, pero caliente el corazón; —y desde el 3 de enero ando por estas limpias calles, en un invierno que parece primavera, con las carnes sanas y los huesos fuertes; —pero con el corazón muy bien —y muy en lo hondo— herido: —¡por la mano más blanca que he calentado con la mía! —¡Ea! Serán nubes de enero, que pasan con febrero. Ni ¿qué derecho tiene un hombre a ser feliz? Lo cual no amengua mi fuerza, —antes la templea mejor y la prepara. Las penas tienen eso de bueno: fortifican.

Nada más he de decirle para justificar una demanda que en esta carta le hago, sino que en estos instantes se juega la felicidad de toda mi existencia, y que Ud. ha de ayudarme con un pequeño servicio a ganar esta terrible partida. Yo creí poder llamar a mi lado a mi mujer para abril, luego de haber echado alguna raíz en esta tierra, —y me veo, con razón muy sobrada, obligado a hacerla venir sin demora alguna. Aquí vislumbro campo, y viviré. Intentaré todo lo honrado, y me ayudarán de buena voluntad. ¿Cuál no será mi pena, cuando aun antes de hallar trabajo, y en la lucha natural de no hallarlo conforme a mis necesidades, —envío a buscar a mi mujer? —¡y ni puedo ni quiero dejar de enviar a buscarla! —“Y ¿cómo ha podido Ud. —bolsa en ruinas— hacer esta maravilla?” me dirá Ud. —Allá le va el

* Abogado cubano en cuyo bufete trabajó Martí en La Habana, ciudad en donde es vuelto a apresar por conspirador y remitido a España en 1879. Pasa brevemente a París y a comienzos de 1880 viaja a Nueva York.

billete de pasaje de La Habana a Nueva York. —Y Ud., amigo mío, como favor único, a pedir el cual —después de tanto otros inolvidables, sólo me creo autorizado por mi presente y honda angustia ¿podrá enviar a mi mujer por el primer vapor que luego de recibida esta carta, salga para Puerto Príncipe, —cuatro onzas en oro? —O, si fuese para Ud. sacrificio demasiado grande ¿podrá enviarle al menos, el precio de su pasaje del Príncipe a la Habana, —y en La Habana recibirla, —y hacer que alguna persona que no sea Ud. me la acompañe en los instantes del embarque? Jamás tan pavorosa pena hizo tan gran estrago en mi agitada vida. —¿A qué hablarle de mi amargura, al tener que quebrar mis hábitos, —y pedir a Ud. este servicio de dinero? ¿A qué encomiarle más la urgencia del caso, si se lo pido? —No hablo a Carmen de mi verdadera situación, ni deseo que le hable Ud. de ella en La Habana, —porque espero tenerla en parte conjurada, y porque deseo que nada estorbe el logro de la resolución que he tomado. ¿Bastará mi energía para abrirme un humilde hueco en esta tierra? En mi fortaleza y en mi voluntad espero. Pero los brazos se mueven mal, y caen perezosos a los lados, cuando no los dirige un espíritu tranquilo. Y el mío, bajo aparentes sonrisas, anda ahora airado: inubes de enero!

Lo de mi padre, cada día más enfermo, me tiene loco. —¡Ah, terrible deber! ¡Ah, pobre viejo! —¡Y yo más pobre!

Aquí he visto a R. Fans, que espera de Ud. maravillas para el vencimiento del plazo. —De lo de la Mitjans, ya habrán recibido en La Habana, —con el telegrama del Supremo—, el texto íntegro de la resolución. Excuso decirle —porque Ud. lo supone— la natural parte que tomé con Ríos Portilla, el único activo, en poner cima a este empeño. —Y ¿a qué magistrado nombramos? —me dijo Ríos. Y me di a buscar, entre gente del oficio, y de fuera de él. —Todos tenían tacha en el concepto de todos, excepto Peláez del Pozo, por todos recomendado como austero e íntegro. Y lancé su nombre, a punto que el hermano de Bolívar —a quien estrechará Ud. la mano en mi nombre—, se lo recomendaba también a Ríos. —Y ése fue

el nombrado. —¡Ah! un viaje a España al comenzar el pleito, —y ni vega ni casas se rematan! Pero ¡quién había de sospechar una pereza tan culpable! —Porque todo estaba de antemano concedido, —y han tardado 6 meses en pedirlo.

A no tener mi espíritu tan seriamente sacudido, hubiera escrito a Cheíto, a quien viva y profundamente estimo. No le diga Ud. esto, puesto que quiero que le diga otra cosa. En La Habana está Néstor Ponce, que ha de volver. —Una imprenta amiga puede ser para mí un gran recurso. Puedo ser en ella, para abrigar del frío a mi pequeñuelo, desde corrector de pruebas hasta autor de libros. —Y pienso seriamente en unos sobre América, biográficos, históricos y artísticos, para todos interesantes, por todos entendibles, —libros pequeños, amenos, cómodos y baratos. —Desearía yo que Cheíto hablase a Ponce de mí, —y si a su juicio tengo aptitudes útiles, se las recomiende tan eficazmente que pudiera ser ésta para mí una vía cierta de trabajo. —En el *Almanaque de México* de 1879, anda un juicio sobre mí como hombre de imprenta. —Vea Ud. que me recomiendo a mí mismo, —y que me voy haciendo americano. —¿Ve Ud. amigo mío, la sonrisa debajo de la cual anda airado el espíritu? De manera, que yo espero en Ud. —para reconquistar mi calma. Que Ud. me atenderá a Carmen. Que Ud. me guardará hasta que ella venga un abrigo y un sombrero que envío a mi hijo: —gasto en salvas de amor mis últimos cartuchos. —Y que, como mi regalo de año nuevo, me enviará Ud. una palabra por telégrafo, para apaciguar mi fiera inquietud, tan pronto como Ud. sepa que Carmen sale del Príncipe, con esta dirección, y con esta única palabra: —Va. —Sr. Manuel Mantilla. —51 East. 29 Street. Y la carta así, con mi nombre en un sobre interior. —De Hortensia, de Julia y de Sofía, y de Ud. hablo todos los días en casa de Ángela Castillo. —¡Y digo tales cosas! —Un abrazo a Carlitos, y otro a Lladó. ¿Me contestará Ud. pronto?

Perdóneme esta carta larga. Es necesaria.

J.M.

La dirección de Carmen —Calle de San Francisco 9.

A SU HERMANA AMELIA

[Nueva York, 1880]¹

TENGO DELANTE de mí, mi hermosa Amelia, como una joya rara y de luz blanda y pura, tu cariñosa carta. Ahí está tu alma serena, sin mancha, sin locas impacencias. Ahí está tu espíritu tierno, que rebosa de ti como la esencia de las primeras flores de mayo. Por eso quiero yo que te guardes de vientos violentos y traidores, y te escondas en ti a verlos pasar: que como las aves de rapiña por los aires, andan los vientos por la tierra en busca de la esencia de las flores. Toda la felicidad de la vida, Amelia, está en no confundir el ansia de amor que se siente a tus años con ese amor soberano, hondo y dominador que no florece en el alma sino después del largo examen, detenidísimo conocimiento, y fiel y prolongada compañía de la criatura en quien el amor ha de ponerse. Hay en nuestra tierra una desastrosa costumbre de confundir la simpatía amorosa con el cariño decisivo e incambiable que lleva a un matrimonio que no se rompe, ni en las tierras donde esto se puede, sino rompiendo el corazón de los amantes desunidos. Y en vez de ponerse el hombre y la mujer que se sienten acercados por una simpatía agradable, nacida a veces de la prisa que tiene el alma en flor por darse al viento, y no de que otro nos inspire amor, sino del deseo que tenemos nosotros de sentirlo; —en vez de ponerse doncel y doncella como a prueba, confesándose su mutua simpatía y distinguiéndola del amor que ha de ser cosa distinta, y viene luego, y a veces no nace, ni tiene ocasión de nacer, sino después del matrimonio, se obligan las dos criaturas desconocidas a un afecto que no puede haber brotado sino de conocerse íntimamente. —Empiezan las relaciones de amor en nuestra tierra por donde debieran

1. Desde enero de este año Martí se instala en Nueva York e inicia sus tareas políticas y de respaldo a quienes luchan por la independencia.

terminar. —Una mujer de alma severa e inteligencia justa debe distinguir entre el placer íntimo y vivo, que semeja el amor sin serlo, sentido al ver a un hombre que es en apariencia digno de ser estimado, —y ese otro amor definitivo y grandioso, que, como es el apegamiento inefable de un espíritu a otro, no puede nacer sino de la seguridad de que el espíritu al que el nuestro se une tiene derecho, por su fidelidad, por su hermosura, por su delicadeza, a esta consagración tierna y valerosa que ha de durar toda la vida.

—Ve que yo soy un excelente médico de almas, y te juro, por la cabecita de mi hijo, que eso que te digo es un código de ventura, y que quien olvide mi código no será venturoso. He visto mucho en lo hondo de los demás, y mucho en lo hondo de mí mismo. Aprovecha mis lecciones. No creas, mi hermosa Amelia, en que los cariños que se pintan en las novelas vulgares, y apenas hay novela que no lo sea, por escritores que escriben novelas porque no son capaces de escribir cosas más altas —copian realmente la vida, ni son ley de ella. Una mujer joven que ve escrito que el amor de todas las heroínas de sus libros, o el de sus amigas que los han leído como ella, empieza a modo de relámpago, con un poder devastador y eléctrico— supone, cuando siente la primera dulce simpatía amorosa, que le tocó su vez en el juego humano, y que su afecto ha de tener las mismas formas, rapidez e intensidad de esos afectillos de librijos, escritos —crémelo Amelia— por gentes incapaces de poner remedio a las tremendas amarguras que origina su modo convencional e irreflexivo de describir pasiones que no existen, o existen de una manera diferente de aquella con que las describen. ¿Tú ves un árbol? ¿Tú ves cuánto tarda en colgar la naranja dorada, o la granada roja, de la rama gruesa? Pues, ahondando en la vida, se ve que todo sigue el mismo proceso. El amor, como el árbol, ha de pasar de semilla a arbolillo, a flor, y a fruto.

—Cuéntame Amelia mía, cuanto pase en tu alma. Y dime de todos los lobos que pasen a tu puerta; y de todos los vientos que anden en busca de perfume. Y ayúdame de mí para ser venturosa, que yo no puedo ser feliz, pero sé la manera de hacer feliz a los otros.

No creas que aquí acabo mi carta. Es que hacía tiempo que quería decirte eso, y he empezado por decírtelo. —De mí, te hablaré otro jueves. —En éste sólo he de decirte que ando como piloto de mí mismo, haciendo frente a todos los vientos de la vida, y sacando a flote un noble y hermoso barco, tan trabajado ya de viajar, que va haciendo agua. —A papá que te explique esto [de] que él es un valeroso marino. —Tú no sabes, Amelia mía, toda la veneración y respeto tiernísimo que merece nuestro padre. Allí donde lo ves, lleno de vejeces y caprichos, es un hombre de una virtud extraordinaria. Ahora que vivo, ahora sé todo el valor de su energía y todos los raros y excelsos méritos de su naturaleza pura y franca. Piensa en lo que te digo. No se paren en detalles, hechos para ojos pequeños. Ese anciano es una magnífica figura. Endúlcentle la vida. Sonrían de sus vejeces. Él nunca ha sido viejo para amar.

Ahora, adiós de veras.

Escríbeme sin tasa y sin estudio, que yo no soy tu censor, ni tu examinador, sino tu hermano. Un pliego de letra desordenada y renglones mal hechos, donde yo sienta palpar tu corazón y te oiga hablar sin reparos ni miedos —me parecerá más bella que una carta esmerada, escrita con el temor de parecerme mal. —Ve: el cariño es la más correcta y elocuente de todas las gramáticas. Di *iter-nura!* y ya eres una mujer elocuentísima.

Nadie te ha dado nunca mejor abrazo que éste que te mando.

¡Que no tarde el tuyo!

Tu hermano

J. MARTÍ

A MANUEL MERCADO

New York, 6 de mayo [1880]

Hermano mío:

NI UN INSTANTE hago esperar mi carta; me dio tanto placer la suya, que le envió lo que me queda de alma en ésta. Guárdemela —que pasaré por México a emplearla entera en beneficio de mi patria. —¡Qué alegría, si así pudiera hacerlo! No sé si me darán tiempo los urgentes quehaceres de estos revueltos asuntos nuestros, o esta salud mía, que juzgo ya perdida para siempre.

Desde que dejé de verles, no ha habido día que no haya sido para mí señalado por un recio combate interior: ¿a qué contárselos? A Ud., no los hubiera callado; pero, como no han tenido más compañeros que mi sigilo, se han cansado de ser tantos, y comienzan a serme huéspedes molestos en el corazón. —Me obligan ya a cura, —y aunque no creo que sea lo que yo tengo cosa grave, creo sí que un espíritu tan exaltable y lastimable no ha debido sufrir en vano tan rudos choques. —Es una forma de la desventura, venir a la vida con todas las condiciones necesarias para salirse de ella. —Aquí estoy ahora, empujado por los sucesos, dirigiendo en esta afligida emigración nuestro nuevo movimiento revolucionario. Sólo los primeros que siegan, siegan flores. Por fortuna, yo entro en esta campaña sin más gozo que el árido de cumplir la tarea más útil, elevada y difícil que se ha ofrecido a mis ojos. Me siento aún con fuerzas para ella, y la he emprendido. —Creo que es una deserción en la vida, penable como la de un soldado en campaña, la de consagrar —por el propio provecho— sus fuerzas a algo menos grave que aquello de lo cual son capaces. Poseer algo no es más que el deber de emplearlo bien.

Carmen y mi hijo están a mi lado. Carmen no comparte, con estos juicios del presente que no siempre alcanzan a lo futuro, mi devoción a mis tareas de hoy. Pero com-

pensa estas pequeñas injusticias con su cariño siempre tierno y con una exquisita consagración a esta delicada criatura que nuestra buena fortuna nos dio por hijo. Apenas entre el verano, le enviaremos su retrato. No tiene esas prematureces portentosas que hacen las delicias de los padres vulgares. Sabrá sufrir, sabrá pensar y sabrá amar. Saber sufrir es lo que más importa —aunque se muera de esto. Tiene ojos profundos y frente ancha. Pero es, blando y sencillo, como a sus meses toca. Regaño a Carmen porque ha dejado de ser mi mujer por ser su madre. —En cuanto a la mía, ella, como tantos otros, cree que obro impulsado por ciegos entusiasmos o por novelescos apetitos; se me reprocha que haga en prosa lo que se me tenía por bello cuando lo decía en verso. —Yo no entiendo estas diferencias entre las promesas de la imaginación y los actos del carácter. —Hago tristemente, sin gozo ni esperanza alguna, lo que creo que es honrado en mí y útil para los demás que yo haga. Fuerzas quiero, —que no premio, para acabar esta tarea. Sé de antemano que rara vez cobijan las ramas de un árbol la casa de aquel que lo siembra.

Ud. me habla de mí, —y no de sus hijos. —Ayer antes de recibir su carta, que me ha dado, a pesar de cierto tinte pardo que la envuelve, un día de fiesta, —ayer hablaba yo de los crepúsculos de Lola. —Ellos han sido siempre mis invencibles enemigos. Ruéguele que no cargue demasiado con reflexiones, —sobre amargas, generalmente inútiles— estos sucesos de la vida que vienen siempre sobre nosotros a su antojo, —sin que esas meditaciones heladoras los detengan y los aparten de nuestro camino. —Amar sobre todo, —confiar y desdeñar: ésa es tal vez la verdadera vía de vida. —Encerrarse con su pena, no es más que hacerla mayor, por nuestra presencia en ella. —Ni ¿qué pena real puede haber en alma tan hermosa, tan preocupada siempre, para remediarlo, del mal ajeno, —tan discreta y tan inteligente dispensadora de bondades? —Dígale que no haga a Manuelito, con su ejemplo, grave. El hombre debe ser león, y la mujer —pájaro mosca.

Me entristece lo que me dice de Ocaranza. ¡Con qué gozo supe aquí de un lindo cuadro suyo, de que me habló

Alamilla! Él no quiso hacer nunca aquel del fraile. —Dí-gale que espero, para cuando esté bueno, porque ha de es-tarlo, carta suya donde me detalle cuanto ha hecho y pien-se hacer —que de fijo serán dignos de aquel húmedo y admirable cráneo de Montes de Oca. Aquel paisajito suyo, aquel pequeño Chapultepec —tan magistral y brevemente tocado me acompaña— y me lo celebran mucho. —En un cuadro conservo —como estupenda maravilla— el primer peso que gané en New York —como crítico de arte.

Hábleme de la majestuosa Luisa, —y de la menuda Alicia, —y de su gordo pequeñuelo.

No crea que ésta es mi carta, —porque no se parece a la que yo le debo; pero salgo de Clubs para entrar en claves y cifras, —y la escribo, a vuela pluma y de pasada y tal vez, —yo también, aunque sin derecho a repetirlo, “con el pie en el estribo”.

Pienso vencerme una vez más. —Y no quedarme ya sin cartas tuyas. Escríbame a 29 Street, 51 East. —New York.

Abrace a Sánchez Solís, a Peón y a Heberto. —Y créame: el silencio aumenta el cariño.

Bese a sus hijos, y quiera a

J. MARTÍ

Carmen iba a escribir a Lola. No me queda tiempo para esperar su carta. —Le envía un abrazo.

A FAUSTO TEODORO DE ALDREY*

Caracas, 27 de julio de 1881

Sr. Fausto Teodoro de Aldrey

Amigo mío:

MAÑANA DEJO a Venezuela y me vuelvo camino de Nueva York. Con tal premura he resuelto este viaje, que ni el tiempo me alcanza a estrechar, antes de irme, las manos nobles que en esta ciudad se me han tendido, ni me es dable responder con la largueza y reconocimiento que quisiera las generosas cartas, honrosas dedicatorias, y tiernas muestras de afecto que he recibido estos días últimos. Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajador en su camino: los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida. De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces, copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.

Por de contado cesa de publicarse la *Revista Venezolana*; vean en estas frases su respuesta las cartas y atenciones que, a propósito de ella, he recibido, y queden excedidas por mi gratitud las alabanzas que, más que por esas paginillas de mi obra, por su tendencia, he merecido de la prensa del país y de gran suma de sus hombres notables. Queda también, por tanto, suspendido el cobro de la pri-

* Director del periódico *La Opinión Nacional* de Caracas, ciudad a donde había llegado en enero de este año y tiene que abandonar pronto porque, su elogio al escritor Cecilio Acosta, disgusta al presidente venezolano Guzmán Blanco.

mera mensualidad: nada cobro, ni podrá cobrar nadie en mi nombre, por ella; la suma recaudada ha sido hoy o será mañana, devuelta a las personas que la satisficieron; obra a este objeto en manos respetables. Cedo alegre, como quien cede hijos honrados, esos inquietos pensamientos míos a los que han sido capaces de estimármelos. Como que aflige cobrar por lo que se piensa; y más si, cuando se piensa, se ama. A este noble país, urna de glorias; a sus hijos, que me han agasajado como a hermano; a Ud., lujoso de bondades para conmigo, envía, con agradecimiento y con tristeza, su humilde adiós.

JOSÉ MARTÍ

A ENRIQUE JOSÉ VARONA*

New York, 1º de diciembre [1881]

BIEN PUEDE SER, amigo mío, que se haya olvidado de su amigo Martí, que, no por haberle visto poco ni usado escribirle, le tiene en menos de lo que sabe que Ud. vale. Pero ahora va a La Habana un gallardo poeta, de espíritu fogoso y carácter levantado, José Pérez Bonalde, a quien quiero, y se lo envío, para darme honor conque él vea el que da Ud. a mi tierra, y para que tenga Ud. ocasión de hacer sabrosa su estancia breve en Cuba a quien tiene ya merecido bien de las letras, y vasto renombre. Es seguro que Ud. le conoce: vea Ud. que era difícil ya cantar al Niágara de una manera original, brillante y durable, y Bonalde lo ha cantado en un poema arrebatado y abundoso, impreso en sus *Ritmos*, que le han valido tantas celebraciones. Ni era más fácil dar cómoda y propia casa española al rebelde y movable espíritu de Heine —y Bonalde se la ha dado; y luciente y suntuosa. Ni es más fácil que todo eso ser poeta a la par en versos y obras, y eso es mi valioso amigo venezolano. Ya los oigo hablar a Ud. y a él, de cosas altas y buenas; y ya me aflijo aquí, en silenciosa amargura, de no hacer yo parte llana al diálogo. Pero a obrar bien, y no a gozar, hemos nacido. Sea Ud. cariñoso con Bonalde; aunque él vale tanto que ha de captarse como cosa propia su cariño. Llévelo adonde sepan estimarlo. Hágale conocer a nuestros buenos y a nuestros brillantes. Al mejor lo envío; conque espero que venga Bonalde contento de mi tierra, que es el mejor derecho de quien la ama bien.

* Escritor y político cubano (1849-1933), amigo de Martí, luchó por la independencia y posteriormente fue vicepresidente de su país.

¿Cómo haría yo para leer a menudo cosas de Ud.?
Allá le envié dos números de una *Revista Venezolana*, que
murió de honrada. ¿Ha impreso Ud. sus conferencias?

Mucho le estima, y mucho le agradecerá cuanto haga
por Bonalde, su amigo

JOSÉ MARTÍ

459 Kent Av. Brooklyn.

A DIEGO JUGO RAMÍREZ

Nueva York, 9 de diciembre [1881]

Sr. Diego Jugo Ramírez

Amigo mío:

¿YO NO LE he escrito a Ud.? No puede ser. Mi carta no habrá sido escrita en el papel, pero ha salido muy cariñosa de mi mente, y ha emprendido camino de Caracas. ¿Ni con qué corazón quiere Ud. que le escriba, si me lo dejé allá todo? Aquí he traído la rueda que voltea, y la masa que trabaja; pero allí donde puse mis esperanzas, y las perdí, allí dejé lo más caro de mi vida. Otros no entenderán esto: por eso yo no lo escribo para otros. Entendería Ud. estas vehemencias mías, si me viera escribir, a despecho del pensamiento presuroso que me las empuja, estas letras menudas y correctas: a pesar del buen fuego que arde en mi cuarto, tengo mis manos heladas.

Yo no le he escrito, Jugo, porque quería escribirle sin premura, y con regalo. Esperaba, en vano como siempre, horas de calma. Aquí el trabajo; allí el dolor, que es un mayor trabajo, me echaban apresurado y fatigado sobre la hora del correo. Para decir cuanto quería, no tenía tiempo. Para no decirlo, no debía escribir. Tengo tal fe en mis agradecimientos, que sé que aquellos que me los han inspirado han de sentirlos, aun cuando yo no se los diga.

Y luego —las cartas me parecen siempre pequeñas. Esto viene de haber vivido tanto en cárcel; que me fatigo de ellas.

Ayer mismo, revolviendo entre mis recuerdos piadosos, volvía a ver uno que me es caro: un ramo de violetas, que me dio su esposa, en aquel día primero de carnaval en que no en vano estaban todos los colores en calles y ventanas, —porque no había ninguno en mi alma. A los pocos días alcé los ojos a aquel ramo, que adornaba el retrato de mi hijo, y vi que se secaba. Y escribí esto, que no le enseñé por ser cosa tan sencilla:

*¿Por qué os secáis, violetas generosas,
Que me dio en hora amarga mano pía?
Pues patria al alma dais, flores medrosas,
¡no os secaréis en la memoria mía!*

¡Oh! ¡y no se secan!

Aquí, mis escasas horas de esparcimiento son horas venezolanas. Las parto con Bonalde, y con Gutiérrez Coll. Ellos me animan a imprimir un librito, que escribí en Caracas, y allá le irá. Ya está en las prensas. Es un juguete, como para mi hijo.

Jamás recuerdo las pequeñas amarguras que pasé en esa tierra bien amada: sólo recuerdo sus ternuras, —y pago como yo pago, a mar por río. —Empéñeme a escribirle, escribiéndome. Yo no le escribo más, porque ya es el alba. —¡Y vendrá mi hijo, que ya viene, y no lo echará a andar por esos cerros, ni estrechará la mano de Ud., amigo mío, ni besará la de su esposa! Pero yo de aquí hago lo que él no hace. Por esto no escribo cartas, porque cuando acabo, empiezo.

Muy obligado y muy cariñoso queda aquí su amigo

JOSÉ MARTÍ

A GABRIEL DE ZÉNDEGUI

New York, 28 de julio [1882]

Mi amigo Gabriel:

PUDIERA GUARDARTE rencor porque no me agradeciste que te enviase tan gallarda persona como el buen poeta José Pérez Bonalde, y porque no quieres saber de mí. Yo te lo excuso, y te quiero, y en prenda de ello te mando una fruslería que he impreso¹ —no porque la tenga por mejor que lo demás que llevo hecho, sino porque me la sacaron de las manos, y la hallé semejante a los rizos rubios de mi hijo. Ya los tendrás, aunque no son buenos los tiempos para ello, y verás como la vida es fruta áspera, que rompe los labios —y los hijos son urnas de bálsamo. —No sé si he acertado a dar forma artística al tropel de visiones aladas que cuando pienso en él me danzan en torno de la frente. —Ni si esa vez, que dormí en almohada de rosas, pudo olvidar mi cabeza la almohada de piedra en que usualmente duermo. —Y los demás versos que hago, que procuro que sean siempre en número menor que otro género de obras, y no son —por esto y aquello— para enviados, son versos de cabeza hecha a dormir en almohada de piedra. —Lo cual no es malo: es fama que los buenos pianistas aprenden a tocar en teclado de hierro.

Dios te dé tanta fortuna como fe, y a mí —no más fe que aquella que se necesita para dirigir a la fortuna.

Ahí te va el libro. Perdóname el pecado, y ve como no te olvida —ni a ti, ni a tu sólido talento y buenos versos
tu amigo,

JOSÉ MARTÍ

Por si por maravilla me escribieses:

Manuel Mantilla, 324 Classon Avenue, Brooklyn, L.I.

1. Es el año de la impresión de su célebre *Ismaelillo* (en la carta lo llama "una fruslería"). Sigue en Nueva York y realiza contactos con los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, figuras centrales de las diferentes etapas de la guerra independentista cubana.

A MANUEL MERCADO

N.Y. 11 de agosto [1882]

Mi hermano queridísimo:

VA PARA AÑOS que no ve usted letra mía: y, sin embargo, no tiene mi alma compañero más activo, ni confidente más amado que Ud. —Todo se lo consulto, y no hago cosa ni escribo palabra sin pensar en si le sería agradable si la viese. Y cuente de veras con que si algo mío creyera yo que habría de desagradar a Ud., no lo haría de fijo. Pero no se me ocurre nada, ni pongo en planta nada, que no vaya seguro, si obra de actividad, de su aplauso; si pecado, porque soy pecador, por humano, de su indulgencia. Este comercio me es dulce. Este agradecimiento de mi alma a Ud. que me la quiere, me es sabroso. Su casa es un hogar para mi espíritu. Todos los días me siento a su mesa, sin ocurrírseme que Ud. puede estar, por mi silencio aparente, enojado conmigo; ni que me recibiría Ud. fríamente. Y me parece que tengo derecho a Ud., —por el que doy a Ud. constante y crecientemente sobre mí. —No es que me acuerde de Ud. en marcada hora del día. Es que sé que Ud. consolaría mis tristezas, si las viera de cerca, y aún siento que las consuela con su afecto lejano: y es debilidad humana, o acaso fortaleza, pensar en lo que redime del dolor al punto en que el dolor se sufre. Por eso estoy pensando constantemente en Ud., —como viajero fatigado en puerto, y desterrado en patria, y amante de dama que le engaña en aquella que no le engañó cuando él la amaba. Alguna vez he de decir en verso todas estas cosas, porque en verso están bien, y son verso ellas mismas. Ahora no, —porque estoy lleno de penas, y todo iría empapado de lágrimas. —Y yo tengo odio a las obras que entristecen y acobardan. Fortalecer y agrandar vías es la faena del que escribe; Jeremías se quejó tan bien, que no valen quejas después de las suyas. —Por eso no escribo, —ni a mi madre, ni a Ud, ni para mí mismo, —porque pensar en las penas

quita fuerza para sufrirlas, y ni podría escribirle sin contárselas, porque me parecería deslealtad, ni escribirle para contárselas, por aborrecimiento a querellas femeniles, o por miedo de que mis pesares creciesen, con hablarle de ellos. —Y a más, porque desde hace dos años tengo un favor que pedirle, que no le voy a pedir ahora porque si fuese a pedirselo no le escribiría —y como el caso me era útil y aun urgente, y como sin querer, le hablaba de él en las cartas que le escribía, me ha parecido mal reempezar a escribirle con ocasión de necesidad mía, y he dejado sin enviar, y están ahora ante mí, cuantas cartas le he escrito. En una le hacía cuenta de mi vida de estos años, y le explicaba por qué razón de prudencia social no había ido a refugiarme en México, mi tierra carísima: en otra le pedía consejo sobre una clase de versos rebeldes y extraños que suelo hacer ahora, no por propósito de mente, sino porque así, sueltos y encabritados —y ¡quiera Dios que tan airosos!— como los caballos del desierto, me salen del alma¹; —y en todas vaciaba en Ud. el alma entera. Su espíritu sereno por todas partes me fortifica y acompaña.

Otra le escribí, que tampoco fue, cuando me sacaron el *Ismaelillo* de las manos, y lo pusieron en prensa. En mi estante tengo amontonada hace meses toda la edición, —porque como la vida no me ha dado hasta ahora ocasión suficiente para mostrar que soy poeta en actos, tengo miedo de que por ir mis versos a ser conocidos antes que mis acciones, vayan las gentes a creer que sólo soy, como tantos otros, poeta en versos. —Y porque estoy todo avergonzado de mi libro, y aunque vi todo eso que él cuenta en el aire, me parece ahora cantos mancos de aprendiz de musa, y en cada letra veo una culpa. Con lo que verá Ud. que no escondo el libro por modestia, sino por soberbia.

Y en todas esas cartas iban filiales iras mías por la avaricia sórdida, artera, temible y visible con que este pueblo mira a México: ¡cuántas veces, por no parecer intruso o que quería ganar fama fácil, he dejado la pluma ardiente que me vibraba como lanza de pelea en la mano!

1. *Versos Libres.*

Pero ahora supe, por carta del fidelísimo Heberto, que Ocaranza ha muerto. Salió a los labios, en versos que le envió, todo el amor dormido en mi alma. Mi hermana, y Ud., y su casa, y su tierra llenan esos versos en que no se habla de ellos. —Y ¡es tan raro ya que yo los haga! Estos no los hice yo, sino que vinieron hechos. Que padecí —no he de decírselo; me pareció que me robaban algo mío, y me revolví contra el ladrón. Ya no vive tan buena criatura, que amó lo que yo amo: me queda al menos el consuelo de honorario. —Yo no me doy cuenta de si valen algo, o nada valen, y son desborde monstruoso de la fantasía, y no construcción sana, los versos que le mando. Como los escribí, interrumpiendo un trabajo premioso que me llevaba ya ocupado, y con el cerebro inflamado, días y noches, —en el punto mismo en que recibí la carta de Heberto— se los envió. Si le parecen bien, publíquelos. Si no —agradézcame el amor con que los hice, y regáñeme por mi obra ruin. —¡Cuánta bondad y grandeza se llevó el que ha muerto! ¡Qué recado tan bello acerca de Ud. me mandó con mi amigo Bonalde! ¡Con qué triste ternura miro ahora aquel bosquejo suyo del bosque de Chapultepec, que ha ido paseando por unas y otras tierras mi fidelidad, y el mérito del más original, atrevido y elegante de los pintores mexicanos! —¿Qué habrá sido, Mercado, de aquel bosquejo de cuerpo entero de mi hermosa Ana que una vez vi en su cuarto? ¿A qué manos irá a dar si no es a las de Ud., en que sea tan bien estimado como en las mías? Dígame qué es del cuadro, y si podría yo tenerlo. ¡Qué regalo para mis ojos si pudiera yo ver constantemente ante ellos aquella esbelta y amante figura! Me parecería que entraba en posesión de gran riqueza.

Ya va apresuradamente dicho en mi mesa de empleado de comercio —que es profesión nueva en que entro, por no dar en la vil de desterrado sin ocupación, y ayudar a la amarga de cultivador de letras españolas, —lo que de más importancia tenía hoy que decirle. —A Lola —que aún me acaricia el perfume de aquellas florecitas de San Juan que me enviaba su mano piadosa a mi cuarto de enfermo. —A Manuel, que es de seguro un niño hidalgo,

un abrazo apretado. Y a la gentil Luisa y a sus hermanitas,
un beso en la mano. —A Ud. toda el alma de su hermano

J. MARTÍ

¿A qué decirle que hable de mí a Peón y a Sánchez Solís y
a cuantos no me hayan olvidado?

Mi dirección: J.M., 324 Classon Av., Brooklyn, L.I.

A SU HERMANA AMELIA

New York, Febrero 28 [1883]¹

Mi muy querida Amelia:

TÚ NO ME lo querrás creer, por estos odios míos, siempre crecientes, a poner en el papel las cosas íntimas del alma; pero el día en que supe tus bodas, como te creí dichosa, me sentí de fiesta. Hice visitas, canté un poco, y hablé algo más (que) de ordinario. —Porque me estoy volviendo silencioso. —Tu marido me parece noble persona, y me inspira confianza. —Y tú tienes tantas y tan sólidas virtudes, y has salido de tal escuela de abnegación, y recibiste de la naturaleza tales prendas de calor de corazón y de bondad que, de seguro, cualesquiera que sean tus dolores naturales, —serás dichosa. Hacerte sufrir, sería como estrujar con manos brutales un lirio. ¿Serás dichosa? —Porque para serlo es sólo necesario —aun en medio de las tormentas más recias de la fortuna— sentirse amado, encalorado, acompañado, bien cuidado, bien envuelto por alguien. —Pero este bien no se tiene sino ocasionando otro semejante. Nadie se dará jamás —sino a quien se dé a él. —E irresistiblemente, cuando una criatura se siente con la dulce dueñez de otra, se vuelve a ella, como cordero a su madre, cuando llueve o nieva, y se refugia en ella. Tú eres abierta, sincera, caliente de corazón, caritativa, pura, generosa. Quien no lo es, —es odioso, cualesquiera que sean sus galas de inteligencia o de hermosura. —Y si la falta de todas esas buenas cualidades es lamentable en el hombre, —en la mujer, que creamos urna y hogar natural de ellas, es abominable. —Pero así como el alma se aparta con disgusto de los de corazón frío, y mente calculadora y reservada, así se entrega con júbilo y sin rebozo a los de espíritu sencillo y ardiente,

1. Sigue en Nueva York. Gracias a lo que cobra por traducir el libro de Lógica aludido en la carta, consigue que su padre vaya a vivir con él.

mano acariciadora, y pensamiento abierto. Es ley natural infalible que los que esto dan, —esto tengan; —y que los que esto no dan, no tengan esto. —Sé que tu marido te estima, y que tú eres como la luz del sol, que mientras más se la goza, se la gusta más. Pero esas dotes de alma en que tú abundas pueden tanto, que aunque te tuviera algún día en menos de lo que tú vales, volvería a ti de nuevo, afligido de lo que hubiese visto, y más enamorado después de la experiencia, del contraste de tu alma luminosa y serena. —No puedo hacerte en mis grandes pobreza, regalo mejor que esta profecía en tu mes de boda. De mamá he de hablarte ahora. —Meses hace que tengo ya pensado, y dicho, lo que intento hacer. Papá vendrá a mi lado, como imagino que él lo desea, apenas cedan los fríos, que será para marzo, o para fines de abril.

Anoche puse fin a la traducción de un libro de Lógica, que me ha parecido —a pesar de tener yo por maravillosamente inútiles tantas reglas pueriles— preciosísimo libro, puesto que con el producto de su traducción puedo traer a mi padre a mi lado. Papá es, sencillamente, un hombre admirable. Fue honrado, cuando ya nadie lo es. Y ha llevado la honradez en la médula, como lleva el perfume una flor, y la dureza una roca. Ha sido más que honrado: ha sido casto. —Sangre invisible, me ha caído dentro del alma a torrentes. —En mí hay una especie de asesinado, y no diré yo quién sea el asesino. Pero nada me ha hecho verter tanta sangre como las imágenes dolientes de mis padres y mi casa. —Ahora, ya engrueso. Uds. reposan. Nadie más que yo trabaja. Papá puede venir a descansar. Me aflige sólo que mamá tenga que vivir en casa extraña. Desde el mes de abril recibirá, mes por mes, veinte o veinticinco pesos oro. Éste, no le puedo mandar más que diez, que acaso vayan, si no hallo otro modo más seguro, dentro de esta misma carta, en un billete americano, que tu buen José me hará el favor de cambiar para mamá. Dos razones hay que me impiden pensar, —como de otro modo hubiera sin vacilación resuelto, —que mamá y Antonia viniesen también a mi lado. La más importante es —que traer acá a Antonia, que es ahora rosal en flor, sería como encarce-

larla en un castillo de nieve. Y mamá, a poco, suspiraría con razón por volver a la tierra donde están sus hijas y sus amigas, y cuanto halaga y mantiene vivo el corazón, que aquí sólo de fuerza heroica si es mozo, o de haber resuelto ya, por matrimonio o por haber vivido bastante, los problemas de la existencia, —que vivo.

Ya no tengo un momento. Si he de escribir una línea a Carmen, no puedo contestar hoy a José. Esta carta es ya para él y el sábado le escribiré la suya.

Tú me pides muchas cartas, tú —feliz— escríbeme sin cesar, y oblígame a ellas. Y no me mires como a hermano alejado, sino como a parte de tu mismo cuerpo.

J. MARTÍ

A JOSÉ GARCÍA*

[1884]

Mi muy querido hermano:

YA VEO QUE tengo un hijo más, y que el lirio de mi casa ha echado una nueva flor.

Hace Ud. bien en ponerse contento, porque la vida sólo es bella por el deber y por la casa. ¡Todo lo demás engaña! ¡Y la misma casa engaña a veces, y toma uno por oro puro lo que no lo es...!

Pero a Ud. no le sucederá eso porque sé cuán bien lo quiere Amelia, y cuán bien merece Ud. ser querido.

Chata¹ está en su puesto a la cabecera de la enferma, porque no le cabe la bondad en el corazón. Yo recuerdo que hasta una prohibición de su marido desafió para ser buena con mi mujer, e ir a cuidarnos a nuestro hijo. Dígame que Pepe me escribe todas las semanas, con los mismos puntos y adornos en las letras que hacía yo de muchacho: se acaba de examinar, y está muy contento de su éxito y de un pajarito que se ha traído del campo, y está criando fuera de la jaula.

Ya sé que mamá no tendrá paz hasta que no vea al nuevo nieto. Ella no sabe ya vivir sino pensando en ellos. Cuando estuvo aquí, todo era contar sus peculiaridades y sus gracias. Bien que la recordamos este verano, donde por la merced de Dios estamos viviendo debajo de los árboles a la orilla del mar. Pienso con pena en lo que a ella le gustan los baños, aunque le parecería raro, como me parece a mí, lo muy públicos que aquí los baños son, y tener que enseñar en la playa libremente lo que se reserva entre las gentes honradas para el misterio de la alcoba.

Pero ella se bañaría, sin embargo, y yo tendría tanto placer en verla contenta, como pena tengo ahora en de-

* Era el cuñado de Martí, casado con su hermana Amelia.

1. Se refiere a Leonor, su hermana mayor.

searlo en vano. Me atreví a pensar en que volviera a cruzar el mar; pero no pudo ser.

Cuídeme bien a Amelia, que es flor fina, y da más aroma mientras el aire es más suave. Sé con gusto que no ha podido tocarle en suerte mejor jardinero, ni a Ud. hermano que más lo quiera y más lo estime que

JOSÉ MARTÍ

A MANUEL MERCADO

New York, 12 de abril [1884]

Mi hermano muy querido —el más querido:

CREÍ PODERLE escribir muy largamente: pero al llegar a la oficina me la he encontrado llena de trabajo, y recortando de una factura y abreviando una cuenta de venta, hallo tiempo para decirle cómo envidio al señor Méndez, a quien busqué en vano toda esta semana, y al fin hallé ayer, —cómo lo envidio, puesto que va a verlo, y a México.

Como él me trajo preguntas de Ud., —con él le mando sumario de respuestas. Pero no me parecen cosas bien calientes las que le mando decir por mensajero, —siquiera sea caballeroso y estimable. Vea en mi retrato, que el benévolo señor Méndez le lleva, buena parte de lo que no le digo. Quise vivir delicadamente y tiernamente, —y he muerto de ello.

¡Que si iría a México! ¡Si con tanto brío quiero a México como a Cuba! Y acaso ¡con mayor agradecimiento!

Pero por este cauce han de venir las cosas de mi tierra; y aunque me veo casi solo en el compadecerlas, pudiera ser que no estuviera yo de más para aconsejar amores y contrarrestar intereses pérfidos —en el día en que, de sumo hervir, rompan la floja cáscara.

Y ya vivo lentamente, y tengo miedo del cambio. —Hasta ver si resurjo.

Y luego, que tengo el pecho lleno de miedos por México, y como lo amo vehementemente, y medito sobre sus riesgos sin cesar, y me excitan y afligen como si fueran míos —acaso hiciera yo mal en ir a ponerme, con mis vehemencias y justicias inevitables e inoportunas y mis miedos y terrores de hijo, en el seno del cráter. Como sale un suspiro de los labios de los desdichados, así se me sale México a cada instante del pensamiento y de la pluma. —De siete artículos que escribí para un periódico de esta ciudad, pero de gente latina, —hallé que tres eran de cosas mexicanas.

Y sobre todo, hermano mío, aquí han dado flor y fruto todas mis desdichas, y aquí han venido a tierra mis esperanzas puras y mejores —y el espíritu humano ama la tierra donde reposan los cadáveres queridos. —¡Aunque me ahoga la savia, que no hallo modo de echar fuera! Y como a mí no me rinde pena alguna, aunque hínque en mí dobles hileras de dientes —si no vivo mucho, como temo, no será por dolores de la tierra, —que yo llevo en mí mis gozos, y no los hay más dulces ni vivificantes que los del alma clara y satisfecha, —sino de exceso de vida. —Me han contado de un águila presa que vivió sometida a alimentarse de la pítanza de un jilguero.

Algo quiero, y no me regañe. —Quiero ver siempre junto a mí color, brillantez, gracia, elegancia. Un objeto feo me duele como una herida. Un objeto bello me conforta como un bálsamo. —¡No me regañe!: de seguro que Ocaranza dejó mucho bosquejo sin concluir, alguna ternura no bien terminada, algún polvo de alas de mariposa no bien desleído en lienzo. —¿Cuántos me manda, y pronto, —para que lleguen a tiempo, —de los que Ud. no quiere, y alegren mi sala? —No me regañe.

Y muchas cosas más le iba a decir, a pesar de la prisa; pero siento que se me hinchan los ojos. Bese la mano a Lola. Abraze a su Manuel, y a su parvada de cisnecillos.

Y quiera mucho a su hermano

J. MARTÍ

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ*

New York, 20 de octubre de 1884

Señor General Máximo Gómez
New York

Distinguido General y amigo:

SALÍ EN LA mañana del sábado de la casa de Ud. con una impresión tan penosa, que he querido dejarla reposar dos días, para que la resolución que ella, unida a otras anteriores, me inspirase, no fuera resultado de una ofuscación pasajera, o excesivo celo en la defensa de cosas que no quisiera ver yo jamás atacadas, —sino obra de meditación madura: —¡qué pena me da tener que decir estas cosas a un hombre a quien creo sincero y bueno, y en quien existen cualidades notables para llegar a ser verdaderamente grande! —Pero hay algo que está por encima de toda la simpatía personal que Ud. pueda inspirarme, y hasta de toda razón de oportunidad aparente; y es mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo.

Un pueblo no se funda, general, como se manda un campamento; y cuando en los trabajos preparativos de una

* Militar cubano, figura estelar de todo el proceso de la independencia, desde la insurrección de 1868, pasando por la victoria de 1875 que lo hizo supremo jefe de los ejércitos insurrectos. Exiliado en el 78 se relacionó con Martí y Maceo en los años ochenta. En 1895 firmó el manifiesto de Montecristi y dirigió la guerra luego de la muerte de Maceo. Sus relaciones políticas con Martí estuvieron signadas por las desavenencias. En la carta de 1884, cuando apenas comienzan a relacionarse, ya se ponen de manifiesto las distancias.

revolución más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra el deseo sincero de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y elementos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma del espíritu de independencia, sino la intención, bruscamente expresada a cada paso, o mal disimulada, de hacer servir todos los recursos de fe y de guerra que levante el espíritu a los propósitos cautelosos y personales de los jefes justamente afamados que se presentan a capitanear la guerra, ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha, sean mejor respetadas mañana? ¿Qué somos, general?, ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él? ¿La fama que ganaron Uds. en una empresa, la fama de valor, lealtad y prudencia, van a perderla en otra? —Si la guerra es posible, y los nobles y legítimos prestigios que vienen de ella, es porque antes existe, trabajado con mucho dolor, el espíritu que la reclama y hace necesaria: y a ese espíritu hay que atender, y a ese espíritu hay que mostrar, en todo acto público y privado, el más profundo respeto —porque tal como es admirable el que da su vida por servir a una gran idea, es abominable el que se vale de una gran idea para servir a sus esperanzas personales de gloria o de poder, aunque por ellas exponga la vida. —El dar la vida sólo constituye un derecho cuando se la da desinteresadamente.

Ya lo veo a Ud. afligido, porque entiendo que Ud. procede de buena fe en todo lo que emprende, y cree de veras, que lo que hace, como que se siente inspirado de un motivo puro, es el único modo bueno de hacer que hay en sus empresas. Pero con la mayor sinceridad se pueden cometer los más grandes errores; y es preciso que, a despecho de toda consideración de orden secundario, la verdad adusta, que no debe conocer amigos, salga al paso de todo lo que considere un peligro, y ponga en su puesto las cosas graves, antes de que lleven ya un camino tan adelantado

que no tengan remedio. Domine Ud., general, esta pena, como dominé yo el sábado el asombro y disgusto con que oí un importuno arranque de Ud. y una curiosa conversación que provocó a propósito de él el general Maceo, en la que quiso, —ilocura mayor!— darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Ud., en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y la cual ha de dejarse, si se la quiere ayudar, servil y ciegamente en sus manos. ¡No: no, por Dios!: —¿pretender sofocar el pensamiento, aun antes de verse, como se verán Uds. mañana, al frente de un pueblo entusiasmado y agradecido, con todos los arreos de la victoria? La patria no es de nadie: y si es de alguien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia.

A una guerra, emprendida en obediencia a los mandatos del país, en consulta con los representantes de sus intereses, en unión con la mayor cantidad de elementos amigos que pueda lograrse; a una guerra así, que venía yo creyendo —porque así se la pinté en una carta mía de hace tres años que tuvo de Ud. hermosa respuesta, —que era la que Ud. ahora se ofrecía a dirigir; —a una guerra así el alma entera he dado, porque ella salvará a mi pueblo; —pero a lo que en aquella conversación se me dio a entender, a una aventura personal, emprendida hábilmente en una hora oportuna, en que los propósitos particulares de los caudillos pueden confundirse con las ideas gloriosas que los hacen posibles; a una campaña emprendida como una empresa privada, sin mostrar más respeto al espíritu patriótico que la permite, que aquel indispensable, aunque muy sumiso a veces, que la astucia aconseja, para atraerse las personas o los elementos que puedan ser de utilidad en un sentido u otro; a una carrera de armas por más que fuese brillante y grandiosa; y haya de ser coronada por el éxito, y sea personalmente honrado el que la capitaneé; —a una campaña que no dé desde su primer acto vivo, desde sus primeros movimientos de preparación, muestras de que se la intenta como un servicio al país, y no como una invasión despótica; —a una tentativa armada que no vaya

pública, declarada, sincera y únicamente movida, del propósito de poner a su remate en manos del país, agradecido de antemano a sus servidores, las libertades públicas; a una guerra de baja raíz y temibles fines, cualesquiera que sean su magnitud y condiciones de éxito —y no se me oculta que tendría hoy muchas— no prestaré yo jamás mi apoyo —valga mi apoyo lo que valga,— y yo sé que él, que viene de una decisión indomable de ser absolutamente honrado, vale por eso oro puro, —yo no se lo prestaré jamás.

¿Cómo, general, emprender misiones, atraerme afectos, aprovechar los que ya tengo, convencer a hombres eminentes, deshelar voluntades, con estos miedos y dudas en el alma? —Desisto, pues, de todos los trabajos activos que había comenzado a echar sobre mis hombros.

Y no me tenga a mal, general, que le haya escrito estas razones. Lo tengo por hombre noble, y merece Ud. que se le haga pensar. Muy grande puede llegar a ser Ud. —y puede no llegar a serlo. Respetar a un pueblo que nos ama y espera de nosotros, es la mayor grandeza. Servirse de sus dolores y entusiasmos en provecho propio, sería la mayor ignominia. Es verdad, general, que desde Honduras me habían dicho que alrededor de Ud. se movían acaso intrigas, que envenenaban, sin que Ud. lo sintiese, su corazón sencillo, que se aprovechaban de sus bondades, sus impresiones y sus hábitos para apartar a Ud. de cuantos hallase en su camino que le acompañasen en sus labores con cariño, y le ayudaran a librarse de los obstáculos que se fueran ofreciendo —a un engrandecimiento a que tiene Ud. derechos naturales. Pero yo confieso que no tengo ni voluntad ni paciencia para andar husmeando intrigas ni deshaciéndolas. Yo estoy por encima de todo eso. Yo no sirvo más que al deber, y con éste seré siempre bastante poderoso.

¿Se ha acercado a Ud. alguien, general, con un afecto más caluroso que aquel con que lo apreté en mis brazos desde el primer día en que le vi? ¿Ha sentido Ud. en muchos esta fatal abundancia de corazón que me dañaría tanto en mi vida, si necesitase yo de andar ocultando mis

propósitos para favorecer ambicioncillas femeniles de hoy o esperanzas de mañana?

Pues después de todo lo que he escrito, y releo cuidadosamente, y confirmo, —a Ud., lleno de méritos, creo que lo quiero: —a la guerra que en estos instantes me parece que, por error de forma acaso, está Ud. representando, —no—.

Queda estimándole y sirviéndole

JOSÉ MARTÍ

A MANUEL MERCADO

N. York, 13 de noviembre [1884]

Mi amigo queridísimo:

RECIBÍ DEL señor Polignac su carta última, y en ella la mala noticia de que se volvió a México con otra anterior de Ud. por no hallarme: en New York estaba; pero lleno de agitaciones y dudas, y a punto ¡quién nos lo hubiera dicho! de ir por quince días a México. —Grandes empeños me llevaban; porque yo soy siempre aquel loco incorregible que cree en la bondad de los hombres y en la sencillez y naturalidad de la grandeza; pero ¿por qué no he de decirle que tanto como mi frustrada empresa, y agradecido a ella porque me devolvía a Ud., me animaba y tenía lleno de júbilo el pensamiento de volver a verlo? Porque Ud. se me entró por mi alma en mi hora de mayor dolor, y me la adivinó toda sin obligarme a la imprudencia de enseñársela, y desde entonces tiene Ud. en ella asiento real. —¿Que para qué iba yo a México? Ud. sabe con qué serenidad abandoné cinco años hace, por no poder sufrir sin bochorno nuestra ignominiosa vida pública, la situación bonancible y brillante que, amorosa como una madre, me ofrecía mi patria —que lejos de ella, y con mi ejemplo y fe, he esperado, con una paciencia parecida a la agonía, el instante en que abatidas ya todas las falsas esperanzas de nuestra gente, se decidiesen a dejar campo —a los que no ven más manera de salvar al país que arrebatarlo de sus dueños; y en todas estas labores yo no tenía el pensamiento en mí, que sé que todo poder y todo provecho me están vedados por mi carácter austero en el mundo; ni aspiraba a más gozo que al de hacer algo difícil y desinteresado, y acabar. Vinieron hasta New York, esperanzados en el éxito de un movimiento de armas con la exasperación, angustia e ira reinantes en el país, dos de los jefes más probados, valientes y puros de nuestra guerra pasada¹, y con estos calores

1. Máximo Gómez y Antonio Maceo.

míos, me puse a la obra con ellos. De esta tierra no espero nada, ni para Uds. ni para nosotros, más que males: ciertos medios, ya hay; pero necesitamos más: y yo veía llegada la hora memorable y dolorosa de ir a implorar, con lágrimas y con razones, el cariño y la ayuda de todos los pueblos, pobres y generosos, de nuestra América. De las dificultades no me hable, que yo me las sabía; pero tal brío llevaba en mí, y tal fe en la nobleza humana, que de antemano estaba orgulloso de mi éxito: ¿por dónde había de empezar sino por México? Acordamos planes y fechas: señalé el 20 de octubre para partir: no tenía más modo de vivir que lo que me producía el Consulado del Uruguay, en que hacía de cónsul interino, y como el Uruguay está en amistad con España, renuncié con el consulado a mi único modo de vivir: —Carranza llegó a afligirme y pesar sobre mí de tal manera que, alabado en esto por todos, tuve al fin que abandonarle, hará unos cuatro meses: —y para que mi familia viviese durante mi ausencia, tenía concertadas unas cartas de viaje con el *Sun*, siempre bueno para mí: sentía que renacía, yo, que desde hace años recojo a cada mañana de tierra mis propios pedazos, para seguir viviendo: —cuando de súbito vi que, por torpeza o interés, los jefes con quienes entraba en esta labor no tenían aquella cordialidad de miras, aquel olvido de la propia persona, aquel pensar exclusivo y previsor en el bien patrio, —aquel acatamiento modesto a la autoridad de la prudencia y de la razón sin las que un hombre honrado, que piensa y prevé, no puede echar sobre sí la responsabilidad de traer a un pueblo tan quebrantado como el nuestro a una lucha que ha de ser desesperada y larga. ¿Ni a qué echar abajo la tiranía ajena, para poner en su lugar, con todos los prestigios del triunfo, la propia? No vi, en suma, más que a dos hombres decididos a hacer, de esta guerra difícil a que tantos contribuyen, una empresa propia: —ía mí mismo, el único que los acompañaba con ardor y los protegía con el respeto que inspiro: llegaron, apenas se creyeron seguros de mí, a tratarme con desdeñosa insolencia! A nadie jamás lo diga, ni a cubanos, ni a los que no lo sean; que así como se lo digo a Ud., a nadie se lo he dicho: pero de ese modo

fue: ¿cómo, en semejante compañía, emprender sin fe y sin amor, y punto menos que con horror, la campaña que desde años atrás venía preparando tiernamente; con todo acto y palabra mía, como una obra de arte? Pues si he estado, ya con el alma rota, en comunicación constante, con todas nuestras tierras; si desdeñando glorias y provechos que otros, y no yo, consideran más apetecibles, he movido la pluma para todas esas tierras, cuando no podía ya mover el alma; si me he complacido en sentir, en pago de mi cariño, amorosa para mí a la mejor gente de todos esos países, ¿por qué era, sobre que ese amor a ellos es en mí natural, sino porque el cariño que personalmente había tenido la fortuna de inspirar, podía ponerlo luego al servicio de mi patria? —De estas alas caí, como si hubieran sido de humo: el pensamiento de lo que pierdo en autoridad, y en beneficio de mi fama, siendo como es posible hoy la guerra, con apartarme de los que la conducen, y conmigo habían comenzado a allegar los medios de hacerla realizable, —no podía bastar en mí, que nada sé hacer contra mi concepto de lo justo, para entrar en una campaña incompleta, y funesta si no cambia de espíritu, sin más estímulo que el de mi provecho personal futuro, que es el único estímulo que para mí no lo es jamás. Ni cómo contribuir yo a una tentativa de alardes despóticos, siquiera sea con un glorioso fin; tras del cual nos quedarían males de que serían responsables los que los vieron, y los encubrieron, y, con su protesta y alejamiento al menos, ¿no trataron de hacerlos imposibles? —Y no he ido a México, ni voy a ninguna parte, por el delito de no saber intentar la gloria como se intenta un delito: cómo un cómplice. Renuncié bruscamente, aunque en sigilo, a toda participación activa en estas labores de preparación que en su parte mayor caían sobre mí. Renuncié a dejar de verlo. Me quedé sin modos de vida. Pero he hecho bien: y recomienzo mi faena. En mi tierra, lo que haya de ser será; y el puesto más difícil, y que exija desinterés mayor, ése será el mío. —No me asombro de lo que me ha sucedido, aunque me duele: isé ya de tan viejo que a los hombres les es enojosa la virtud! Y esto que yo, si tengo alguna, procuro no enseñarla,

para que no me la vean: pero obrar contra ella, no puedo: —Y de esto me viene siempre mal.

Ahora, ¿querrá Ud. ayudarme? ¿Querrá Ud. ponerse de mi lado, a ver si puedo, recogiendo labores de aquí y de allá, ya en los periódicos de aquí, ya en los de fuera, evitar el uncirme de nuevo, con estos pensamientos que me queman y estas visiones blancas que me empujan, a una mesa de comercio, en que me iría muriendo; por ser en ellas constantes la brusquedad y el egoísmo, de los que cada muestra y palabra me dan en el corazón, que no sé ya cómo me vive? —De este pensamiento era del que le hablaba desde hace dos años, pensando siempre en una manera de arreglar mis labores, de modo que me permitiesen trabajar en mis propias vías, que es el único modo de dar fruto. Porque si no, me muero de vergüenza, y me parece que desobedezco a la voz de adentro, y falto a mi deber, y seré juzgado, puesto que traje en mí acciones y palabras buenas que no di, como un desertor y un criminal.

Trabajo para un gran diario de Buenos Aires, pero este sueldo va a mamá. Si logro arreglar este género de vida, y fijar mi plan, trabajaré, como en este mismo instante, para el *Sun* de aquí, para el que escribo en francés iyo, a quien Ud. corrigió una vez, con dulzura de evangelista, un *envoyerei* por un *enverrai*! —Lo que le pido es esto, y se lo pido urgentemente, y como a Ud. pudiera yo con más eficacia pedírselo. Me va en ello, ahora, el enderezamiento de mi vida, que de aquí a un mes sería angustiosa; y, después, me va en ello la fuerza de mi inteligencia, y la salud del alma: —Dos cosas se me ocurren, y una la tenía pensada mucho tiempo ha: ¿vendría bien para el *Diario Oficial de México*, con una remuneración que sin ser excesiva, compensase en algo la labor, de 50 a 100, según el tiempo empleado, una especie de redacción constante de asuntos norteamericanos, estudiados, sin comentarios comprometedores, en cuanto, y ahora es mucho e importantísimo, hiciesen relación a todos los pueblos de nuestra raza, y en especial al mexicano? Alerta se ha de estar allí a todo esto, sin que por eso se parezca alarmista. Ese sería el mejor modo de ir haciendo opinión y previsión, sin alarmarlos.

Cada semana saldrían de aquí las cartas y documentos que fueran del caso. O cada semana una carta. O una noticia especial de cada asunto que se refiriese a las relaciones de este país con los nuestros, por actos directos o indirectos. Ya sé que no es de amenidades ni literaturas el *Diario Oficial*: ni sienta bien como lugar de expresión de opiniones extremas, que yo cercenaría, y haría de modo que los lectores las dedujesen por sí, sin ir en esto a más de lo que el *Diario* desease. —Un centinela de la casa propia, con todo el cuidado de quien sabe el peso y alcance de toda palabra oficial: éste sería yo en esto.

Y mi otro plan es este: He imaginado sentarme en mi mesa a escribir, durante todo el mes, como si fuese a publicar aquí una revista: Sale un correo de New York para un país de los nuestros: escribo todo lo que en éste haya ocurrido de notable: casos políticos, estudios sociales, noticias de letras y teatros, originalidades y aspectos peculiares de esta tierra. Muere un hombre notable: estudio su vida. Aparece, acá o en cualquier otra parte del mundo, un libro de historia, de novela, de teatro, de poesía: estudio el libro. Se hace un descubrimiento valioso: lo explico, luego de entenderlo. En fin, una revista, hecha desde New York sobre todas las cosas que puedan interesar a nuestros lectores cultos, impacientes e imaginativos; pero hecha de modo que pueda publicarse en periódicos diarios. Siete, ocho, diez, yo no sé cuántos; porque Ud. sabe que ni el corazón ni la mano se me enfrían, tendría el periódico que entrase en mi plan, como parece que uno en el Uruguay, *El Siglo*, y otro en Chile, *El Mercurio*, entran: de estos artículos, unos serían de crítica, otros de bibliografía, otros de biografía, otros, los que interesarían más acaso, correspondencias sobre varias materias. Por ferrocarril le mando copia de la última que he escrito, en que describo el día y la noche de elecciones. Naturalmente, ese trabajo, que es más que el de un redactor diario asiduo, no lo podría hacer para un periódico solo, a menos que no compensase por sí solo el tiempo empleado en él, como tres años ha hice con *La Opinión* de Caracas, lo que abandoné por ser condición para continuar aquella labor que

consintiese el alabar en ella las abominaciones de Guzmán Blanco. Con \$120 me basta para la vida: tengo probabilidades de que los periódicos que le he dicho de Montevideo y Santiago tomen esta serie de trabajos, que se publicarían en el periódico de cada país a un mismo tiempo; y eso me habilita a ofrecer toda esa labor por \$40 oro americano al periódico mexicano que viese utilidad en ella. Ud. me cuidaría, por serme vital, de la constancia de la paga. ¿No ve que me debe estar dando vergüenza hablarle de esto? Creo esto realizable, y acaso lo del *Diario*, aunque más fácilmente lo otro.

Por poco me propongo dar mucho; que no por mío ha de valer, sino porque será de cosas de interés, nuevas y vivas. Siéndome esta labor grata, ¡qué diligencia no pondré yo en ella! —que no he perdido nada de la que Ud. me conoció, sino que la tengo crecida, por el disgusto que los trabajos nimios del comercio me causan, y el agradecimiento con que vería el poder librarme de ellos, —y por ser éstas labores que reúnen a la vez la animación, la hermosura y el desinterés que me son esenciales, en cuanto hago y veo, para la vida.

Ya le he hablado bastante, aunque nada de la inquietud y necesidad con que espero su respuesta, que me es tan importante, para poder decidir acá mi futuro género de vida, y por estar hoy sin ninguno fijo, que le agradecería que, en caso de conseguir una u otra cosa de las que le propongo, me telegrafiasse una sola palabra “Sí”, al Consulado del Uruguay, 17 y 19 William Street, Room 20, dirigida a mí.

Y olvídense, olvídense de que lo he ocupado tanto tiempo en estas tristezas e intereses míos; pero si puede, ayúdeme.

De descontento, callo. Bese la mano a Lola, y las mejillas a sus hijos. Carmen, buena: mi hijo, una copa de nácar: mis padres, en La Habana: y yo, de tal manera en mi interior, que sólo a Ud. podría decírselo.

Su hermano

J. MARTÍ

[1885]

Mi hermano mejor:

En el estribo, como siempre, y todavía contento de la alegría que me dio ayer su carta. —Ahora vivo solo, porque Carmen y el niño están por unos meses en Cuba, en una casa pacífica, donde tal vez halle reposo para contarle a la larga las cosas que me han ido sucediendo. —Tristes son, y de la mayor tristeza; pero en mí no caben, mientras me quede átomo de vida, flojedad ni abatimiento. Llevo al costado izquierdo una rosa de fuego, que me quema, pero con ella vivo y trabajo, en espera de que alguna labor heroica, o por lo menos difícil, me redima.

Del modo de ayudarme un poco, que yo sé que lo desea de veras, le hablaré en este mes, y creo que le será posible. Me da siempre vergüenza hablarle de lo que pueda convenirme.

Ya el señor Polignac se impacienta, y yo me quedo pensando tristemente en que vivo tan solo, cuando aún hay en el mundo quien me ama. Los amigos son mejores que los amores. Lo que éstos corroen, aquéllos lo rehacen. Y si son como Ud., se ganan el alma de

J. MARTÍ

Abril 22 [1886]

Mi amigo queridísimo:

Esperaba yo por Polignac carta de Ud. como espera un enfermo desvelado un rayo de sol: y hasta creía que pudiera ser respuesta a una carta larga, y de mucha importancia para mí, que dirigí a Ud. por el correo, vía El Paso, no recuerdo si al Ministerio o a San Ildefonso, 4, uno o dos días después de haber salido Pablo Macedo de New York. Polignac viene, en busca de carta mía que llevarle; pero no me trae la de Ud.: con él mismo escribí a Ud. en fe de vida en el viaje anterior, y me dice que de Veracruz le envió la carta con Zayas Bazán.

La verdad es que esta vez no quisiera escribirle; porque me sería ahora, en mi plan y en el de Macedo, de tanta importancia su auxilio, y me es, tan esencial en el estado de aflicción de mi alma, que ya pasa a mi cuerpo —que me entran mis reparos de siempre, y ni a Ud., en quien me vierto sin rebozo y con un placer profundo, ni a Ud. que-rría hablarle de mí.

Supongo que habrá llegado a Ud. la carta larga de que le hablo, y habrá visto en ella que en la condición actual de mi fortuna, y en esta especie de terror de alma en que vivo, me causaría verdadera angustia no poder lograr el empeño que he puesto en sus manos. Con este pie en lo firme, podría al fin ital vez por ocasión primera en cinco años! trabajar sin tener en todo instante una pezuña sobre la frente, y la dignidad en un potro, y el alma entera en náusea; tal vez podría empezar, tranquilo el espíritu en un quehacer noble, a salvarme un poco de este contacto demasiado íntimo con los hombres, con los hombres en esta tierra, que no son, no, como los hombres en todas las demás, —y dar suelta, conforme fuera yo saliendo de esta agonía, a las experiencias y arrogancias que se me han ido amontonando en el alma, y me sofocan por falta de empleo. Si a lo que ya tengo en esa clase de quehaceres, que ni me agotan mis restos de salud ni me tienen en perpetuo susto el decoro, pudiera unir la clase de trabajo que le pido, y por el cual le ruego que se esfuerce mucho más que para sí propio, me haría Ud. un bien cuya trascendencia sólo podría calcular viendo de cerca, y por dentro, como dejaría yo que Ud. los viese, el espanto y la tribulación a que después de estos cinco años de noblezas estériles e indecibles fatigas ha llegado mi espíritu. Mi Consulado, que me venía ayudando se me acaba el mes próximo. Si no me saca Ud. por sobre su cabeza en esto de los diarios, tendré de nuevo —sin que nadie, eso sí, note mi desfallecimiento— que acudir a una colocación vulgar de comercio, de muchas horas y retribución mezquina, adonde vuelva mi vida a lo que ha sido en estos tiempos últimos, avena de pesebre, a que se la coman los caballos. Lo que me entristece no es eso; sino que en esa profesión, como acá se ejerce, y en la

condición ruin de empleado menor en que tendría yo que volver a ejercerla, cada detalle ¿por qué no decírselo? me subleva y aturde, y vivo como acorralado y apaleado, y la brutalidad, deshonestidad y sordidez que veo a mi alrededor y de que tengo que ser instrumento me imponen, —creo que ya se lo he dicho a Ud. porque es verdad— como una cierva, despedazada por las mordidas de los perros, que se refugia para morir en el último tronco. Saco de mí sin cansarme una energía salvaje; pero noto que estoy llegando ya al fondo de mis entrañas. O tengo un poco de respiro para rehacérmelas, a que me las coman de nuevo, o aquí se acaban. —Yo por nada me abato; pero siento que los puntales se me van cayendo. Trabaje por mí, que esta alma mía no se ha hecho para extinguirse tan a oscuras y por tan pobres razones. Los cariños que inspiro, y el de Ud. a la cabeza de ellos, son ya, desde hace años mi único premio y estímulo: nada más pedí a la tierra, y nada más me ha dado.

Una que otra muestra de espléndida simpatía que me llega de tiempo en tiempo de tierras lejanas, y la triste contemplación de mi fortaleza, son los únicos gozos que para mí hay hoy en la vida. Ni en las pasiones he podido tenerlas nunca, porque aun en aquellas mías que pudieran haber parecido desordenadas, no he visto yo más que un deber justo y seco. El recuerdo de mi padre viejo, —el amor de mis amigos, y el amor de los niños es lo único que hoy conmueve mi alma aterrada: —fuera de ese cariño a todo lo que padece, que ya Ud. sabe que en mí es vicio: pero, créamelo, el hielo me llega ya a la mano. —¿Qué me importa a mí, para quererlo yo a Ud., que me logre o no esto en que tanto me va, y tanto me empeño? Mi don Manuel está sentado en mi corazón “a la diestra de Dios Todopoderoso”, y no habrá nada que lo saque de su asiento: pero si pudiera obtenerme lo que quiero ¡qué inmenso bien me haría! —y veo que allá me recuerda y me quiere mucha gente: ¡con qué gozo no me pondría yo a la faena, en mis trabajos para México! —y, fuera de toda necesidad mía personal, ¡qué falta hace allá, de mí y de todos, un estudio constante de todas las cosas, vías y tendencias de este

pueblo, capaz, a pesar de su fuerza, de ser evitado, como se evita una estocada mortal, por la habilidad que no posee! Ni siquiera he cuidado yo, en mi desdén por todo lo mío, de hacer llegar a manos de Ud. todo lo que llevo escrito, que es mucho y en muchas partes, a propósito de México: con la mente puesta en México y en mi país escribí un estudio sobre Grant de que no creo haberle hablado, y que ha tenido en la América del Sur mucha fortuna: allí saco del revés esa especie de caracteres de fuerza, para que se les vea, sin exageración ni mala voluntad, todo lo feo y rugoso del interior de la vaina, que tanto hambriento y desvergonzado rebruñen por de fuera a lamidos! —Un personaje de aquí me dijo, después de leer este ensayo: “¿Dónde conoció Ud. al hombre, que parece que lo ha retratado Ud. por dentro?”. —¡Lo conocí en los hombres! —Los espíritus humanos se dividen en familias, como los animales. —En esas páginas— ¿no le he hablado antes de ellas? va mucho de mis dolores patrióticos, primer peldaño que bajé del cielo!

Ya Ud., al verle a esta carta los tamaños, la habrá puesto de lado, para leerla en el primer domingo: ¡quién me diera uno solo, de aquellos que empezaban en la puerta de *La Revista*, y acababan en una taza de café de Uruapan!: de modo que, como es domingo, no me da pena seguir hablándole de mis cosas. Ya le hablé de las de ahora. Ya le dije también en mi carta anterior algo de las venideras. —Por la carta y por Pablo Macedo sabrá que, a lo modesto y principiante, tengo el pensamiento de hacerme editor de libros baratos y útiles, de educación y materias que la ayuden, cuyos libros puedan hacerse aquí en armonía con la naturaleza y necesidades de nuestros pueblos, y economía de quien trabaja en lo propio, y venderse, en México principalmente, con un margen de escasísimo provecho. Pero lo que Ud. no sabe es que ésta no es en mí idea nueva, sino en cuanto a la posibilidad de su inmediata realización; —que a este fin, como si ya yo no tuviera otro natural, me vengo preparando con un estudio cuidadoso de los menores detalles, desde hace muchos años; —que, aparte de toda situación mía actual, me siento capaz de levantar

en este hermoso ramo una empresa benéfica y productiva; —que contra mi costumbre, desde que Macedo me habló de éste como realizable, al decirle yo cómo tenía estudiado el asunto, no pienso en otra cosa, y la doy por hecha; — que tan convencido estoy del bien que podría hacer, y el giro útil que podría dar al caudal puesto en ello, que en esto sí me propongo ser porfiado e incansable, y no parar hasta tenerlo conseguido. —Ir tirando será lo primero, con ahorros de judío, de lo poquito que haya para comenzar. Ya yo sé los libros vivos que nuestras tierras necesitan, y piden, y no tienen, ni hay aun quien les dé: y los iré publicando de manera que, desde el principio, México los vaya obteniendo al precio estrictamente necesario para cubrir los gastos. Los provechos vendrán de la venta en los demás países. Al fin, estos libros útiles, con ediciones sucesivas, vendrán a reducirse a un precio tal, que no habrá quien no pueda hacerse de ellos. La competencia no es de temer —primero, porque estos libros serán muy distintos de cuantos en esa línea van publicados, —libros humanos y palpitanes, —no meros textos, sino explicaciones de la vida y sus elementos, y preparaciones para luchar con ella— la esencia y flor de todo lo moderno: —después, porque como esta empresa sólo será de lucro moderado y honesto, siempre podrá abaratar sus productos mucho más que las que no se conforman sino con grandes provechos. —Eso sí que me resucitará, y me sacará de la vergüenza en que ando. Esa idea me satisface y regocija, y no entra en este contento ni por un ápice mi necesidad actual de asegurarme un quehacer menos mortal y angustioso que el que, con escasos intervalos, he tenido hasta ahora.

Pero ni aun viniendo a pensar en esto, puede dejar de serme la idea gratisima. Para eso estoy hecho, ya que la acción en campos más vastos no me es dada. Para eso estoy preparado. En eso tengo fuerza, originalidad y práctica. Ese es mi camino. Tengo fe y gozo en eso. —Todo me ata a New York, por lo menos durante algunos años de mi vida: todo me ata a esta copa de veneno: —Ud. no lo sabe bien, porque no ha batallado aquí como yo he batallado; pero la verdad es que todos los días, al llegar la tarde, me

siento como comido en lo interior de un tósigo que me echa a andar, me pone el alma en vuelcos, y me invita a salir de mí. Todo yo estallo. De adentro me viene un fuego que me quema, como un fuego de fiebre, ávido y seco. Es la muerte a retazos. Sólo los días en que no bajo a negocios, o veo a poca gente, o ando mucho al aire ahora que hay primavera, padezco menos de este horror de espíritu: ¡qué riendas he necesitado tener para sujetar la mente a frenos! ¡el día que yo escriba este poema! —Bueno, pues; todo me ata a New York: las consecuencias de los errores políticos de nuestro país; —la cercanía a esa tierra mía, que no sabe de mí, y por la que muero; —la repugnancia a salir a correr nuevas aventuras, con la casa al hombro, que no admite esperas; —la repugnancia, aún mayor, a vivir en países adonde no llevo un arte práctica ni un derecho mecánico a la vida, sino una pequeña inteligencia más, que en esos países sobra, y sólo da de comer cuando se pone en alquiler o en venta para usos de gobierno, que a un extranjero están vedados: —todo, más las consecuencias naturales de cinco años de vida en un lugar céntrico, me ata por ahora a New York. —A otras tierras, ya sabe Ud. por qué no pienso en ir. Mercado literario, aún no hay en ellas, ni tiene por qué haberlo. En el mercado político, yo no me he de poner. En el mercado judicial, los abogados buenos sobran. Ya sé yo que de puro servicial y humilde, un pan siempre habría de conseguir. Pero mis instrumentos de trabajo, que son mi lengua y mi pluma, o habían de quedarse en el mismo encogimiento en que están aquí, o habrían de usarse en pro o en contra de asuntos locales en que no tengo derecho ni voluntad de entrar, y en los que, sin embargo, como ya me sucedió en Guatemala y en Venezuela, ni el silencio me es permitido, porque se juzga, cuando ya se tiene cierto nombre y respeto, que es censura al gobierno el silencio decoroso. Y hasta los mismos fervientes cariños de mi alma hacia esos países nuestros tengo que contener, porque no son usuales por desdicha, ni aun en sus mismos hijos, y parece lisonja de medrador, o alabanza de necesitado, lo que es en mí vastísimo sentimiento continental, y rosa de ternura: ¡vaya Ud. a hacer entender y res-

petar entre los hombres estas extravagancias! Ya mi alma lastimada no tiene bastante fuerza para soportar muchos golpes de estos. Morir de esta tierra, es justo, puesto que no la quiero; pero morir de las mías, sí me sería penoso. A otras tierras, no puedo, pues, pensar en ir. —A la mía, tampoco: no porque sea yo un revolucionario empedernido y caprichoso, que sólo consienta en volver a su pueblo por los caminos que a su terquedad o soberbia se le antojan, sino porque los males públicos, que en otros pueblos que no sean los míos, no tengo un derecho directo a mejorar, en mi tierra me pesan como propios, y son para mí un deber de remediarlos: allí toda bofetada me sonaría en la cara: allí toda indignidad me tendría siempre en pie para dominarla o contenerla: yo, mísero de mí, no soy dueño de mi vida, ni puedo hacer, desde que contraje por mi voluntad, deberes privados, todo lo que mi deber público me manda, sino aquella parte de éste que no haga imposible el cumplimiento de aquéllos, como lo haría sin duda en la campaña formidable que yo emprendería en mi tierra. Nada más, pues, que el respeto a mi familia me obliga a una ausencia que todos ellos creen que prolongo en daño suyo.

Ahora, pensar que yo vuelva a mi tierra a acumular doblones, y entre tantos que luchan bravamente, deje de luchar, con más bríos y empuje que todos ellos, y menos amor de mí, es pensar que puede beberse el sol en una taza de café. Eso no podría ser. Prefiero, pues, morir acá en silencio.

Y acá ¿qué puedo yo hacer? De prisa lo he de decir, porque esta carta pasa ya de atrevimiento. Si de ir muriendo se trata, ya se sabe, intentaré volver a mis quehaceres de dependiente de comercio, donde todo es ultraje, todo zozobra, todo angustia de noria, sin más que un pan al día, no siempre entero. Si de salvarme se trata, nada más puedo hacer que esa tarea querida a que mis trabajos de muchos años, mi pequeño nombre, ya bastante extendido, mis modestas pretensiones, la opinión de cuantos me conocen, mi deseo constante y ardiente, y el éxito de cuanto llevo hecho en ese ramo me preparan. Nada más puedo hacer si

he de salvarme, con esta naturaleza mía en que las corrientes del espíritu dan con tanta furia, que esa especie de nobles labores donde a un tiempo puedo satisfacer mi ansia de hacer bien, mejorar con esa alegría mi salud rota, y amasar un pan para mañana.

Ya es más de medianoche, y llevo una hora y media de escribirle. Me siento consolado. De nadie esperé nunca nada: y si, a ocultas de mí mismo, esperé algo de alguien, eso es precisamente lo que no he tenido. Pero de Ud. he tenido siempre, aun en cariño, más de lo que he esperado. Tengo en Ud. una fe que ya en muchas cosas y hombres he perdido. Vea, pues, como me le doy sin reserva, y respondo, al fin, en parte a lo que desde hace años me viene preguntando, sobre lo interior de mí mismo. Todo lo que falta se lo diré en cuanto lo vea, que es mucho, y mortal; pero yo recojo del suelo mis propios pedazos, y los junto y ando con ellos como si estuviera vivo.

¿Se enoja conmigo porque le he molestado tanto? A mí no me enojaría tenerle a mi lado hora sobre hora, y oírle vaciar su juicio hermoso y su corazón honesto. Corazón, ahí le va. Juicio, —sólo tengo el mío, que ninguna contrariedad ni desdicha ha logrado aún torcer ni envenenar; pero no es tan hermoso y sereno como el suyo. —Déjeme, pues, callar, contento de haber depuesto ante Ud. la arrogancia con que oculto mis desfallecimientos hasta de mí mismo. Soy —no se me ría— como un rey salvaje. Déjeme callar, y en cuanto esté en su mano, póngame remedio: todo el que haya, sí por Dios; ¡pero si no hay otro, con su cariño basta! —Junte en un abrazo a sus pequeñuelos, y bese la mano a Lola.

Su hermano

JOSÉ MARTÍ

Olvidaba que Ud. no tiene mi dirección. Es esta: P.O.B. 1283.

A JOSÉ GARCÍA

Febrero 1887¹

Mi querido José:

NO HUBIERA querido recibir de otras manos la noticia de la muerte de mi padre. En la carta de Ud. he sentido su último calor. Si ya Ud. no fuera hermano mío, por la ternura con que me quiso a mi padre lo sería. Ud. entendió su santidad, e hizo en la tierra por premiarla. Él lo quería a Ud. como a un hijo preferido. Es de hijo el sollozo con que Ud. me ha anunciado su muerte. Yo no lo he visto a Ud. nunca; ¡pero ya me parece que lo he conocido toda mi vida!

Yo tuve puesto en mi padre un orgullo que crecía cada vez que en él pensaba, porque a nadie le tocó vivir en tiempos más viles ni nadie a pesar de su sencillez aparente salió más puro en pensamiento y obra de ellos. ¡Jamás, José, una protesta contra esta austera vida mía que privó a la suya de la comodidad de la vejez! De mi virtud, si alguna hay en mí, yo podré tener la serenidad; pero él tenía el orgullo. En mis horas más amargas se le veía el contento de tener un hijo que supiese resistir y padecer. Yo, con toda mi costumbre de las palabras, y con toda mi ternura, no podría pintarlo mejor que como Ud. me lo pinta: "un ángel con canas". ¡Ah José! Sólo se saben ver en los demás las condiciones que se tienen en sí. Trastornos horrendos y alejamientos grandes suele traer la vida, pero nunca dejaré de ver a Ud. dando un beso en la frente de mi padre, y reemplazando al hijo ausente.

Este dolor, José, me tiene muy confuso el pensamiento. ¡No he podido pagar a mi padre mi deuda en la vida!

1. El cuñado anunció a Martí la muerte de su padre, ocurrida el 2 de febrero de ese año.

Ya ¿dónde se la podré pagar? No es que haya muerto lo que me entristece, sino que haya muerto antes de que yo pudiera pregonar la hermosura silenciosa de su carácter, y darle pruebas públicas y grandes de mi veneración y de mi cariño. Pero ¿qué falta le hice, si lo tenía a Ud.? Juntos, José, Ud. y yo, iremos a visitarlo algún día.

MARTÍ

A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ*

New York, 28 de febrero de 1887

Fermín:

MI PADRE acaba de morir, y gran parte de mí con él. Tú no sabes cómo llegué a quererlo luego que conocí, bajo su humilde exterior, toda la entereza y hermosura de su alma. Mis penas, que parecían no poder ser ya mayores, lo están siendo, puesto que nunca podré, como quería, amarlo y ostentarlo de manera que todos lo viesen, y le premiara, en los últimos años de su vida, aquella enérgica y soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía fue puesta a prueba. Mi dolor, Fermín, es verdadero y grande; pero la bravura y nobleza de que acabas de dar muestra han podido consolarlo. Hace tiempo que no nos escribimos; pero acabo de leer tus cartas en *La Lucha* y la relación de lo que vale más que ellas, el acto tuyo que las provoca, —y no puedo reprimir el deseo de apretarte en mis brazos¹.

Tú has hecho, con singular elevación, lo que acaso nadie más que tú se hubiera determinado a hacer. Lo has hecho sin pompa y sin odio, como se hacen las cosas verdaderamente grandes. Tu moderación en la justicia te habrá

* Amigo íntimo de Martí. Desde la adolescencia compartieron desventuras: en 1869 firmaron juntos una carta en la que acusaban a un condiscípulo de apóstata por haberse alistado en el ejército español. Fueron encarcelados juntos. Martí se atribuyó toda la responsabilidad. Luego serían compañeros de exilio en España y nuevamente juntos siguieron estudios universitarios. Juntos fueron a París y siguieron luego compartiendo la causa patriota en los Estados Unidos. Este año prosiguen los intercambios de Martí con Maceo y Gómez, este último parte hacia Santo Domingo y deja a su hijo al cuidado de Martí.

1. Valdés Domínguez logró probar que los ocho estudiantes de Medicina fusilados por las autoridades españolas el 27 de noviembre de 1871, acusados de haber profanado la tumba del periodista Gonzalo Castañón, habían sido inocentes.

granjeado el respeto de los mismos que quisiesen ofenderte, y enfrenará la lengua de los envidiosos, que ya los has de tener, pues nada los tiene tan implacables como el carácter. Tú has servido bien a la paz de nuestro país, la única paz posible en él sin mentira y deshonra, la que ha de tener por bases la caridad de los vencidos y el sometimiento y la confusión de los malvados. Tú, recabando sin cólera de los matadores la confesión de su crimen, has sembrado para lo futuro con mano más feliz de los que alientan esperanzas infundadas, o pronuncian amenazas que no pueden ir seguidas de la obra, ni preparan a ella con determinación y cordura. Tú nos has dado para siempre, en uno de los sucesos más tristes y fecundos de nuestra historia, la fuerza incalculable de las víctimas. ¡Oh! si por desdicha hubiésemos estado en guerra, podría decirse, Fermín, que tú solo has vencido a muchos batallones.

De mí no te quiero hablar. ¿Qué ha de ser de mí, puesto que no tengo hoy manera de servir eficazmente a mi patria? Actos como el tuyo son los únicos que me sacan momentáneamente de esta ansiosa agonía, de la que nada se debe decir, porque la lengua se deshonra con la queja. Bien sé yo que en mi tierra hay todas las virtudes que se necesitan para hacerla por fin respetada y dichosa. Crece en lo mismo que parece que desmaya; fortalece su ánimo con la paciencia y con el juicio; y se le ve ganar en bondad y en energía. Allá todo será posible, porque la mayor parte de los cubanos somos buenos. Y tú, Fermín, eres uno de los mejores, pues has podido, en instantes y cosas que turban la vista y desatan la mano, ser justo sin ser vengativo. Eso es lo que te celebro; y en eso es en lo que has servido mejor a tu patria. ¡Feliz tú que has sabido domar la ira, y en una hora trágica y memorable dejar satisfechas las sombras de tus hermanos!

Con lo que le queda de alma lo es tuyo.

JOSÉ MARTÍ

A MANUEL MERCADO

19 de febrero [1888]

Hermano querido:

LEÍ EN *El Reproductor*, que supongo escrito por el agradecido Guasp, una noticia que me hizo saltar el corazón, porque no quiero que a Ud. le venga ningún mal, ni que nada suyo sufra. Leí que Luisa estaba enferma. Pero he leído línea a línea *El Partido*, y no veo la noticia confirmada. La linda niña estará buena, pues. Me parece que la veo como cuando les llegaba su hora de dormir, con su carita de ama y su vestido blanco. Dígale que tiene que estar sana y hermosa, para que yo la pueda comparar a todas las flores del jardín cuando vaya a verla, que algún día ha de ser, porque sin esa bocanada de luz no sé cómo podré resistir aquí muchos inviernos.

Sólo por saber de Luisa hubiera podido yo escribirle hoy, que tengo el espíritu como mortal, por las serias noticias que ya salen a luz sobre el modo peligroso y altanero con que este país se propone tratar a los nuestros, —por los planes que veo que tienden, en lo privado y en lo público, para adelantar injustamente su poder en los pueblos españoles de América, —y por la declaración, ya casi oficial, de que intentan proponer a España la compra de Cuba. Cuando no se muere de ciertos dolores, o de éste, la vida debe ser cosa de mucha fuerza. Ni sé yo, si sucediera, cómo podría quedar con vida. No hablo así por el arrebató de la sorpresa, porque esto lo he visto venir: sino por el pesar de verlo probable, y con menos obstáculos de lo que parece. De otras penas me he levantado. Pero de ésta, no sé cómo. —Lo que sí le he de asegurar, porque en el mundo he aprendido al menos la justicia, y la belleza de la moderación, —es que ni abiertamente, ni con disimulos hábiles, dejaré que esta pena mía afee mis comentarios sobre los sucesos de esta tierra, que en lo que hace a nuestros países

no presentaré de mi boca, ni para atizar odios, sino tales como ellos mismos se vayan presentando, y aun omitiendo muchos, porque habría razón para justa alarma si se dijese todos. Hasta órgano castellano han creado ya aquí para la defensa de estas ideas entre nuestra propia gente. Pero en lo que escribo tengo por regla lo que la prudencia permite decir donde se haya de leer, y el callar al público lo que sólo llega a mí en privado. ¡Cuánto habría de hacer en ésta! ¡Qué habilidad, qué sutil y constante vigilancia no se necesita para aprovechar todos los momentos favorables e impedir que esas ideas tomen demasiado cuerpo! ¡Qué periódico inglés, moderado y activo, no habría publicado yo, si no fuera esta idea con mis medios un verdadero sueño! Porque lo doloroso es que veo de todas partes la agresión, y de ninguna la resistencia. ¡Y aun me sorprende tener noticia de la amistad íntima de los mismos encargados de velar por nuestras tierras, con algunos de los más enérgicos en propagar, y en costear la propagación de las doctrinas que les son contrarias! La acometida va a ser muy vigorosa. Y no veo la defensa. Ni entre mis mismos cubanos la veo, y aun son ellos los que, llevados de un amor ciego a la libertad, se prestan a servir de instrumentos a los que sólo saben desdeñarlos. Yo me sonrío en todas mis tristezas; pero en ésta, no sabré sonreír. Vine al mundo para ser vaso de amargura. Que no rebosará jamás, ni enseñará sus entrañas, ni afeará el dolor quejándose de él, ni afligirá a los demás con su pena.

Ya veo todo lo que ha hecho por la pobre *Ramona*¹. Cómo se lo pago, Ud. lo sabe. Gracias. —Pero no giraré como me dice. Mándeme Ud. lo que tenga para mí por el medio que crea mejor, porque eso me serviría para pagar la segunda edición que está ya en prensa, y de la que ya tengo pedidos algunos centenares. De veras ¿cómo le pagaré la actividad que Ud. me ha mostrado en esto? Ud. debe vivir muy feliz, si goza tanto como yo cuando hago un bien.

1. Novela de la norteamericana Helen Hunt Jackson, de tema mexicano, traducida y editada por Martí, para cuya venta en México había pedido ayuda a Mercado.

Va la carta muy larga para persona de tanto quehacer. Perdónemela. Ponga buena a Luisa. Salude a Lola mucho. —Quiera a su hermano

J. MARTÍ

A ENRIQUE ESTRÁZULAS*

Viernes, 20 de abril [1888]

Mi amigo querido:

¿CONQUE SE me va todavía más lejos? Si no creyera yo que es para su bien, casi me entristecería, porque el invierno me ha dejado mucho más solo y melancólico. —Recibí sus telegramas, y Ud. el mío, de acuerdo con el último —*datos aquí urgente*, le mando —como había pensado— por el *Bourgogne*, que lleva esta carta, dos libros del *Vermont Breeders Association*, que me mandó para Ud. el Secretario, y comprenden cuanto es posible saber sobre rendimiento en carne y lana, cría y cruces. Tan en sus manos tienen los criadores este negocio, que a pesar de toda mi diligencia no he podido encontrar aquí más que una sola persona que me diera datos no mucho mejores que los que ya yo tenía. Las compras hay que hacerlas a los criadores directamente; unas veces los venden puestos a bordo en N. York; pero lo más común es que el comprador haga el embarque por su cuenta, y aun la trasmisión por ferrocarril; en eso no hay nada fijo; lo probable es que el vendedor quede encargándose de los animales hasta su llegada al puerto de embarque, y el comprador se valga de hombre inteligente para el embarque en el puerto; suelen los compradores facilitar el hombre. Conozco aquí un Iraola, ganadero rico en Cuba, y hoy ocupado de vez en cuando en este oficio. Pero las compras deben hacerse directamente.

El Secretario me ha confirmado todos los datos que di a Ud., sólo que ni él allá, ni yo aquí hemos podido averiguar de qué cría compró Hill. Día por día revisé todo el *Sun* del año pasado, donde a la fecha del embarque se publicó un artículo con los detalles del embarque y nombre

* Uruguayo, funcionario diplomático de su país en Nueva York, fue amigo de Martí.

del embarcador. No lo he hallado; acaso porque fue antes, como creo. Ya mi memoria está muy lastimada. Si Ud. me dice de Montevideo cuándo llegó Hill allá, poco más o menos, y Farini debe saber, de seguro damos con la pista, por el artículo del *Sun* u otro del *Tribune*.

Precios. Dependen, por supuesto, de la cría. Ahora mismo preparan un embarque para Australia de 300. En otro de 150 iban algunos padres (*rams*) por \$500 y ovejas (*ewes*) por \$300; pero por tres vías sé, y eso mismo dice el Secretario, que pueden conseguirse buenos *specimens* de uno a dos años, por \$100 cada uno, *puesto a bordo*. Hay ventas a precios bastante menores; pero no de las crías registradas, ni de animales capaces de fundar una buena cría. El Secretario dice que él sólo podría disponer de 5 *rams* y no más de cinco *ewes*, y se obliga a garantizar la perfecta pureza de los demás que para este “noble objeto de levantar cría en el Uruguay” pudiera pedírsele, indicando las crías más limpias y prolíficas.

En mis averiguaciones supe que el cónsul del Ecuador envió hace un año a Guayaquil unos carneros —no de Vermont— de lana muy larga y fina, que él recomienda mucho y por azar le costaron a \$25. Ha quedado en darme datos minuciosos.

Donde encontrará en los dos volúmenes lo que más necesita es en la sección que en ambos va marcada sobre “Mejoras en los Carneros Merinos etc.”.

Ahora le averiguaré sobre los Durham. ¿Por qué no establecer allá una buena estancia modelo de lechería? Las vacas Ayrshire no son caras y rinden mucho. Para quien quiera cosa muy fina y leche muy pura, las Jerseys son un encanto. Y quien pueda gastar más, y quiera sacar mucha mantequilla y queso, que compre Holstein. Dígame, y le mando cuantos informes necesite.

Éstos de las ovejas se los hubiera mandado antes; pero los criadores tenían un comité en Washington, oponiéndose como fieras a la cláusula del proyecto de tarifa, ya en discusión, en que se declara libre la lana y hasta el 15 en respuesta a mi segunda carta, no vine a recibir lo más esencial, que era la respuesta del Secretario y los dos tomos.

Ya va la carta muy larga, y no puedo hablarle de mí, aunque con el cariño que tan bien le pago me busca la lengua en lo de Buenos Aires. No. No me quiero hacer ruidos. Todo lo peso y calculo. Hoy no tengo ocasión de servirle a mi patria visiblemente, ni creo que la haya por bastante tiempo; pero presto en silencio un gran servicio, alejando de ella a muy malos amigos, con influjo y prudencia que parece que sólo yo tengo aquí ahora. Sé que se miraría, y yo mismo miraría, como una deserción el abandono voluntario de un deber tan callado como importante que sobre mí ha venido cayendo y soy casi el único en cumplir. De guerra, y de trabajos ostensibles, no hay por ahora asomos. Dentro de algunos meses tal vez, no sentiré en conciencia como tan especial la obligación que siento ahora. Y a más de esto, hay otras dos razones, ninguna bastante poderosa para impedirme el viaje, pero ambas muy de considerar. Una es privada, y llena de pena. Yo no tendría allá, ni tendré en ninguna parte, la confianza y bravura, tan necesarias para levantar casa, que vienen de la dicha doméstica. Otra es mi miedo a lidiar demasiado de cerca con los hombres. Este miedo es grande. Mi amor a la oscuridad no me ha bastado antes para salvarme de las inquietudes que acarrearán a quien las posee, sobre todo en país extraño, aquellas condiciones que llevan consigo alguna luz. Ya escribo a B.A. la verdad. No rechazo en definitiva la idea de ir. Acaso lo solicite yo de aquí a un año. Pudiera ser que lo solicitare. Pero hoy no sería sincero si dijera que pensase en ir. Déjeme probar con mis libros. México quiere ayudarme. Ayúdeme Ud. como si yo no soñara en moverme de aquí. Farini me escribió ofreciéndome una correspondencia para *La Época* de propia voluntad -\$40 por dos cartas; -y ahora me escribe que el diario ha caído en manos pobres. Vea qué hace en mi favor por este camino en su viaje. Tengo 35 años. Necesito tres años más antes de elegir lugar para morir, sin perder, sin embargo, un solo día de estos tres años. Por supuesto, no me quedaré a morir aquí. Elocuentísimo es lo que Ud. me dice -de Ud. y de mí- sobre esta horrible vida. Yo soñaba el otro día con un hombre que era todo huesos.

Le hablé de mí, pues, aunque es una desconsideración cuando ya les quedan tan pocas horas de ese París engañoso que vino a robarme sus cartas sabrosísimas de Montfleury. Desde que llegamos a los bulevares, y nos cortamos la barba en pico, no ha habido memoria, ni elocuencia, ni pintura, más que para las señoritas. ¡Ahora sí que me van a venir buenas cartas de allá humeantes como la sangre y empapadas de azul!

Adiós, pues. ¿Quién le deseará más bien que yo? He de pedirle a Marion noticias constantes de ella, y de su buen anciano, y de los niños. Ya Ud. me dirá qué hago con los fondos. En carta certificada aparte le envió Fcs. 800. El Consulado, casi muerto en los tres primeros meses del año, revive algo este abril. De donde casi nada viene desde diciembre, salvo un *check* de Pensacola por \$23, y otro de Brunswick por \$47, es de afuera. No le diré cómo, aun cuando deseaba mucho que Ud. emprendiera al fin este viaje, siento de veras una pena egoísta al saber que ya no lo tengo a ocho días de mí, —sino a treinta y dos— Ud. hará porque yo no sienta la distancia.

Su amigo

J. MARTÍ

[Junio o julio de 1888]

Mi Señor:

¿Qué es? Pasan semanas, y ni una carta, ni un periódico siquiera que me traiga mi nombre escrito de su mano. Yo vivo sin día ni noche, dando por escritas las cartas que pienso, y muy creído de que el aire le ha de llevar mis mejores cariños, que son los que no pongo en el papel, y otras veces estoy muy escribidor, y me pondría a ensayar prosas en usted; ¿pero con qué cara le mando prosa mía a quien me escatima tanto la suya? Ud. tiene Parises y damas ajenas: yo no tengo más que mi conciencia, las cartas de usted y otro amigo de México a quien quiero, la de mi ma-

dre, y los garabatos que una vez al mes me manda mi hijo. Quise hacerlo y pudo venir; pero Carmen no lo deseó; para arrancarme así como mandato la orden de que venga, que no le he de dar, porque el hacerlo por voluntad propia es la condición natural de lo que se estima sacrificio. Nunca me regañe porque le escriba poco. Llevo en mí un león preso que me hace pedazos las plumas. ¡Pero usted, mi señor, con el arte en casa, y arte por dondequiera que va, y arte en sí, sin más penas que las de la superioridad y la imaginación ¿no tiene la rodilla libre una hora al día para decirme, entre una seta y un taponazo, que acordarse de un amigo es tan grato como recibir un beso? O es que anda de calavera, y le da pena decírmelo. Para que se vea obligado a acusarme recibo le mando aquí papelitos azules. El Consulado sigue mohíno: a lo más, dos barcos al mes, uno de Norton y otro de petróleo, y flojo el de Norton: de afuera, algún *check* de Pensacola o de Portland, no más de dos al mes. En Jacksonville hay peste. Hice a los cónsules de Pensacola y Savannah las prevenciones usuales, por si se extiende a sus puertos la fiebre amarilla. En New York ha habido un caso aislado, y fue desdicha que cayese en hombre tan útil y feliz como el astrónomo Proctor, que murió en dos días. En Filadelfia ha habido otro, a pesar de las precauciones de la Sanidad en Jacksonville, que son muchas, y la mejor la de no dejar salir a nadie sino después de días de fumigaciones y espera en los "campamentos de refugio". Aquí nadie tiene miedo, con los fríos que ya corren.

Yo vine ayer de Bath Beach, que ya sabe que está de Coney Island poco más lejos que Sheepshead Bay. Pero tanta gente extraña afluyó a la casa, so pretexto de enfermedad o de parentesco con Carmita, que la agorafobia se me enconó, y he vivido sin gusto para admirar a mis anchas los árboles. Y crea conmigo que he de morir pronto, puesto que el año pasado pude tener por fin un Webster, y este año me convidó Philipppson a ir a Catskill, del sábado al lunes. Ud. hubiera bufado, y con razón; itreinta y dos horas de viaje, y de noche y en vapor, por ocho horas de hotel, con un poco de monte y de cascada de Kaaters Kill. Y me acordé más de Ud., porque también yo me sentí como

preso entre aquellos picos. Está demasiado lejos la cumbre de los montes de la faena humana.

Creí, al ofrecerle en mi carta pasada que con ella iba *Ramona*, tener en Bath mismo, donde le escribía, el ejemplar de prueba de los pocos a que mandé poner pasta. Estaba en New York, y con una buena mancha de tinta. Hoy le va al fin. No le va a gustar, porque Ud. está ahora de cascaca y barba de punta, y en el aire que huele a vinagre de tocador; la pobre *Ramona* va con los pies descalzos. Pero por Ud. he podido publicarla, y ella, como yo, es de usted. Me preparo a traducir *John Halifax, Gentleman*. ¡Y tener que pasar por estas horcas, y pasarme meses tendidos peinando libros ajenos! Pero ya verá como paro a lo mejor, en escribir uno que se pueda leer, y llevará su nombre al frente.

Yo no me canso, ni me quejo; y aunque tengo en el lado del corazón uno como encogimiento, y un dolor que no cesa un instante, jamás pienso en él, ni en cederle, y hago cuanto debo y puedo, sin esperanzas y temores. Eso sí, me hacen falta sus cartas.

Y no porque quiera, sino por no enojarme, acaba aquí, con un abrazo para la casa, su amigo

J. MARTÍ

A MANUEL MERCADO

Julio 26 de 1888

Hermano mío:

SALGO DE UNA larga postración, lleno de remordimientos por haber abandonado durante ella todos los trabajos que no requerían fecha fija, o me demandan alguna concentración de espíritu. No vaya a creerme Jeremías, ni rendido. Pero la pena acumulada suele llegar a tanto que me siento echado por tierra, como he visto echar en los mataderos a los toros.

Ni en prosa ni en verso lo digo, porque no se ha de escribir, sino lo que puede fortalecer. Pero son desmayos largos y mortales. A Ud. se los puedo decir. Perdí, no por mi culpa, la llave de la vida; y los quehaceres nimios en que ocupó lo que me queda de ella no son bastantes a satisfacer el alma hambrienta. Me voy acabando, de hambre de ternura. Por eso me hace Ud. tanto bien cuando me escribe, como en su última carta, con toda la suya. Por eso me pongo brumoso, y como si el mundo entero me abandonara, cuando noto que alguien me quiere menos de lo que por mi amor a todos creo yo que merezco ser querido.

Puerilidad le va a parecer; pero ¿quiere Ud. creer que el ver confirmada por su carta de Ud. esa cierta negligencia de *El Partido* en cuanto a mí, me heló la mano el primer día que me puse a escribir la correspondencia, y contribuyó a esta tristeza reciente de mi espíritu? Es enfermedad en mí ese anhelar que me quieran. De los países donde no me conocen suelen llegarme pruebas ardientes de estimación; y esto me hace más dolorosa la tibieza de los que no tienen por qué quererme mal. Pero estas cosas no se las digo sino por gusto de decírselas, y como si estuviéramos conversando por las calles de la Alameda, entre aquellas cercas famosas de palos amarillos. Se lo confieso como una debilidad, y por placer de confesármele, y deseo de

que no me tenga en las cosas de mi deber por descuidado o perezoso.

Ahora que ya no está en *El Partido* aquel señor Laureda, a quien no conocí nunca de persona, le diré que por él me explicaba ese desgano del diario para todo lo mío, por estar acaso reunidas en aquel señor, y Dios me sea misericordioso si yerro, todas las condiciones que pueden producir una antipatía viva por el que, buenas o malas, tiene dotes enteramente diversas. Yo sé de esas hostilidades sordas, más temibles en aquellos pecadores morales que se ven de relieve a sí propios con la luz de su inteligencia. Por una esquina u otra vi pasar aquí hace años, no más de dos veces, a Laureda, cuando hacía la vida poco apetecible de periodista de aventuras; y yo la de dependiente de comercio; y no me pareció notarle en los ojos que le inspirara ninguna particular simpatía. Ni el afecto que me tienen en Venezuela, donde no goza él de estimación especial, ha debido disponerle a cambiar de sentimiento. Más le diré: que yo creo que *El Partido* ha debido sufrir mucho en México por esa apasionada e incompleta dirección. Y la pluma me duele; porque creo que nunca he dicho tanto mal de persona alguna. Ya Ud. sabe con qué gusto hubiera yo contribuido y contribuiré, al adelanto del diario, no sólo con mis cartas, sino con cuanto más sea necesario para que rivalice dignamente como periódico con los que sin más elementos brillan más, y ejercen tal vez, por su actividad y apariencia, un influjo mayor en la opinión. Con mil pequeñeces oportunas se puede hacer sin esfuerzo un diario vivo y admirable. Pero sentía yo que estaba ahí esa barrera, y ni a Ud. mismo le he dicho en dos años lo que pensaba, de miedo de parecerle injusto, o entrometido o deseador del mal ajeno. Ahora veo que sucede a Laureda Puga y Acal, de quien he leído versos de mérito, superiores a los ingeniosos y encarnizados con que responde a la epístola en que nuestro Juan de Dios se ostenta vencedor, en las mismas quintillas donde confirma una que otra vez el cargo de incorrección que le ha podido hacer con cierta justicia Puga y Acal. No es el pecado de Peza, sino de la rima, que ni a sus artistas mejores permite poner entero

en ella el pensamiento. Yo creo que puedo manejar la rima como cualquiera otro; pero la esquivo, más, la desdeño, por falsa e incompleta. ¡Yo sé todo lo que tiene de pobre, de repujado, de rimbombante, de relleno, lo mismo que me han solido celebrar como muestra de arte poético! Pero ¿quién vence a Juan de Dios en abundancia cordial, en sentimiento, y en delicadeza? Con haber imitado a éste y aquél, ha acabado, joven aún, por ser él mismo. Sí que ganaría mucho su obra, colgando aquí mejor un verso flojo, o aclarando allá una idea vana o confusa por la obligación del consonante; pero con todo eso, las letras americanas tienen pocos poetas de más encanto y persona. Esto se lo digo sin haber visto el libro de Puga que me anuncia, que no aparece en el correo, aunque he ido una y otra vez a buscarlo, por el libro en sí, y porque era testimonio de su cariñoso cuidado. Vuélvamelo a mandar, que quiero verlo. Ahora no sé si Puga habrá tomado a mal las líneas que escribí sobre Peza, y de las que ni él ni Ud. me han querido decir palabra. ¿Tendré ofendido a Peza por quererlo bien?

A quien no se puede tachar de incorrecto, y a quien le prologaré el libro y le cuidaré la impresión con muchísimo gusto, es a Gutiérrez Nájera, a quien mando por Ud. todo mi agradecimiento por el afecto con que piensa en mí, y yo le pago bien, porque lo merece cuanto sé de él y veo escrito. Es de los pocos que está trayendo sangre nueva al castellano y de los que mejor esconden las quebraduras y hendijas inevitables de la rima. Más hace; y es dar gracia y elegancia al idioma español al que no faltaba antes gracia, pero placiril y grosera. Y eso lo hace Gutiérrez sin afectación, y no porque tome de modelo a éste y aquél, aunque se ve que conoce íntimamente, y ama con pasión, lo perfecto de todas las literaturas; sino por invencible tendencia suya a hermanar la sinceridad y la belleza. Hay mucho que decir de Gutiérrez, y yo tendré a honor el decirlo. Es un carácter literario. —De su libro, si decide imprimirlo aquí, dígame que se lo cuidaré más que si fuera propio. Porque si se lo cuido como propio, se lo cuido mal.

Y ahora venimos a mi libro. Por el correo le va, por fin, el primer ejemplar de *Ramona*. Cuando recibí su carta

me puse a vacilar. Que le mande los ejemplares, que él me dará buena cuenta. Sí: ¡ya yo sé las cuentas que da este hermano mío! Pagarme los ejemplares de su bolsillo, y luego decirme que me los vendió. —No se los debo mandar. Pero luego he pensado que esto puede no ser así, porque yo tengo fe en la novela, y creo que se ha de vender largamente, sobre todo ayudándola desde acá, de modo que no parezca allá empresa de nadie, ni a nadie obligue con la significación que al libro se pudiera dar; sino sea claramente empresa mía, con un administrador que me he improvisado, y es de alma tan limpia que puedo escribir versos delante de él —el señor Félix Sánchez Iznaga. Ya he enviado prólogos, a manera de circular, a todos los periódicos y librerías de México, no de la capital sólo, sino de todas las ciudades del interior donde es probable la venta. En cuanto tenga ejemplares listos, enviaré uno, solicitando anuncio y juicio, a los periódicos y librerías principales. Me parece imposible que el libro deje de despertar curiosidad. Todo dependerá de que en México haya persona viva a quien puedan acudir los compradores, y que se anuncien bien los lugares de venta, acaso con cartelones como los de *Misterio*, que digan en letras grandes el título del libro: —“*Ramona*, novela de asunto mexicano”.

¿Qué habrá que a Ud. no le ocurra, sobre todo si cree que es para hacerme bien? De modo que sí pienso que el libro se puede vender al precio que Ud. allí marque, que no es el que le marqué yo a Ud., pues de ahí se han de descontar los gastos de venta y provecho del vendedor, que saca éste de la diferencia entre el precio de compra y el de venta. ¡Vea qué despierto negociante, y cómo lo trato a puro mostrador, de pesos a pesos, como si no contase Ud. para mí entre lo que más quiero en el mundo!

Si no vende Ud. los libros y me quiere engañar, ya yo encontraré modo de saber, por estos o aquellos indicios, que se trata de venta fraudulenta. Y no será. Le enviaré, pues, mil ejemplares, —lo mismo que me ha comprado la casa de Carranza aquí para Buenos Aires; y, aunque al freír ha sido el reír en cuanto a los gastos calculados, cobraré por ejemplar 37-1/2 cts., de esta moneda. De sobra creo

yo que puede venderse allí el libro, —no Ud. de mí, sino el vendedor del público, lo menos a 75 cts. Para evitar gastos de factura irán incluso en alguno de los embarques de Philippon. De todo le daré oportuna cuenta. Por ahora déle a Lola ese ejemplar de primicias. —Y esta es la base de mi empresa editorial, que preparo tenazmente, y de la que, cuando ascienda a mi plan de libros de educación, hemos de hablar muy de largo, —¡y quién sabe si de ver nos! Por ahí me empleo: por donde pueda ser útil. Y acabaré por vivir como los emperadores persas: con una ciudad para el verano y otra para el invierno. No crea. Preparo un trabajo vasto. Creo que me han de ayudar también la América Central en algo, y en mucho la Argentina.

Y ahora ¿qué merezco yo por haberle hecho leer carta tan larga en días tan ocupados para Ud.? Para eso se es bueno: para padecer. Que me haga sufrir así, y que eche un racimo de besos sobre su casa, es todo lo que quiere su hermano

JOSÉ MARTÍ

Septiembre 14 [1888]

Mi hermano querido:

Recibo en este instante su carta del 8. ¿Cómo iba yo a atreverme a mandarle a *Ramona* sin esta autorización final de Ud., después de que la hubiese leído? El querer bien consiste en ahorrarle inquietudes a aquel a quien se quiere: y no había yo de echar ésta encima de Ud. mientras creyera que pudiera serle motivo de algún enojo. Yo no tengo que decirle con palabras cómo le pago su determinación de serme útil. De viejo está Ud. sentado en mi alma de donde nadie lo ha de levantar. Venda o no venda a *Ramona*, me importa un comino. Lo que me importa es que Ud. me quiera bien, y se sienta bien querido. A Lola, dígale que no puedo pensar en ella sin pensar en su casa reposada; a discreta media luz, con el mantel resplandeciente, y el vaso de flores en la mesa. Es increíble lo que ayuda en las

penas de la vida la memoria de una asilo amigo. Soy tenaz en hablar de esto, porque el beneficio es tenaz. Padezco, y suelo calmarme recordándolo. Andan manos en la sombra. —Y ¿qué piensa su hijo Manuel del indio Alejandro? Para que él la lea voy a traducir del inglés, del inglés de Inglaterra, un hermosísimo libro: *John Halifax, caballero*. Enseña amablemente el arte de ser hombre. Aunque no sé yo qué tenga que ir a buscar en libros quien tiene el mejor ejemplo en casa.

Le prometí hablarle a la larga de los dos libros, y ahora me arrepiento, no porque no me dieran ocasión para decir mucho, y muy de mi gusto, sino porque su carta viene muy ministerial, como de quien no tiene mucho tiempo para escribir y leer.

El libro de Gustavo se lee sin levantar los ojos; pero México es todavía mucho más bello. Por todo el libro corre como una vena de tristeza, que ha de ser también característica del hombre, y ya me pareció notársela en medio de los esfuerzos y astucias de su juventud. La persona del autor, cuando se enseña demasiado, daña al libro; pero allí está la persona con medida, y como debe estar, puesto que es a la vez una obra de descripciones e impresiones. Sólo que yo no concibo libro sobre México que no deje delante de los ojos al cerrarse una montaña azul, y un ramo de flores. Si yo escribiese sobre México, no me parecería que escribía, sino que hacía un ramo. Yo he visto muchas tierras, y más de una americana, ¿pero dónde el color y la grandeza natural que en ella? El hombre rebelde, el indio pintoresco, la atmósfera serena, la naturaleza maravillosa. Yo podría hacer sobre México una epopeya nueva, aunque dicen que ya no se puede hacer, si me fuera dado por unos cuantos años emanciparme de la fatiga del mundo. Estrofas como peñascos luminosos. El hombre, a pesar de las perversiones y apetitos comunes a la especie, completa en México la naturaleza. Y eso es lo que tiene de mejor el libro de Gustavo: que el hombre mexicano aparece bien en él, no arcaico y canijo, sino impetuoso y libre.

Y puesto que ya entré en prosa, le diré que leí con atención el libro de Puga y Acal. Ayer leía yo que el fun-

dador de la casa de Vanderbilt dividía a los hombres en dos especies: los que pueden hacerse ricos, y los que no pueden. En otras dos especies se les pudiera dividir, que es en afirmativos y negativos. Gutiérrez Nájera, celebrando en un artículo encantador los últimos versos de Peón Contreras queridísimo, es un afirmativo. Un negativo, es Puga y Acal. A mí, por supuesto, me gusta más alabar que censurar, no porque no censure también yo, que hallo en mi indignación contra lo injusto y feo mi mayor fuerza, sino porque creo que la censura más eficaz es la general, donde se señala el defecto en sí y no en la persona que lo comete, con lo cual queda el defecto tan corregido como del otro modo, sin dar lugar a que el censurado lo tome a mala parte, o encone el defecto, creyendo la crítica maligna y envidiosa. Pero yo sé que entre las variantes del espíritu está la belicosa; y que es grande la tentación de arremeter contra la opinión errónea y las famas que ponen en peligro la pureza y beldad del pensamiento, por las que el hombre literario llega a sentir verdadera pasión. La doctrina crítica de Puga es sana, y lo sería más aún si no la tuviera limitada por su escuela filosófica. Pero si hubiera de señalar en su libro la nota saliente, no sería ésta, ni el ajuste casi constante entre la idea y la expresión, sino cierto odio de caballero a la crítica brutal, de callos y caracoles, que en España priva ahora, y en otras tierras además de España, donde copian lo peor de Clarín, que dista de Larra, a quien lo asemejan, lo que dista en su pueblo un aguador de un duque, y en lo mejor no es lo que parece, porque la idea es delgada como un hilo; y para la forma mete los brazos hasta el hombro en Quevedo. Su novela *La Regenta* sí es buena, aunque empiece hurtando a Thackeray, y debían distribuirla gratis los gobiernos en los pueblos católicos. Que Puga no es así, aunque se ayude de Clarín una vez que otra, se le ve en su mismo pseudónimo de Brummel; y aunque se pudiera tachar de incompleta su crítica, se la habría siempre de alabar por elegante. ¿Por qué, —aparte de simpatías por la persona y del clamor de la pelea, —no aparece que haya escrito su crítica a nuestro Juan de Dios, con la misma mano enguantada con que escribió las que

han dado asunto a Díaz Mirón y a Gutiérrez Nájera para sus dos admirables respuestas? Aquí entró sin duda lo personal, contra la voluntad acaso del crítico, que parece de veras dispuesto a verle al poeta los versos, y no las verrugas. Porque a un monte no se le ha de describir por los pedruscos, sino por la majestad con que se levanta a pesar de ellos, aunque sea obra piadosa y necesaria la de decirle al caminante donde están, para que no se dañe los pies en el camino. La crítica no es censura ni alabanza, sino las dos, a menos que sólo haya razón para la una o la otra. Y en Juan de Dios es obvio que lo loable es más que lo digno de censura: ¡mil veces más! ¿Pues que a todos es dado mover así los corazones, sin enseñar de su dolor más que lo necesario para dar carácter y sazón a su poesía? Demasiado personal no se debe ser; pero ¿sin ser personal, cómo ser poeta? Viene aquí a cuento decir que, con todas las investigaciones de La Motte, y con todos los parafraseos y críticas rehervidas de don Juan Valera; no he leído opinión más justa y completa sobre el sentido del Fausto que la que da Gutiérrez Nájera en su carta. Claro es que Juan de Dios sacrifica al consonante algo más de lo que debiera; pero esto no es culpa de él tanto como del consonante. Sus defectos, los tienen todos; pero sus cualidades ¿cuántos las tienen? ¿su poesía de jacinto, su sencillez amable? ¿su ternura profunda y dolorosa?

Y por aquí le seguiría yo conversando, si no tuviera delante, como mirándome con ceño, su carta ministerial. Ya acabo. Desdichadamente, no es para ir con Ud. a la Alameda. Mamá, llena de nietos, y tan leal a la casa de Mercado como yo. ¿Le he dicho el gran dolor de que, con aquellos ojos tan hermosos, se nos está quedando ciega?

Lo último será hablarle de mí, para decirle que no creo que estoy ahora muy enfermo, o que no lo estoy cuando le escribo.

Un abrazo de su hermano

JOSÉ MARTÍ

¿Y el libro último del muy ingrato de Peón? ¿Y el de versos de Peza?

A RAFAEL SERRA*

[Marzo, 1889]

Mi amigo Serra:

NO LE ESCRIBO para darle gracias por el cariño con que se refiere en su carta a *La Fraternidad* a la respuesta que le dimos a estos nostramos yanquis (*sic*), ni por el honor que me hace en lo que dice de mí; sino para que sepa que me enojó mucho no haber estado en casa de nuestra amiga cuando Ud. fue allá a verme, y para celebrarle mucho, y con el alma caliente, todo lo que dice sobre los propósitos y las dificultades de su sociedad La Liga. No sabía de ella más de lo que Ud. dice, y ya deseo su éxito y su establecimiento inmediato, como si fuera cosa mía. De ahí se ha de arrancar para ir a donde debemos, que no es tanto el mero cambio político como la buena, sana, justa y equitativa constitución social, sin lisonjas de demagogos ni soberbias de potentados, sin olvidar jamás que los sufrimientos mayores son un derecho preeminente a la justicia, y que las preocupaciones de los hombres, y las desigualdades sociales pasajeras, no pueden sobreponerse a la igualdad que la naturaleza ha creado. Ya verá lo que me sale del alma, cuando llegue la hora de la necesidad, a propósito de estas cosas. Ud. sabe lo que yo tengo en el alma. ¿Quién le dice que los mismos argumentos con que Ud. se opone a la creación de una mera Sociedad de Recreo, son exactamente los mismos con que derribé yo en Madrid el proyecto de un casino semejante, un casino de diversión, cuando nos moríamos en Cuba y nos podríamos en las cárceles? No quedó más que un voto en pie, el del que quería ser Secretario; pero esta vez, el Secretario está del lado del desinterés, que es la virtud que funda y salva,

* Cubano exiliado, residente en Nueva York, gran amigo de Martí y uno de los autores de La Liga, sociedad de instrucción para los emigrados cubanos y puertorriqueños de color en la que Martí dictara clases gratuitas.

sin la cual es pernicioso el talento, temible el valor y abominable el genio. Recuerdo que en la sesión de los casinistas empecé un arranque en algo como "Cuba llora", y desde entonces me quedó el apodo entre los cubanos madrileños: "Cuba llora".

Yo vería con júbilo que Uds. pudiesen realizar La Liga, con su tanto de recreo lícito, si es indispensable, y si con una concesión en lo menor puede lograrse lo más; pero con la práctica y tendencia educacional y ennoblecedora con que Ud. la desea, —aunque lo de crear aquí un Círculo Central pudiera destruir, por los celos naturales entre los hombres, y las quisquillas de localidad, el proyecto que se quiere fomentar con él. Sí: establézcanla, y den lección de igualdad y generosidad. Ya Ud. sabe que yo no digo todo lo que tengo en el corazón, por miedo de que los que han padecido tanto en manos de los falsos amigos, vayan a tomar mi entusiasmo, y el juramento secreto que me tengo hecho de vivir para servirles, por entrometimiento y adulación, o deseo de buscarme popularidad. Esa idea me es odiosa. Pero lo que el alma echa a los labios, se ha de decir. Yo, que nada solicito, tendría a honor solicitar serles útil, útil de veras en su Sociedad de La Liga, o cualquiera otra, de hombres o mujeres, donde no les venga mal un amigo sincero que les ayude a buscar la verdad, o un compañero que contribuya a propagarla. ¿Por qué no crean una serie de conferencias sobre asuntos prácticos, de asunto actual y lenguaje llano, sin pretensiones por parte de los conferenciantes, ni mucha obligación por parte del auditorio? No sé si me echarán Uds. de la casa, por los pecados ajenos; pero si no me echasen, sería el más asiduo de sus oyentes.

Y le digo adiós, sorprendido de haber escrito en día tan atareado una carta tan larga. Pero mi amigo Serra es persona que tiene el don de hacer hablar a su agradecido

JOSÉ MARTÍ

A MANUEL MERCADO

New York, 3 de agosto 1889¹

Señor Manuel A. Mercado

Mi hermano querido:

ESTA ES LA CARTA semioficial que le anuncio en la mía anterior, para darle cuenta de que hoy quedan puestos en el correo a su dirección —nombre sin señas— quinientos ejemplares del primer número de *La Edad de Oro*. No quiero robarle tiempo repitiéndole lo que allí le digo: —que entro en esta empresa con mucha fe, y como cosa seria y útil, a la que la humildad de la forma no quita cierta importancia de pensamiento; —que le ruego que, en su capacidad personal, ayude a *La Edad de Oro* en México como si fuera cosa de Ud., pero de manera que no le emplee tiempo sino vigilancia y cariño; —que le haga, al editor y a mí, el favor de poner sin demora estos 500 números, menos los que Ud. quiera distribuir por sí, en manos de un agente central que los reparta por las ciudades principales, en manos del que le sirvió para *Ramona*, por ejemplo; —que con ayuda de las circulares y cartelones que por separado le envío, vigile porque el agente haga de modo que sus esfuerzos coadyuven a los que desde aquí hará la administración para atraer la atención del público y de los gobiernos sobre una empresa en que he consentido entrar, porque, mientras me llega la hora de morir en otra mayor, como deseo ardientemente, en ésta puedo al menos, a la vez que ayudar al sustento con decoro, poner de manera que sea durable y útil todo lo que a pura sangre me ha ido madurando en el alma. Yo no quiero que esta empresa se

1. Este año, mientras Martí reacciona airadamente contra la propuesta norteamericana de comprar y anexarse la isla de Cuba, en Cayo Hueso (Florida), se organizan los patriotas. Redacta y publica la revista infantil *La Edad de Oro*.

venga a tierra. Veo por acá que ha caído en los corazones desde la aparición de la circular. Los que esperaban, con la excusable malignidad del hombre, verme por esta tentativa infantil, por debajo de lo que se creían obligados a ver en mí, han venido a decirme, con su sorpresa más que con sus palabras, que se puede publicar un periódico de niños sin caer de la majestad a que ha de procurar alzarse todo hombre. —Éstas son verbosidades que no tienen nada que hacer con la carta de agencia que he prometido escribir, por esta vez, al editor, que pone en esto un serio capital, y es aquel caballero modesto que representaba a la Compañía de Seguros de la New York cuando tenía yo la fortuna de estar cerca de Ud., y daba Guasp aquellos dramas de Peón, que no tenían concurrente más asiduo, ni comprador más tempranero, que Da Costa Gómez.

No parece, de veras, que venga al mundo *La Edad de Oro*, —que es título de Da Costa, con muy malos auspicios. Verá por la circular que lleva pensamiento hondo y ya que me la echo auestas, que no es poco peso, ha de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América. —Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no habría entrado en esta empresa. A Ud. no le va a parecer mal, y va a hallarle a Da Costa la persona empeñosa que necesita para crearle al periódico un número extenso de lectores en la República. —Va a parecerle adulación, pero valga porque es verdad: cuando Da Costa me hablaba de sus esperanzas sobre el éxito del periódico: “Con México me basta, —me decía: yo tengo en México mucha fe”. ¿A qué decirle a Ud. más? Déle una hora a este pensamiento, y póngalo en manos buenas. O, en caso de que no tuviera persona de actividad inmediata y de confianza a quien en-

comendarlo, como agente central, le ruego que haga enviar los paquetes, por cuenta de esta administración, a las librerías nombradas en la lista adjunta, acompañándolos de copia de la carta inclusa con los términos de agencia, —aunque eso no es lo que yo desearía, sino que tomara esto a su cargo persona nueva, de americanismo nuestro, y de empuje. La administración escribirá antes del 8 de este mes al Ministro de Instrucción Pública, y a los gobiernos de los Estados, como a los de todos los demás pueblos de América, sometiéndoles las ideas de *La Edad de Oro*, y pidiéndoles la protección que merezca a su juicio, que por poca que sea, le es de mucha importancia a esta empresa costosa. —Y cuando se reúna el famoso Congreso Pedagógico, que va a dejar más huellas que el mismo Congreso Político, a él y a cada uno de sus representantes le irá la circular y un número. —Al pueblo más infeliz ha de llegar este mensaje de cariño. —Ya de la frontera están llegando pedidos. De Jalapa escribe un joven de la Escuela Normal “lleno de alegría” porque puede suscribirse a *La Edad de Oro*. —Ud. conoce con qué ánimos entraré en esta labor, y hará por no dejarme caer, a solas con mi pensamiento.

Sobre condiciones de *Agencia*, la Admon. dará el 25% del producto de la venta. Y si pasare de 1.000 los ejemplares vendidos, ofrecerá mejores términos. La Argentina ordenó, por la simple circular, 1.250 ejemplares mensuales.

Para evitar los desagradados de la suscripción, cada número irá completo en sí, de modo que se pueda vender separado, a *25 centavos oro americano o su equivalente*, el número, aunque puede admitirse el pago adelantado por un año, un semestre o un trimestre.

Caso de tener que enviar a las librerías de la lista, los paquetes, Ud. se quedará con cuantos quiera para propaganda, y los demás paquetes y carteles y circulares, los distribuirá conforme a la importancia del lugar.

¿Y cómo me hago yo perdonar este engorro que le doy a quien tiene tantos? Mi única excusa es que se lo ofrecí a Da Costa, en el calor de las primeras conversaciones de la empresa: le ofrecí que por conducto de Ud. le buscaría

un agente central como él lo deseaba, activo y hábil, y que entendiese nuestro pensamiento. Y ahora me veo acorralado, y en la obligación de cumplir lo que prometí a costa suya. ¡Ojalá que le ayude a excusarme esta majadería el concepto que le merezca el periódico! Dígame, de veras, lo que los niños de su casa han dicho de él, como niños, y lo que a Ud. como hombre le parece. —Y póngame unas líneas no más, para satisfacer a Da Costa. Hoy van ejemplares a amigos y a la prensa. ¿Cómo me podré hacer perdonar, yo que para nada más que para molestarlo sirvo?

Su

JOSÉ MARTÍ

A SERAFÍN BELLO

New York, 16 de noviembre de 1889

Sr. Serafín Bello

Amigo mío:

DOS DÍAS MÁS y ya me habrá perdonado. Ante todo, ha hecho muy bien en lo de Guerra¹, a quien he de ver mañana domingo. Soy un infeliz que de nada puedo servir a los que quiero. Le diré lo que debo a Guerra, y creo que podrá Ud. esperar con más calma hasta el fin necesario de la huelga.

Por lo que le tengo que pedir perdón, es por mi abandono aparente en no haberle escrito. Pena ha sido, y es: pena pública parecida a la agonía: acaso luego le diga al correr de la pluma. Pero ni un día he dejado de pensar en Ud., y en lo que me dijo un poeta de Venezuela, que “los árboles tenían el corazón en el tronco”, aludiendo a las penas que caen sobre las almas fuertes. Ni un día he dejado de pensar en el Cayo. El autonomismo es sueño aunque le parezca a Ud. que lo verán sus ojos: déme Ud. el Cayo tranquilo, y la ocasión de que nuestro pueblo vea por sí quiénes lo sirven de veras, y el autonomismo se disipará, como la sombra que es. Al viaje del Jorge Juan no le doy importancia política: social la tiene, porque indica cómo se transforman, por los intereses comunes, los elementos de población de nuestro país y lo que parece deserción patriótica, acaso sea la prueba de que en una lucha bien entendida por la libertad, sin lisonjas al descontento ni complicidades con el poderoso, si se ve que las aspiraciones de Cuba van de modo que satisfagan las de la libertad a la vez, no estarán solos en Cuba los cubanos. Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes: yo no le tengo miedo, porque la justicia y el peso de las cosas son

1. Se refiere a Benjamín Guerra.

remedios que no fallan: es un león que devora en las horas de calentura, pero se le lleva, sin necesidad de cerrarle los ojos, con un hilo de cariño. Se cede en lo justo y lo injusto cae solo. Es todo el secreto de esas luchas que parecen terribles y sólo lo son mientras no entran en ellas, de un lado y de otro, los hombres cordiales. La huelga sería más de lamentar si fuese, como me dice que es, resultado del maltrato y desdén más que de la injusticia de la paga. Estas cosas de paga son de relación y localidad, y sólo se pueden ver sobre el terreno, aunque por lo que Ud. me dice y leo, la razón está, como suele, del lado de los débiles. Pero lo que no puedo entender es que un hombre, por tener cuenta gorda en el banco, se crea como corona entre los demás hombres, cuando lo que a mí me sucede es lo contrario, por la prueba que llevo en mí mismo, y saber que la riqueza se acumula generalmente con sacrificios de la honra y con abusos, por más que sepa yo que, con paciencia y trabajo asiduo, puede llegarse a la fortuna honrada. El corazón se me va a un trabajador como a un hermano. Unos escribiendo la hoja y otros torciéndola. En una mesa tinta, y en la otra, tripa y capa. Del tabaco sólo queda la virtud del que lo trabaja. De la hoja escrita queda tal vez la razón de su derecho, y el modo de conquistarlo. Pero estas cosas no se deben decir, porque pueden parecer adulación. Se demuestra a su hora, que es mejor que decir las. De mí, Ud. las sabe, y me basta. Lo que yo veo, ya le digo, es lo que desde hace tiempo estoy viendo. A los elementos sociales es a lo que hay que atender, y a satisfacer sus justas demandas, si se quiere estudiar en lo verdadero el problema de Cuba, y ponerlo en condiciones reales. El hombre de color tiene derecho a ser tratado por sus cualidades de hombre, sin referencia alguna a su color: y si algún criterio ha de haber, ha de ser el de excusarle las faltas a que lo hemos preparado, y a que lo convidamos por nuestro desdén injusto. El obrero no es un ser inferior, ni se ha de tender a tenerlo en corrales y gobernarlo con la pica, sino en abrirle, de hermano a hermano, las consideraciones y derechos que aseguran en los pueblos la paz y la felicidad. El hombre se limitaría por sí mismo, y no son necesarios

más límites. El aseado es la nobleza y el desaseo la plebe. El que cultiva su inteligencia va de un lado, y el que no la cultiva va de otro. Los honrados son mi círculo, y otro los pícaros. ¡Quiero yo saber quién no desea estar entre los nobles! Pero eso ha de dejarse a lo natural, y las condiciones de la felicidad deben estar sinceramente abiertas, y con igualdad rigurosa, a todo el mundo. Ni me ocurre que se pueda pensar de otra manera. Pero se piensa. Y se retarda el bien de los hombres, y por torpeza e injusticia, el de nuestra patria. Ni creo en el abandono del Cayo. La huelga ha de terminar, no sin enseñanzas, y sin provecho de los obreros, aun cuando la pierdan. Y empezaría para Ud. la tranquilidad, con el trabajo que ha de hallar allí, fuera de toda duda, y el gusto para Ud. necesario, de ser útil a los demás con lo que se lo es a sí propio. Servirse a sí solo es un robo.

¿Por qué no le he escrito? ¿Por qué no he empezado la campaña activa? ¿Por qué no he publicado como enseñanza el periódico? ¿Por qué no le he convidado ya, a Ud. y a todos los hombres que andan sueltos, a poner juntos los corazones, para sacar derecho ante la Isla, y ante los que creo que puedo allegarle como auxiliares? De esto no le quisiera hablar, y es lo que me ha quitado la pluma de la mano. Tiene métodos muy sutiles la ambición poderosa, y sería preciso que estuviese Ud. aquí, y aun estando no lo vería acaso bien, para entender cuánto estrago hace, hasta en los más fieles, la esperanza funesta, y enteramente secundada por los mismos nuestros, por interés o fanatismo, de que a Cuba le ha de venir algún bien de un Congreso de naciones americanas donde, por grande e increíble desventura, son tal vez más las que se disponen a ayudar al gobierno de los E. Unidos a apoderarse de Cuba, que las que comprendan que les va su tranquilidad y acaso lo real de su independencia, en consentir que se quede la llave de la otra América en estas manos extrañas. Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre

nosotros. Podríamos impedirlo, con habilidad y recursos; que los arranques y la claridad de juicio, pueden, con buen manejo, vencer a la fuerza. En la soledad en que me veo — porque cual más cual menos espera lo que abomino— lo he de impedir, he de implorar, estoy implorando, pongo al servicio de mi patria en el silencio todo el crédito que he podido irle dando en esas tierras hermanas a mi nombre. Con dos o tres leales haré cuanto pueda y acaso, como parte de estos trabajos, publique dentro de muy pocos días, en cuanto pueda hacerlo con decoro, una hoja donde con el alma que Ud. conoce, diga la verdad, y junte, sin miedo a tibios y a señores, a los que deben estar juntos. Del Cayo quiero ver surgir una admirable protesta. Que de allí nazca, porque de allí tiene derecho a nacer. Pero con propósito y pensamiento que no se queden allí. Es preciso que Cuba sepa quiénes y para qué, quieren aquí la anexión. De Cuba, en la desesperación, la anhelan los que guían: no la juventud, no la población mayor. La corriente es mucha, y nunca han estado tan al converger los anexionistas ciegos de la Isla, y los anexionistas yanquis. Para mí, sería morir. Y para nuestra patria. No es mi pasión lo que me dará fuerzas para luchar, solo, en la verdad de las cosas; sino mi certidumbre de que de semejante fin sólo esperan a nuestra tierra las desdichas y el éxodo de Texas, y que el predominio norteamericano que se intenta en el continente haría el mismo éxodo, en las cercanías sumidas al menos, odioso e inseguro.

Ese es mi dolor, y de lo que veo y sé vivo en perpetuas bascas. Está bien que se me cierre el correo, para que no se me vaya la pluma. Sepa que su amigo está sufriendo muy de veras, y que no olvida a su patria, ni lo olvida.

A sus hijos que pienso mucho en ellos.

Ud. mande a su amigo,

JOSÉ MARTÍ

A MANUEL MERCADO

[Noviembre 26 de 1889]

Hermano querido:

VA EL DEBER del artículo laborioso, y no el gusto de la carta, porque le quiero escribir con sosiego, sobre mí, y sobre *La Edad de Oro*, que ha salido de mis manos —a pesar del amor con que la comencé, porque, por creencia o por miedo de comercio, quería el editor que yo hablase del “temor de Dios”, y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuvieran en todos los artículos e historias. ¿Qué se ha de fundar así en tierras tan trabajadas por la intransigencia religiosa como las nuestras? Ni ofender de propósito el credo dominante, porque fuera abuso de confianza y falta de educación, ni propagar de propósito un credo exclusivo. Lo humilde del trabajo sólo tenía a mis ojos la excusa de estas ideas fundamentales. La precaución del programa, y el singular éxito de crítica del periódico, no me han valido para evitar este choque con las ideas, ocultas hasta ahora, o el interés alarmado del dueño de *La Edad*.

Es la primera vez, a pesar de lo penoso de mi vida, que abandono lo que de veras emprendo. Si me lo aplaude Ud., no quiero más.

No vuelvo a escribir a Ud. sin escribir a Gutiérrez Nájera, de cuya pena sé por Ud., y a quien quiero muy de veras, porque me parece hombre de bellissimo corazón. Él no es de los de literatura canina. Mucho recuerdo a su padre, y por él supe, antes que por nadie, de Gutiérrez Nájera. Tenía algo de rey cuando hablaba del hijo. —¿Y quiere Ud. creer que por una carta de Yucatán he venido a saber que G.N. habló en *El Partido*, con bondades sólo suyas, de *La Edad de Oro*? No recibí ese *Partido*, y hoy, 26 de noviembre, me llega el paquete de octubre en que se publicaron mis últimas cartas, de cuya suerte no supe hasta que Ud. me avisó de su publicación, cuando me tenía confuso, por

la pena de haber parecido mal, el no saber de ellas. Mándeme, si le queda en la benevolencia infatigable memoria para este deseo de su amigo, el artículo de Gutiérrez que de seguro me ha de dar la fuerza que da el ser estimado por quien puede. Así la quita el sentirse tratado con tibieza, que es pena que nunca padece con Ud., su hermano

J. MARTÍ

¿Y ya Luisa está enteramente bien, y Manuel tiene bigotes, y Lola tiene todavía el vaso azul en que me mandaba los jazmines?

A RAFAEL SERRA

[Septiembre, 1890]

Mi muy querido Serra:

EL CRIMINAL soy yo, que desde el viernes recibí una carta tan tierna y hermosa como la de Ud., y por el deseo de contestársela con un abrazo, he ido demorando la respuesta de hora en hora. Como siempre, Serra: los perros al pie, y sin día ni noche: ni un instante he tenido para decirle que es Ud., se lo digo hoy miércoles, uno de los oradores del 10 de octubre. No hay excusa. Quien es, es, y ha de cumplir con todas las obligaciones de lo que es. En diez minutos tiene Ud. tiempo para echar el alma afuera, a que se la vean fundadora y grande. Los años pasan, madurando, no envejeciendo: veamos a nuestro alrededor, —cada año sabemos más, creemos más, perdonamos más, esperamos más que el año antes: se va haciendo la obra, segura e invisible: la casa se empieza a hacer desde que empieza a cuajarse la piedra en la montaña: y ¿quién osa temer algo de nosotros, que somos tan independientes como humanos, y tan viriles como discretos? Ese puede ser su tema, o el que Ud. escoja, que siempre ha de sorprender por la entereza y la generosidad. A trabajar. Lo veré en La Liga mañana jueves. Lo de mi clase forzosa, porque doy clase de español de siete a nueve de la noche en una de las escuelas nocturnas, la de la calle 63 al Este, no quiere decir ¡qué ha de querer decir! que no me quede corazón y voz para empezar, a las nueve y veinte o cosa así, nuestra charla de los jueves. Entreténgamelos, y que me perdonen la tardanza, que para entendernos y excusarnos vivimos los trabajadores.

Ahora , a lo del otro día. ¿Pero a qué toda esa pena, que me la dio de veras, cuando ni por las mientes me pasaban las ideas que Ud. me supone? Ni por las mientes. ¡Si apenas le sé hablar de esto! No sólo no me ofendió la famosa serie de preguntas del viaje de Anacarsis, sino que

me dio gusto sincero, por la honradez y valentía que creí ver en el preguntador. Y téngame por burro; pero no caí en que era Ud. Ni quise caer, ni pensé ni por un sólo instante en que fuera aquél o fuera éste. Lo que me dije fue esto: "he aquí un hombre que dice lo que piensa, y piensa como debe, porque esos temores son humanos y justos". Y yo lo leí con cariño, y con orgullo, porque era hombre como yo, preguntador sincero, y contesté con amor de hombre. ¿Adónde me notaron el embarazo y cómo no se me notó la complacencia y el contento? Déjese de estas penas, y conózcame de una vez. Pues aunque me hubiera hecho Ud. las preguntas con toda intención como creí que estaban hechas, mi deber no era el de enojarme como un pavo real porque le pisan la cola, o como un virtuoso de profesión, porque le ponen en duda la virtud; sino tratar imparcialmente, y con deseo de iluminar, el caso humano, el caso de estudio, que se me proponía. ¿Y por dónde hemos de empezar a estudiar, sino por nosotros mismos? Hay que meterse la mano por las entrañas, y mirar la sangre al sol: si no, no se adelanta. Muy bien hechas estuvieron las preguntas, y estarán todas las que se asemejen. Yo no quiero hombres castrados. Y cuidado con que le vuelvan a entrar esos miedos, que yo conozco bastante el dolor del mundo para ser indulgente con todas las formas, y aun injusticias de él; y en las cosas del alma soy como los médicos, que siguen curando al enfermo que les muerde la mano. Pues aun cuando muerda la mano ¿no es por enfermedad? La desconfianza, ¿no es una enfermedad, además de ser un deber? Y dudar yo de Ud., que es cien veces más generoso que yo, me sería más difícil que dudar de mí mismo. No dudo de mí mismo. Ni del sol tengo celos, porque ni él me gana en calor ni en limpieza. Soy pecador; pero no en mi manera de amar a los hombres. —A preguntar, pues; y créame, por Dios, lo que le digo: no tuve gusto más grande que el de ver semejantes preguntas, útiles y viriles, sobre la mesa. No sentí pena alguna. No soñé en ofensas de nadie. ¿Qué levita se pondría Ud., Serra, que con estos ojos dolorosos míos no le viese yo debajo el verdadero corazón? En mis amigos de La Liga tengo orgullo y fe. Hom-

bres estamos creando, y lo somos. Ya sé que en el mundo es una verdadera novedad; lo que ha de ser viejo para Ud. porque lo conoce de sobra, es el cariño profundo y entusiasta sin recelos ni reticencias, que le tiene por lo que valen su mente y su corazón, su

JOSÉ MARTÍ

Marzo [1891]

Serra, mi amigo generoso:

Un solo mérito hay en estas líneas sobre Espadero que tan bien le han parecido a Ud. —y es el de poner, por sobre la obra, la página en que pidió justicia para los desdichados. Por lo que mueven los corazones, y por lo que se inspiran en ellos, mido yo el mérito de las obras de arte. Lo demás es trabajo de nubes y pompa de papelería.

A los hombres, buen Serra, los iremos poco a poco enderezando, y ya Ud. conoce la medicina que yo he llegado a descubrir; y es tratar de valer por el cultivo de las facultades naturales tanto como el más empinado y desdénoso —y más que él, por el desinterés y la indulgencia. El mundo, al fin y al cabo, está a lo que es, y no a lo que parece. Donde la igualdad resulta patente por los hechos, un día sobre otro, no prospera la prédica de la desigualdad. No se me ponga a pensar en “las injusticias de los hombres”. Estime al justo. —Y al injusto, como de alto a bajo, compadézcalo y perdónelo. Y para lo práctico de la vida, prescindida de él, como si no existiera. La voluntad crea y mata. Un hombre que se cultiva, y se levanta por sí propio, es el más alto de los reyes; y puede mirar como a inferior a todos estos vanos encopetados que no hayan vencido tanto como él. Ese es mi evangelio, que yo mismo me he hecho, y con él he ido subiendo, en las cosas del alma, a la serenidad en que Ud. me ve, y que nada turba, ni altera en lo más mínimo, aunque la impotencia en que me veo para hacer todo el bien que pudiera me tenga a veces padeciendo, como ahora, de un apetito desordenado de la muerte.

No tenga por muy buenas esas líneas sobre Espadero, en que no hallo de bueno, fuera de lo que le he dicho, sino el que me lo haya movido a escribir su carta generosa.

Hasta la noche en que, esté como esté, irá a la clase querida, su

MARTÍ

A LA MADRE

[1892]

Madre mía:

TODAVÍA NO me siento con fuerzas para escribir. No es nada, no es ninguna enfermedad; no es ningún peligro de muerte: —la muerte no me mata, caí unos días cuando la infamia fue muy grande; pero me levanté. La gente me quiere, y me ha ayudado a vivir. Mucho la necesito: mucho pienso en Ud.: nunca he pensado tanto en Ud.: nunca he deseado tanto tenerla aquí. No puede ser. Pobreza. Miedo al frío. Pena del encierro en que la habría de tener. Pena de tenerla y no poderla ver, con este trabajo que no acaba hasta las diez y media de la noche. Bueno: los tiempos son malos, pero su hijo es bueno. —Nada más ahora: Ud. lo sabe todo: esta palabra de hijo me quema. Lea ese libro de versos¹: empiece a leerlo por la página 51. Es pequeño —es mi vida. Pero no crea que se afloja, ni que corre riesgo ninguno, ni que está en salud peor de lo que estaba este hijo que nunca la ha querido tanto como ahora.

J. MARTÍ

1. *Versos Sencillos*.

A JOSÉ DOLORES POYO*

20 de abril de 1892

Sr. José Dolores Poyo

Mi muy querido Poyo:

TODAVÍA NO he podido salir de la cama, y desde ella le escribo. Pero el domingo sigo viaje, a ordenar con dos entrevistas la propaganda en La Habana, que dos o tres de nuestra propia casa nos quieren desordenar, y a ver, Poyo, pronto si contamos con alguien más que con nosotros mismos, o si no contamos. Aquí en mi agonía, tenté lo que debí, por pura conveniencia; pero en el interés iba nuestro honor, y la libertad misma que queremos conseguir: era demasiado caro. Abro otras vías para mi vuelta. Es imposible que este cuerpo mío no oiga mis ruegos. Que me deje andar. Que me deje pensar. Que me deje escribir. A veces la angustia es mucha y creo que acabo. Quisieron tasajearme, pero no era preciso: yo me dejaba para poder seguir andando. Ni el mejor médico sabe ahora lo que tengo: los intestinos rotos, y una postración que no me deja levantar la mano. Dicto a *Patria*, —despacho lo de Cuba, donde se ha querido nada menos que llevarnos de la mano a establecer nuestras relaciones por vías y agentes vendidos al Gobierno español, como cuando Calixto, —me pongo en pie como para la reunión, y a caer más hondo; pero me siento remendado, le envío mi respuesta pública a esas conmovedoras elecciones, a que contestaré acabando de limpiar mi vida, si no está bien limpia ya, de todo pensamiento o culpa que me impidan el servicio absoluto de mi patria, —y salgo el domingo. Ni quiero ni puedo escribirle mucho, ni de mi gratitud, por esa obra briosa, por esa entusiasta dirección, por esa terquedad magnífica, por ese impagable suplemento de *El Yara*. Gozo en quererlo, Poyo.

* Periodista cubano, estrecho colaborador de Martí en las tareas de los emigrados residentes en los Estados Unidos.

Yo mereceré siempre que Ud. me quiera. No puedo escribir mucho: antes de irme va todo, a las hijas, a la casa de Mantilla, al Consejo, a varias preguntas de clubs. Le ruego sólo, que anuncie mi larga enfermedad, y mi restablecimiento, y ser aquélla la causa de estar demorada alguna respuesta. Quisiera relámpagos a mi lado. Ud. pide ese perdón por mí. Y ¡qué sorpresa, y qué vergüenza por el pecador, cuando por el cable de Ud. a Gonzalo vi que se quedó sin enviar el cablegrama que dicté y mandé por una mano ladrona, que acaba de arreglarme las almohadas! En seguida reparé el mal. Ud. habrá recibido el de la reunión y ése.

Ahora, unas palabras. Iba a referirme a esto; pero mejor es que le mande la carta íntegra de mi hermana, alejada por toda razón de nuestras cosas públicas, y a quien ha llegado sin embargo todo lo que Ud. ve. Lo del hombre está bien; estamos con la cruz y la vamos cargando. Quieren que los sobornemos, y no hay con qué, ni se debe. No pudiendo pagar, debemos venir abajo. Esto es todo, y lo sé, e iré sorteando la dificultad, sin aturdirme con la provocación, aunque sea mucha. Seguiremos siempre con los brazos abiertos. Yo llevo abajo el corazón de Uds., y puedo resistir las puñaladas. Pero a lo que diariamente hay que ir saliendo al paso, y responder con un mentís bien organizado de cartas privadas a varios círculos sociales y de visitas de propagadores, que digan y vuelvan, es a esa desvergüenza menuda de la difamación sobre dineros, que no sale al público, y la otra de mi campaña personal, que hace alguno a quien le estorbo, aunque esta gente sólo vale por la cobardía e ignorancia de los que los escuchan, y no pasan de tres en cuanto a cabezas. La campaña en La Habana, no en el resto de la Isla, y un poco en Santiago de Cuba, con mal éxito, es tan terca y extendida como por esta carta, que no es más que muestra, verá Ud. Y yo creo que de allá, que es el ir y venir, debe componerse un buen cabezazo de contestación, por supuesto indirecto, y a lo vil de la idea, y de ningún modo, ni muy indirectamente, a hombre alguno, y esparcir mucho y todos los días exposición briosa y firmada de nuestra organización, nuestros pocos

gastos, nuestro modo de acaudalar sin disponer. —Lástima que no sea del caso decir, por lo que reza a la carta, que mi bombín me costó en el Bowery dos pesos, y ya tiene seis meses, y en cuanto a restaurants, viviría de hiel pura, si no me rodease tanto cariño y si no fuera para resucitar esa bravura y confianza de Uds. Yo creo que hay modo fácil y franco de asir esas picardías, tomar nota pública de ellas y dejar constancia pública y altiva de nuestra vida y de nuestras cuentas. Y sé que urge. Ya les clavo ahora en La Habana una contraagencia, que nos hace mucha falta.

Esta carta, Poyo, quiero que la lean Serafín y Fernando, y Teodoro si está ahí, porque hemos de saber lo verdadero, y quiero que sepan lo que sé y me ayuden a ir capeando el riesgo, y a desautorizar entre los habaneros esta malignidad.

Ya me creía bueno escribiéndole. Va ésta por mano privada. Quíerame. Hágamelo sentir: sígame con el buen deseo en la peregrinación que emprendo. No piense en mi enfermedad. A la bilis habría que temer; pero ya tengo mi retorta en el corazón, y allí endulzo lo amargo.

Su

JOSÉ MARTÍ

[Abril, 1892]¹

Amigo mío:

Mi enfermedad me llega a lo más vivo. Pena y patria me la causan, si es que para quien la ama como yo, patria quiere decir algo más que pena. Pero si mi enfermedad no me hubiera tenido como me tiene aún, sin poder mover la pluma —ni más fuerzas que las que me echan de la cama

1. En Cayo Hueso, en enero de este año, se discuten y aprueban las Bases y Estatutos del Partido Revolucionario Cubano, redactados por Martí, mientras prosiguen los contactos con los revolucionarios de la Isla. Finalmente, el 10 de abril fue proclamado y constituido el Partido Revolucionario Cubano.

para ir poniendo en forma el entusiasmo creciente de los cubanos y puertorriqueños, ansiosos de confirmar y poner por obra lo que en el Cayo comenzamos— si el exceso de mi agradecimiento a ese peñón inolvidable no me hiciera vacilar aún sobre la manera mejor de ponerlo por escrito, —me habría hecho callar, por si debajo de ella había alguna significación inesperada, la demora de noticias de allá sobre la ratificación y proclamación de nuestro partido, —demora que tengo por muy puesta en razón; aun cuando a los espíritus aviesos pudiera parecer contradictoria de la unanimidad y entusiasmo de nuestros días hermosos, si tiene por objeto la discusión, ya que no de las bases publicadas, que parecen estar fuera de discusión, —de los estatutos secretos a que creo se refieren los párrafos de *El Yara* del 10 y el 11. —Que ardo en deseos de vernos ya en acción unida, no tengo por qué encomiárselo, a Ud. que también arde en ellos. Que cometeríamos un verdadero crimen dando tiempo a que la guerra estalle en Cuba, no fuerte y organizada como la queremos, sino floja y localizada como el gobierno la desea, —lo que sabe Ud. tan bien como yo. —Pero la menor muestra de premura por mi parte sobre estas ratificaciones, y el mismo mantenimiento activo de las simpatías que allí pude dejar, hubieran podido parecer como el empeño de adelantar un pensamiento en que tuve prominencia, —y preferí, porque así vine al mundo, y porque mis políticas son así, dejar la idea honrada al cuidado de la honradez de los hombres. —Sé que no me he engañado. Y otro que no Ud., pudiera tener por inactividad, —aunque allá se sabe mi enfermedad continua, —lo que no es más que angustioso silencio, y respeto a mis paisanos, en espera de la organización definitiva que nos permitirá ponernos a la obra. —Ud. me estimará sin duda este acatamiento a la opinión de los demás, de que sólo espero bien para la patria.

De todos modos hubiera, al sentirme otra vez con fuerzas para escribirle, puesto a Ud. estas líneas, para incluirle la carta de Cuba, que no quería enviarle sin otra mía. Pero ahora le escribo con más razón, al ver que *El Porvenir* de hoy, —con cuyo director no mantengo relación personal alguna, —por derecho mío privado y causa total-

mente ajena a cosas públicas, hace a *El Yara*, con motivo del párrafo del 10, preguntas que pudieran poner en vacilación el entusiasmo creciente de estos cubanos, si ellos no hubiesen oído de mis labios, en sus clubs y en mi discurso de agradecimiento al Cayo y a Tampa, la relación —más amplia en los clubs que en el discurso— de aquellos sucesos nobilísimos en que tuvimos juntas las manos. *El Porvenir* hubiera podido responderse con el párrafo de Ud. del día 11. —Y para no dar a las cosas más importancia de la que tienen, ni se pueda suponer que esta actitud del periódico refleja actitud pública alguna, ni aun la más insignificante, debo decir a Ud. que el director de *El Porvenir* es el único cubano que directa o indirectamente haya opuesto hasta hoy la menor duda o reparo a nuestro plan, y el único que en el solo club que entonces existía —el de Los Independientes, se abstuvo de votar contra el voto unánime de los demás. Debo decir además a Ud. que la creencia pública en la adhesión, —jamás solicitada o fomentada por mí— a este amigo de Ud., causó la elección, naturalmente insostenible, de su director al club que lleva mi nombre. —Estoy por encima de todo agravio o rencor personal, y cumplo simplemente lo que tengo por un deber patrio, al hacer a Ud. en los días de creación en que estamos, esta explicación indispensable al anunciarle que con esta fecha respondo, con una brevísima relación de los hechos, atendiendo a mi deber de presidente de la mesa recomendadora, a la tergiversación voluntaria que aparece en *El Porvenir*, cuyo director oyó en el club Los Independientes la relación exacta de los detalles de nuestra obra —una obra que ha levantado aquí tan sincero entusiasmo, —que nos trae con los brazos abiertos a los puertorriqueños, —que ya salvó la frontera e interesa a más de un pueblo que nos puede auxiliar —y que dejó confiada a la nobleza que allí vi, —y a la de Ud.

Muerto es poco para decirle como estoy. Pero para mi tierra, —vivo. Y para mantener la honradez y la verdad —vivo.

Su

JOSÉ MARTÍ

A GONZALO DE QUESADA*

Gonaives, 8 de septiembre [1892]

Gonzalo querido:

LE ESCRIBIRÍA como de cuento, con su chispa de chiste, si no me tuviera el alma partida la miseria que veo; y el pensamiento de nuestra tierra, que está al otro lado de la mar verde, y no la puedo tocar. Ni día ni noche me deja el pensamiento. Mañana tomo el vapor para el Cabo Haitiano: de allí a caballo a Montecristi, a Santiago de los Caballeros, a Santo Domingo, a los mares vecinos de que he aprendido mucho en el viaje, a New York, por Jamaica, para el 4 de octubre. Llegaré hecho una sombra; pero Angelina me curará de una mirada, y Ud. de un abrazo, ¡Qué mares tan bellos! y la empresa ¡qué peligrosa, y qué posible!

Ni vi jamás, en mi mucho ver, tierra más triste ni devastada que este rincón haitiano, que del vapor al entrar parece muerto, y no vive, en sus calles fangosas, más que de la limosna y de los apetitos. No hay por aquí un alma quemante, que vaya de pecho en pecho llamando a la luz, y saque a estos libertos míseros del miedo y de la hipocresía. La finura, es toda oficial, y vive del país llano. Sólo una raíz parece tener aquí la vida humana, y es el sentimiento fiero de la independencia de la tierra. La masa descalza, de cargadores y de cortayerbas, trabaja a peso al mes, y vive del aire, puro y transparente, de la peor harina, y de uno que otro beso en los portales. La gente mayor, con su balcón de persianas y su sombrilla, tiene decidido caer sobre Santo Domingo, si Santo Domingo se sigue abriendo al Norte.

* Perteneció al círculo más íntimo de Martí en el exilio destacándose como orador y director del periódico *La juventud*. Martí le confió sus papeles y bibliotecas. Posteriormente, ya en Cuba, estuvo al lado de los intervencionistas norteamericanos. Los historiadores hacen grandes reparos tanto a su conducta política como a su actitud con el legado del Apóstol.

Ya los veo ocupadísimos, por la culpa de mi ausencia. Ya me desvaneceré pronto, y no les daré tanto quehacer. Llevo un pulmón encendido y como desnudo, con la verdad de la mar. El mar es aquí una joya, en su montura de cerros, matizados acá y allá de palmas.

Salgo a ver la iglesia nueva protestante, la tumba de un Toussaint, la Escuela de los Hermanos, la sala del jurado, donde de veras parece que fue procesada una madre caníbal, y la casa de un rico. Libro sobre Gonaives, no he podido hallar ninguno. Y vivo en el club, con un racimo de haitianas a mi alrededor, pobladas de hijos, cuatro perros leprosos a mis pies, y un mono a la puerta.

A todos, cariños. Cámbienme la caja de cartas. Ya estará medio hecho el 16 de septiembre. Ni una frase, aunque le hierva la sangre generosa, que dé derecho de herida a los egoístas o tibios, o cierre a los pecadores el camino de arrepentimiento. Entreténgame con comunicaciones entusiastas a los clubs. El de Rifleros, y ese gran Noroña, habrá entendido mi prisa, y excusado la falta de comunicaciones. A Benjamín, que ésta es suya, y que beso la mano de Ubaldina. Y a las señoras de sus dos casas, que no las olvido, y las recuerdo una a una, bajo este cielo azul, donde son pocas las flores.

Muy lleno de nuestra tierra le dice adiós, con lo mejor del alma,

Su

J. MARTÍ

Y al doctor, y padre, y demás hombres, el compromiso de que no seré aun a mi vuelta indigno de su estima. Un saludo agradecido a Leza.

A RAFAEL SERRA

[1893]

Estimado Serra:

YA sé lo que me quiere, y lo ofendido que está conmigo, en lo que me muestra que no me quiere como debe, porque ni la presencia ni la voz son necesarias para tener delante, y entender, la agonía del que nos ha dado todo su corazón. ¿Qué sabe Ud. de las angustias, y de las tormentas de este amigo suyo, que no es más que criatura humana, y del peso que lleva sobre los hombros? Cae un roble y seca el mar; ¿y no quiere Ud. que en la desigualdad de mis intentos con mis medios, y en soledades como la tiniebla, que no son para dichas, demore de un día a otro, hasta echarme en sus brazos, el ver —con un poco más de sonrisa— a aquellos que tienen, créalo Ud. o no lo crea, los asientos mejores en mi corazón? Serra: ¿que necesito yo ante Ud., pasaportes, ni pruebas, ni excusas? ¿O Ud. no sabe ver ya, o yo no soy el que creía? Y soy. Déjeme y verá. Véame ir, sangrando y adelantando. Todo lo que yo consiga, ¿no es para Ud., —y para Uds.? —Hasta mañana, lo espero en casa. Tiene Ud. triste, y como enojado a su amigo

JOSÉ MARTÍ

[1893]

Serra querido:

No lo olvido un instante. No le respondí, porque quiero ser la respuesta: ¿Ud. sabe lo que pesa un pueblo?, ¿la fuerza física y la ocupación mental que requieren tender toda esta red? Anoche creí estar libre, y tuve junta de recién llegados. Bien, Cuba. A Juan le fui a ver el hijito. Para Manuel González, no me alcanzó el tiempo. Pensé ir hoy, y a verlo a Ud.; pero el cansancio, por no decir enferme-

dad, me rinde. Mañana, hasta medianoche, en el periódico. El sábado voy al campo, de medicina, y el domingo vengo de club, adonde quiero verlo, adonde he de verlo. Es, dicen, la primera conferencia. De allí iremos a besar la mano a las recién llegadas. Sustenten con su cariño a su

JOSÉ MARTÍ

A JOSÉ DOLORES POYO

Key West, diciembre 20 de 1893¹

Sr. José D. Poyo

Mi muy noble amigo:

NO PUEDO echar del corazón, como quería, toda la ternura, y el justo orgullo, y el agradecimiento que, en nombre de nuestra patria, debemos todos a la Emigración Cubana de Key West. La raíz que está en nosotros, ya se verá luego en el fruto: la raíz crece debajo de la tierra: sin raíz no hay fruto luego. Lo que hemos hecho, el espíritu de lo que hemos hecho, la religión de amor en que el alma cubana está fundiendo sus elementos de odio, eso amparará mañana a los mismos, soberbios o ciegos, hombres de miedo y de alquiler, hombres arrimadizos y segundones, hombres destructivos y nulos, hombres ornamentales o insolentes, que ven hoy surgir nuevo a su pueblo, y a la tarea de fomentarlo, prefieren, como el cachetero en la plaza de toros, iclavarle la última cuchilla!

He visto vivir pueblos, y he ayudado a hacerlos, y a impedir que los deshagan. He visto acudir los pueblos todos de la tierra, desalados por las calles, a saludar en un día de tormenta, el símbolo de la Libertad alzado, del mar al cielo, a las puertas de América, a las puertas del continente de la esperanza humana. Nunca vi grandeza más pura que la que he visto en mi pueblo estos días, en que el entusiasmo arranca del pensamiento, en que el sacrificio arranca de la caridad, en que la aspiración al derecho va unida al perdón de las ofensas. Bajo la cabeza, y bendigo. Otros duden de mi patria, y la ofendan, y la acobarden, y la amarran al yugo: ¡que hay muchos modos de amarrarla!: yo,

1. Este año emprende Martí una gira política por Centroamérica, visita Haití y Santo Domingo y sostiene entrevistas con los generales Maceo y Gómez.

que la siento vibrar, que la veo perdonar, que la veo fundar, digo, humillada la cabeza: "¡Bendita sea mi patria!".

He querido decir adiós, y no he podido. Ni por trabajo, ni por prudencia, ni por piedad puedo. Es mucho lo que estoy sintiendo. Cabe en una república: no cabe en palabras. El hablar será después, el esparcir el corazón, el esconderse en un rincón de la vida, a consolar a los que sufren del odio o de la arrogancia humana: ahora, es hacer la república. De la maldad que nos pueda salir al paso, no es necesario hablar. A la maldad se la castiga con dejar que se enseñe. La maldad es suicida. No es hora de censurar, sino de amar. Mañana se contará, cabeza por cabeza, todo lo de estos días, se ha de publicar, hombre por hombre, todo lo de estos días. El pueblo, cuando pase el bueno, dirá "¡ése!". El pueblo, cuando pase el malo dirá "¡ése!". No habrá de seguro entre nosotros un solo hombre capaz de prosperar con la fama de fidelidad a su pueblo, y serle infiel, a la hora de la necesidad; de ayudar con su vocerío y entusiasmo al convite a la muerte y al honor que hemos hecho a nuestra patria, y echarse luego atrás a la hora de hacer bueno el convite. Somos honrados, y lo sabemos. Somos grandes, en la sencillez de nuestro tesón. Lo más puro que un pueblo pueda hacer, y lo más fuerte, eso lo hacemos. Afuera de aquí, unos lo entenderán, y otros no. El hombre de alma baja, no puede comprender la virtud. La virtud no puede comprender la villanía, y se deja engañar por ella. Los hombres sólo entienden aquello de que son capaces. —Está ahora en mí tal orgullo por mi pueblo, que no se lo puedo decir, porque no le parezca lisonja. Por su honor vivo: moriría de su deshonor. ¿Qué importa que, como al albañil, nos caigan encima de la ropa de trabajo unas cuantas manchas de cal o de lodo? Nosotros, como el albañil, al quitarnos la ropa de trabajar, podremos decir: "¡Hemos construido!".

Lo quiere a Ud. mucho, por todas sus virtudes, su criado y el de su pueblo

JOSÉ MARTÍ

A JOSÉ M. VARGAS VILA*

Marzo 14, 1894

Señor José M. Vargas Vila

Mi amigo generosísimo:

MIDA, por lo callado, lo profundo de mi agradecimiento. ¿Por qué aguardé hasta hoy para escribírselo? Porque siempre, desde niño, fui encogido y brusco para decir las cosas de mi corazón. Porque de años atrás sólo estoy en pie por la esperanza de ser útil, y tengo como invencible horror —aunque nunca obré mal ni pensé mal— de cuanto me pone ante mí propio. Es tal vez como un eco de los primeros espantos que me causó el mundo. Me ha mimado, como me mima ahora usted; pero ¿qué me importa, si con un dolor sólo puede exceder todas sus caricias, y basta para afearlo irremediablemente el conocimiento de la injusticia y pena que hay en él? Me quedó como una hosquedad de mis primeros choques con el interés y soberbia de la existencia. La convicción de mi utilidad relativa me tiene vivo; pero me amarga y exaspera la imposibilidad de ser verdaderamente útil, contra tantos obstáculos como opone a la verdad la vida. —Un pobre gamo acorralado; —eso soy yo: y huyo, de los que se acercan, como usted a mi corral con la mano llena de azúcar.

Yo le amo a usted la palabra rebelde y americana, como hoja de acero con puño hecho a cincel, con que cruza las espaldas sumisas o los labios mentirosos: yo le amo la hermandad con que se liga usted, en este siglo de construcción y de pelea, con los que compadecen y sirven al hombre, contra los que lo encapotan y oprimen: yo le amo la perspicacia y ternura con que miró usted, en la fuente

* El célebre escritor colombiano (1860-1933) conoció a Martí en Nueva York y se ocupó de destacar la importancia hispanoamericana del cubano.

de toda mi energía que es la piedad infatigable de mi corazón.

Al pintar los méritos que usted cree ver en mí, sólo pintó los suyos: no traduce bien sino quien es capaz de crear lo que traduce: no se suponen en los demás sino las virtudes que se llevan en sí. Déjeme que lo abraze, con la alta tristeza de los que se despiden antes de entrar en el combate y el placer profundo de hallar un alma soberana, piadosa, sincera, erguida, amiga. Mi honor más grande es haberle parecido útil y bueno.

De su artículo sobre mí no le puedo decir, sin embargo, mucho: no lo he podido leer sino una vez, y como por sobre ascuas. La que sí he leído más es esa justicia de usted a nuestro maestro Rojas Garrido, que con una mano echaba atrás la trailla venenosa de los tiempos viejos, y los acogotaba y les burlaba los dientes, y con la otra, en la lava de nuestra época y país, moldeó la República. Lo que de usted habrá de quedar, entre las cosas mayores que han salido ya del horno de su mente, es su juicio indignado y definitivo, sobre ese hombre de pompa y reflejo en quien se ve la nulidad de la inteligencia, siquiera sea tan expresiva y coloreada como la suya, cuando sirve de peldaño y disfraz a un alma vana y arrogante. No es la inteligencia, recibida y casual lo que da al hombre honor: sino el modo con que la usa y la salva. No hay más que un modo de perdurar: y es servir. Es rebelde el hombre por naturaleza y echará siempre abajo a cuantos crean que se le puedan poner por delante o por encima.

El gusto es ir en la columna de marcha, como usted y como yo, confundido con la pena, bregando y perdonando, llorando, rugiendo, levantando al caído, cayendo. Todo es gozo cuando se pelea por la luz del mundo.

Y ahora ¿me perdona mi silencio? Y me espera a almorzar con Zumeta y Alfonso. Voy detrás de la carta. Su

JOSÉ MARTÍ

A FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

New York, abril 18, 1894

Sr. Fermín Valdés Domínguez

Fermín queridísimo:

ME HE BEBIDO tus cartas. Las había recibido antes de que me las escribieses. Te dejaba gozar, en esos raudales de cariño. Yo estoy como la almohada, para la hora del silencio. ¡Que no sabía yo todo lo que te aguardaba allí! Del sol y de la tierra nace la flor; y del Cayo y de tí, ya sabía yo lo que había de nacer. Ya ves tú, y ya adivinabas tú, que ese puño trabajador es como el cuajo de la patria. ¿Qué te tengo yo que decir? La soledad en que me dejaste, tú la sabes: y sólo tu justa alegría la alivia —y la tarea de estas dos semanas últimas me la ha consolado. No me regañes: por telegrama te lo digo, y muy disciplinado tengo este cuerpo mío, pero ahora que te escribo no hay nervio en mí que no sea cuerda de dolor: no puedo mover los brazos, de tanto como hay que atar, y mover y sujetar. Ya tú entiendes lo que significa mi entrevista con Gómez: no es sólo, Fermín del alma, dejarlo ajustado todo, hasta los mínimos detalles, sino desvanecer los últimos obstáculos que la revolución de ayer pudiera poner a la de hoy: y abrir los surcos anchos y seguros para la de hoy: ¡y qué trabajo cuesta ser sagaz y sincero —y ser enérgico y dulce, —y ser todo esto en mi soledad y mi tristeza! Y a eso, el trabajo físico de tanta ida y venida —y todo lo de Loynaz, felicísimo en resultados, mas con espinas que tengo que ir moviendo —y estas generosas y locuaces afecciones. Pero de todo me compensa la nobleza que en Gómez he visto: —el hijo que me deja, a que me acompañe en mi viaje próximo— y la esperanza —y cállate— de que volveré a verte pronto. Si ahora, o si luego de otro viaje, pende. Pero fuera de lo muy íntimo, de ningún modo se ha de decir, para no errar el golpe, —para que el gobierno, hoy fuera de sí,

no se prepare, —para que lo que ese hermoso pueblo tenga que hacer, sea obra suya, y de su mérito, sin espuela ni solicitud mía; porque así me complace más: ¡y cuánto más bello y moral para Cuba, y favorable al crédito de nuestra democracia naciente, y a su autoridad en la República futura, sería el ir al Cayo, no a tender las manos, sino a dar las gracias! Pero acaso, por el prurito dramático, haya de ser la chispa mi presencia. Dudo sobre los métodos. ¿Seré preciso, —o podrá hacerse sin mí —en grande— lo que es indispensable inmediatamente? Que crezca la marea. Que madure la generosidad, exaltada con justicia, —y ¡ah! qué gloria, cuando me ultrajen mañana a mi pueblo, decir de él: —Pues el dinero con que compró la libertad, ¡yo nunca tuve que pedirlo! Estoy pensando. Ya saldré por donde más convenga y deba. Porque, Fermín, ya tenemos la gloria en las manos. Veo premiada mi ansiedad, y mis sufrimientos.

Y a ti, ¿no te premia de los tuyos el verte tan querido, y no te unge y levanta la obligación que pone en ti la confianza pública? Ya te veo señor de corazones, canónigo de corazones, sin más pena que la de ver aún niña, y como animal, a la humanidad. Ya iremos subiendo. No hay pena que a un hombre bueno le llegue al tobillo. La pena inmerecida es dulce. Aprieta un poco la garganta, pero da luz por dentro. Llévame un diario de tu vida, y más largo mientras menos te lo responda. En mí, el silencio es pena. La alegría me pone conversador. Si callo, escríbeme fuerte. Yo te veo a todas horas, con estos ojos vigilantes.

¡Cómo quiero a ese Cayo generoso, y más ahora por ti! Ahora sí que —por lo que contigo han hecho— les mandaría a uno por uno —acaso de despedida— mi retrato. Por mí, no lo mandé jamás. Y ya te oigo, desbordada el alma presa, y con la libertad de un auditorio puro y amigo. Tú curarás almas y cuerpos. De mí, no me preguntes. Creo que he visto por junto un día a Carmita¹ desde que te fuiste. Y tengo en este instante la Isla entera, y toda la emigración, delante de mí. Adiós, pues. Tú no necesitas más que

1. Carmen Miyares de Mantilla.

nobleza que hacer para vivir feliz —y ahí la hallarás a porrillo, entre tanto agrio, menesteroso y desconsolado. Esto irrita a otros y a ti te alimenta. ¿Te puedo decir adiós mejor? A Máximo Díaz un buen saludo. Y a todos, que aún no puedo escribir. La semana entrante me resarciré: me meto en el monte: y en seguida —¡a la última peregrinación! Y ¡cuánto problema resuelto! Y uno de los mayores para mí, que era verte querido como mereces, y en el reposo de tu trabajo. —Y por la patria, ¡gracias!

Gómez te escribe. A Manuelito, una línea, y quiéremelo.

Tu

J. MARTÍ

[Nueva York, mayo, 1894]

Sr. Fermín Valdés Domínguez

Fermín queridísimo:

De la maluquera, y el quehacer de que voy halando como un mulo, me he dado un salto a Nueva York, a mis cosas. Estoy al salir, para la gran fagina: y empiezo por casa. ¿Aunque por qué llamo a esta tierra dura “casa”? Ya tú conoces esta vida. Nuestra gente cada día padece más aquí. El país los echa: por fortuna vivimos unos cuantos, que moriremos por abrirles tierra. Y viven almas como esa brava tuya, que está ahora de renuevo, y tan metida en virtud, que cuando vaya allá te he de encontrar todavía mejor mozo. Leña al horno, Fermín, que va a necesitarse pronto el fuego. Recibí todas tus cartas, y a todas te contestaré con más detalles que si te los escribiera. Muy juiciosas las observaciones sobre las necesidades perentorias: a eso estamos. Creo que ya vamos hasta por la cintura en la maravilla. Sudo muerte; pero vamos llegando. Y tengo una fe absoluta en mi pueblo, y mejor mientras más pobre: a ver si me falla. Esa sí que sería puñalada mortal. Ya yo te veo hecho un jardín, como se me pone a mí el alma

cuando ando por esas tierras, de la bondad que pisa y bebe uno, y que tú celebras con elocuencia verdadera en tu hermosa carta a "Cuba". ¿Qué delicadeza mayor quieres, ni qué más viril poesía, que la que mueve la creación de ese club nuevo, que no valdrá porque lleve nuestros nombres, sino por las virtudes que en nosotros creen ver sus fundadores, que con serlo, se revelan capaces de ellas? Por ahí es por donde nuestra tierra está pecando: por lo feos y escasos que andan, por ahí, el amor y la amistad. —Ahí tienes una nimiedad que ni a ti ni a mí nos puede dejar los ojos secos. —Es preciso merecer ese cariño.

Una cosa te tengo que celebrar mucho, y es el cariño con que tratas, y tu respeto de hombre, a los cubanos que por ahí buscan sinceramente, con este nombre o aquél, un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo. Por lo noble se ha de juzgar una aspiración: y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana. Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras: —el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas, —y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados. Unos van, de pedigüños de la reina, —como fue Marat, —cuando el libro que le dedicó con pasta verde —a lisonja sangrienta, con su huevo de justicia, de Marat. Otros pasan de energúmenos a chambelanes, como aquellos de que cuenta Chateaubriand en sus *Memorias*. Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: explicar será nuestro trabajo, y liso y hondo, como tú lo sabrás hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados y excesivos de pedirla. Y siempre con la justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de su defensa. Muy bueno, pues, lo del 1º de Mayo. Ya aguardo tu relato, ansioso.

Yo que te charlo, estoy lleno de gente, y sin un minuto. ¿Conque ya suena la alcancía, y me vas a recibir con

el aire de prisa de un médico atareado? No me hables de Palma. Tú curarás, porque te quieren, y porque sabes. Aquí te necesitaría, porque me cuesta mucho escribir, y estar levantado. Allá voy a llegar muy mohíno, y acaso inservible. —Mejor, me verán arrastrándome, por servirle a mi tierra, —por servirlos. No hay sermón como la propia vida. ¿Y quieres creer que, mozo como soy, no pienso en tanta gente noble sino con cariño de padre a hijo? —De prisa te diré cómo gozo con que por corazones tan buenos se vaya extendiendo tu cura, que es a la vez de cuerpo y de alma. Ya sé —¿quién lo supo nunca mejor?— lo que han de pensar de ti.

Y vuelo. Yo me voy a halar del mundo con el hijo de Gómez. —A todos, que no escribo. Hago bien. ¡Ya me perdonarán...! tu

JOSÉ MARTÍ

A LA MADRE

Mayo 15 de 1894

Madre querida:

UD. NO ESTÁ aún buena de sus ojos, y yo no me curo de este silencio mío, que es el pudor de mis afectos grandes y mi modo de queja contra la fortuna que me los roba y como venganza de esta fatal necesidad de hablar y escribir tanto en las cosas públicas, contra esta pasión mía del recogimiento, cada vez más terca y ansiosa.

Pero mientras haya obra que hacer, un hombre entero no tiene derecho a reposar. Preste cada hombre, sin que nadie lo regañe, el servicio que lleve en sí. ¿Y de quién aprendí yo mi entereza y mi rebeldía, o de quién pude heredarlas, sino de mi padre y de mi madre?

Ahora voy al Cayo, por unos cuantos días y de allí sigo mi labor, más pura, madre mía, que un niño recién nacido, limpia como una estrella, sin una mancha de ambición, de intriga o de odio. Y vea —¿cuántas veces no se lo he dicho?— por qué no puedo escribirle.

A otros puedo hablar de otras cosas. Con Ud. se me escapa el alma, aunque Ud. no pruebe con el cariño que yo quisiera, sus oficios; y a esa tierra infeliz donde Ud. vive no le puedo escribir sin imprudencia, o sin mentira. Mi pluma corre de mi verdad: o digo lo que está en mí, o no lo digo. Luego, este hablar de sí mismo tan feo y tan enojoso. Déjeme emplear sereno, en bien de los demás, toda la piedad y orden que hay en mí. Y crea, porque es lo cierto, que en nada pudiera su hijo estar empleado. Ni nada, aun en lo egoísta, hubiera podido adormecer mejor mi bárbara, mi inacabable pena. Muerde, muerde, no me la puedo arrancar del costado.

De ustedes sé sin cesar, más de lo que quiero yo que sepan de mí porque no les llegarían más que angustias. Esa Carmen no escarmienta: o es que es muy buena y por eso

padece tanto. ¿Llegaré a tiempo para alegrarles un poco la casa?

Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él, para iluminar alrededor. Siento que jamás acabarán mis luchas. El hombre íntimo está muerto y fuera de toda resurrección, que sería el hogar franco y para mí imposible, adonde está la única dicha humana, o la raíz de todas las dichas. Pero el hombre vigilante y compasivo está aún vivo en mí, como un esqueleto que se hubiese salido de su sepultura; y sé que no le esperan más que combates y dolores en la contienda de los hombres, a que es preciso entrar para consolarlos y mejorarlos. Sólo los infelices que llegan pocas veces al poder y suelen llegar con demasiada ira, tendrán paces conmigo. La muerte o el aislamiento serán mi premio único: —y si vivo, la autoidad de mi conciencia, en los rincones de la gente buena y el trabajo, de que podré sacar siempre un migajón para mi hermana Carmen.

Allá dejo a Carmita¹ en Central Valley, que es un cesto de colinas, donde, en verano al menos, se puede vivir en pobreza alegre. Pasé allá unos días, con el hijo de Gómez, que me va sirviendo de hijo; y no volveré por allá en algún tiempo. Solas llegaron la madre y las hijas, en una fierra nevada; pero ya les ha salido flor a los manzanos y a los cerezos; y tienen su cría de pollos y su acre de hortalizas. No he conocido humildad y honradez como la de Carmita. Ahora le veré a Manuel; que volvió de sus paseos por el aire y aprende a tabaquero; para que se ejercite en la hermandad del hombre y en el decoro del trabajo. ¿Y ese gentil Oscar, que quisiera yo tener junto a mí, y ese Mario fundador, que ha de ayudarme a hacer un lindo pueblo de campo, y ese Alfredo paciente, leal y administrativo? Si empiezo a recordar, se me acongoja el alma, y llega turbia y ensangrentada al trabajo que tiene que hacer esta misma noche. Callo.

1. Se refiere a Carmen Miyares de Mantilla.

Sí, quisiera que me escribiesen todos, por el vapor de vuelta a Tampa, donde estaré, bajo sobre, a Ramón Rivera y Rivera, Ibor Factory, Tampa.

Y que me escribiesen sin pena, como si me estuviesen viendo todos los días. Yo las estoy viendo siempre, a mi Chata romántica, a mi Carmen digna, a mi dolorosa Amelia, a mi sagaz Antonia: yo no ceso de verlas un instante. Un rayo dejó una vez mudo a un hombre; ¿y no quieren que haya enmudecido yo?

A usted, madre mía, ni una palabra. La quiero y la sufro demasiado para eso. Toda la verdad y la tristeza de su hijo

JOSÉ

A JOSÉ GARCÍA

Mayo 15 de 1894

Mi buen hermano:

VOY DE VIAJE con un amigo de Ud. Y —yo que tengo tantas razones para no enojarlos con mis cartas, y que no sé escribir a mi familia sin verdad ni tengo verdad grata que darles, de lo íntimo mío, y no les he de hablar de otras verdades, no puedo resistir el deseo de enviarles con él, de mi corazón angustiado y fiel, el más tierno saludo. Son como lirios, para mi alma, mis hermanas, que tienen las raíces donde las tiene mi vida; ya lo verán el día en que me vean. Y son como mi sangre los que se han ligado a ellas, y han hecho nido en sus entrañas. Esas son cosas que nunca se olvidan, a menos que nos las arrebatase una llama del infierno —Ud. no: yo le conozco la exquisita delicadeza a Amelia. Apriétense cada día más en su rincón: trátense y mírense como novios, sin lo que no hay vida feliz, ni matrimonio verdadero: y en su dicha —piensen en quien sólo la tiene en la de Uds. y en la esperanza de ser útil.

Un abrazo de su

MARTÍ

A MARÍA MANTILLA*

Waycross, Ga., 28 de mayo 1894

María mía:

¿CONQUE FERMÍN es *queridísimo*, y yo no soy más que *querido*? Así dicen tus cartas. Yo me vengo de ti, queriéndote con todo mi corazón. Aunque tú y yo somos así, que callamos cuando más queremos. La verdad es que no estoy bravo contigo.

¡Me acordé tanto de ti en mi enfermedad! Una noche tenía como encendida la cabeza, y hubiera deseado que me pusieses la mano en la frente. Tú estabas lejos.

¿Te acuerdas de mí? Ya lo sabré a mi vuelta, por el ejercicio en francés de cada día, que hayas escrito con su fecha al pie, —por la música nueva, por lo que me digan del respeto con que te has hecho tratar, —y por el calor de tu primer abrazo.

A Carmita, que me quiera, que se ría dos horas al día, y no más, y que pinte.

Tu

MARTÍ

Ernesto:

Quiere, sirve, habla con finura y trabaja.

Tu

MARTÍ

* Hija de Martí, nacida en 1880 en Nueva York de la unión con Carmen Miyares de Mantilla. Las cartas a la adolescente fueron escritas en los últimos años de vida de Martí.

María mía:

Ya no te vuelvo a escribir hasta que te vea, o poco antes, y quiero decirte adiós, para que no me olvides en las alegrías de Central Valley. ¿Ves el cerezo grande, el que da sombra a la casa de las gallinas? Pues ése soy yo, con tantos ojos como tiene hojas él, y con tantos brazos, para abrazarte, como él tiene ramas. Y todo lo que hagas, y lo que pienses, lo veré yo, como lo ve el cerezo. —Tú sabes que yo soy brujo, y que adivino los pensamientos desde lejos, y soy como los vestidos de esas bailarinas clavadas a un cartón que anuncian el agua, que cuando hay tiempo bueno tienen el vestido azul, y si el tiempo es malo, el vestido es de color de un golpe, de morado oscuro, y si hay tormenta, negro. Si piensas algo que no me puedas decir, de lejos lo sentiré, por dondequiera que yo ande, y me pondré oscuro, como el vestido que anuncia el mal tiempo.

Por el viaje no hemos visto mucho nuevo. He visto gente mala y buena, y con la buena he podido más que la mala. He estado enfermo, y me atendieron muy bien la cubana Paulina, que es negra de color, y muy señora en su alma, mi médico Barbarrosa, hombre de Cuba y de París, y hermano bueno del que tú conoces, —y Pancho, que no se separa de mi cabecera, y hace muy buenos discursos: pero todavía anda jorobado, y se pone el sombrero sobre la oreja. Y en tantas leguas de arena y de pinares, la verdad es que sólo tres cosas nos han llamado la atención: un negro viejo de África, en la estación de Thomasville, del Estado de Georgia, donde no se puede beber vino ni cerveza: el negro lo era mucho, de bigote y barba de horca, como creo que está el Moisés pintado en el *Diccionario* de Larousse (Moyse), la levita y el pantalón negros como él, el sombrero de palma, con las alas muy anchas, dobladas a los lados por el borde, la mano en el bastón, con una cuerda pasada a la muñeca, y la mirada como fuego, encendida, y larga: —y lo otro fue el almuerzo muerto de un mal hotel, con huevos que olían a pollo, y un *beefsteak* engurruñado y hediondo, y *hominy*, —y tres niñas en su

traje azul, con gorros de campo, que venían de la casa de la escuela, allá en lo hondo del monte, por entre los pinos. Aquí los niños besan, y la gente sonrío. —No te me pongas áspera.

Quería, antes de entrar en viaje, recibir carta tuya, y temo que no llegue. A ver si piensas en mí, que te cuido y te quiero tanto, cuando todos estén alegres, y yo no esté donde tú estás, —cuando está el cielo tranquilo, y muy lleno de estrellas.

Tu

MARTÍ

Dale un beso a Patria¹.

[México, julio de 1894]

Mi María:

¿A que no sabes qué te llevo? “Cuatro danzas” lindas, de un señor de acá de México, a las cuatro hijas de mi amigo Mercado, —y una “Meloepa”, a que Carmita la recite al piano, —y dos piezas muy finas sobre *Ruy Blas* y *Carmen*. —El domingo me preparó la casa de Mercado una gran fiesta de música, para mí solo. Las tres hijas cantan, y una con voz muy pura y llena, —y tocan tu rapsodia y tu minueto: por la noche fue lo hermoso, con la orquesta de once, de mandolinas, bandurrias y guitarras. Pero lo admirable aquí es el pudor de las mujeres, no como allá, que permiten a los hombres un trato demasiado cercano y feo. Ésta es otra vida, María querida. Y hablan con sus amigos, con toda la libertad necesaria; pero a distancia, como debe estar el gusano de la flor. Es muy hermoso aquí el decoro de las mujeres. Cada una, por su decoro, parece una princesa. ¡Y el cariño de la casa!

Acá ahora tengo muchas hijas. Son mujeres ya las tres hijas de Manuel Mercado, y para mí son como si fueran

1. Ahijada de Martí, hija de Manuel Barranco.

niñas. La casa parece una jaula de pájaros deshecha cuando llego. Me han puesto la mesa llena de rosas y nardos: me ha hecho cada una con sus manos un plato finísimo, de comida o de dulce: cada una me ha preparado una sorpresa. A mí, a veces, se me llena de lágrimas el corazón. —Y me pongo a pensar, y me pregunto si tú me querrás así, y Carmita, y Ernesto. —Yo todo lo que veo, quisiera llevárselo: y no puedo nada: un muñequito sí les llevo, y un amigo que las ve por todas las partes. ¿Qué plato fino me preparas tú, hecho con tus manos?

Aquí todas las niñas saben hacer platos finos. Y yo, temblar de miedo de que tú no me quieras como aquí me quieren.

Tu

MARTÍ

A RAFAEL SERRA

Enero 30 [1895]

Serra queridísimo:

POR DONDEQUIERA que yo ande, hablo de Ud., hablo con Ud., espero en Ud., corazón contra toda maldad, flor de toda ternura, y hermano mío. Esté yo aquí o allá, haga como si lo estuviese yo siempre viendo. No se canse de defender, ni de amar. No se canse de amar.

Un beso a Consuelo.

MARTÍ

A MARÍA MANTILLA

Febrero 2, 1895

Mi niña querida:

TU CARITA de angustia está todavía delante de mí, y el dolor de tu último beso. Los dos seremos buenos, yo para merecer que me vuelvas a abrazar, y tú para que yo te vea siempre tan linda como te vi entonces. No tengas nunca miedo a sufrir. Sufrir bien, por algo que lo merezca, de juventud y hermosura. Mira a una mujer generosa: hasta vieja es bonita, y niña siempre, —que es lo que dicen los chinos, que sólo es grande el hombre que nunca pierde su corazón de niño: y mira a una mujer egoísta, que aun de joven, es vieja y seca. Ni a las arrugas de la vejez ha de tenerse miedo. “Esas arrugas que tú tienes, madre mía” —dice algo que leí hace mucho tiempo— “no son las arrugas feas de la cólera, sino las nobles de la tristeza”. —Quiere y sirve, mi María. —Así te querrán, y te querré. —¿Y cómo no te querré yo, que te llevo siempre a mi lado, —que te busco cuando me siento a la mesa; que cuanto leo y veo te lo quiero decir, que no me levanto sin apoyarme en tu mano, ni me acuesto sin buscar y acariciar tu cabeza? ¿Y tú me olvidarás, o te distraerás de mí, y querrás más a quien te quiera menos que yo?

¿Qué has hecho desde que te dejé? Entre niños y enfermos y las primeras visitas habrás tenido poco tiempo en los primeros días; pero ya estarás tranquila, cuidando mucho a tu madre tan buena, y tratando de valer tanto como quien más valga, que es cosa que en la mayor pobreza se puede obtener, con la receta que yo tengo para todo, que es saber más que los demás, vivir humildemente, y tener la compasión y la paciencia que los demás no tienen. —A mi vuelta sabré si me has querido, por la música útil y fina que hayas aprendido para entonces: música que exprese y sienta, no hueca y aparatosa: música en que se vea un pueblo, o todo un hombre, y hombre nuevo y

superior. Para la gente común, su poco de música común, porque es un pecado en este mundo tener la cabeza un poco más alta que la de los demás, y hay que hablar la lengua de todos, aunque sea ruin, para que no hagan pagar demasiado cara la superioridad. —Pero para uno, en su interior, en la libertad de su casa, lo puro y lo alto.

Los libros, se habrán quedado en Central Valley, y yo lo he de sentir, sobre todo si se quedó allá el Larousse, que ahora te serviría en un trabajo de cariño que quiero que hagas, para ver si te acuerdas de mí, —y es que vayas haciendo como una historia de mi viaje, a modo de diccionario, con la explicación de los nombres curiosos de este viaje mío. —*Atlas*, por ejemplo, es el nombre de la compañía de estos vapores: busca *Atlas*, y escribe lo que encuentres. —*Athos*, es el nombre del vapor: busca *Athos*. —*Cap Haitien* es el lugar adonde vamos ahora: búscalo, en el Larousse y en las geografías. Y así harás un libro curioso, e irás pensando en mí. —El Larousse está en casa de Gonzalo, y Blanche tiene un buen libro de Mitología donde puedes leer de Atlas y Athos: “Goldfinch” es el autor del libro, o cosa así —con láminas. —De *Cap Haitien* habla mucho una geografía de las Antillas que tenemos, pero está en Central Valley. —Tú hallarás. —No se sabe bien sino lo que se descubre.

Y ahora un abrazo muy largo, para que te duermas con él. —Visita en nombre mío a Aurora, y al *bebito*, y diles que es leal mi corazón. Estarás hecha una madre, con los hijos de Luis. —Es lo que me gusta más de ti: que te quieren los niños. —Pero nadie te quiere más, ni desea más verte y oírte que tu

MARTÍ

A CARMEN MANTILLA*

2 de febrero, 1895

Mi Carmita buena:

MUCHOS DÍAS han pasado, y pasarán, después de aquel doloroso de mi salida, sin que ni este mar nuevo ni el cielo claro me hagan olvidar tu pena y tu cariño. Es un pensamiento parecido al sol, que sale de repente de entre las nubes negras, y llena de color la mar oscura. El recuerdo de Uds., —de tu alma limpia y leal, —es en mí una luz siempre encendida. ¿Y yo? ¿Ya soy nube, y cosa ida? ¿Iré yo pensándote, deseando, con mi ternura mayor, que la vida respete y premie tu virtud, tu verdad, tu piedad, y tú recordarás poco a los viajeros, con la golosina de New York? Yo sé que no. Tú callas, y quieres. Tú sabes que la pureza y la lealtad son la dicha única. Hay pocas almas tan capaces como la tuya de fidelidad, que es la aristocracia verdadera. Deja que la gente vanidosa e infeliz se entretenga royendo los huesos del mundo. —Y que New York no te haga olvidar tus libros útiles. Tú misma te estimas más, y te respetas más desde que estudias y sabes. Eso quita penas, y da autoridad y ventura. Sólo el desocupado es desgraciado. —Deja que otras malgasten la existencia, —y tú, vela con lástima, —levántate de donde estén los malignos y los ociosos, y no dejes de crecer un solo día. Iba a acabar aquí para que no me dijeras predicador: pero tú sabes que yo quisiera hacerme como un manto de mis entrañas, y abrigarte del mundo con ellas: —te quiero como a hija.

Vamos andando por la mar, y ya estamos cerca de Cap. Island, que es la primera que se ve yendo del Norte, y de Watling's Island, que viene enseguida, y se ve con curiosidad, porque muchos creen que ésa es la primera tierra de América que vio Colón, —la que llamó San Salvador.

* Medio-hermana de María Mantilla.

¡Tan cerca de Cuba, y todavía tan lejos! Esta noche dormiremos poco, porque llegaremos a otra isla, Fortune Island, —donde el vapor toma los trabajadores de la travesía. Es curioso verlos llegar, como los vi yo otra vez, encaramados en el bote, que viene por la mar como un jinete va a caballo, saltando y bregando. Y traen un canto largo y triste.

A tu mamá le escribí ya, pero no le dije cómo nos podrían llegar tal vez noticias de Uds. —A la verdad no veo aún cómo, en la indecisión de nuestro camino. Ahora mismo acabamos de decidir seguir por mar a Montechristi, lo que acortamos cuatro días el primer cálculo. Pero no vamos a estar de parada en lugar fijo, ni conocemos aún nuestra ruta, ni es probable que las cartas nos alcancen, porque vamos adelantando, a no ser que las hallemos a la vuelta, si hemos de volver, o que nos las envíen quienes aquí las reciban, si hemos de detenernos. —Yo creo que deben escribirnos a tres direcciones a la vez: —una, con sobre de afuera a Juan Anido, Santo Domingo; —otra, a M.J. Aybar, Jiménez & Co. Montechristi, y la más extensa y segura al Dr. Ulpiano Dellundé, Cap Haitien, Haiti. —Aprovechen los primeros vapores, que se buscan en la columna de *Ocean Steamers*, en la página marítima del *Herald*. —Porque esa va a ser ahora pena grande para Manuelito y para mí no saber de Uds. No importa, sin embargo. —Te veo cuando el sol se pone y cuando el sol se levanta. Un recuerdo al estudioso Soto.

Tu

MARTÍ

A MARÍA MANTILLA

Santiago de los Caballeros, 19 de Feb. [1895]

Maricusa mía:

¿CUÁNTOS DÍAS hace ya que no te acuerdas de mí? Yo te necesito más, mientras menos te veo. Anoche, a las cuatro de la madrugada, estaba en el *batey*, como aquí llaman al patio de las casas de campo, al claro desyerbado que rodea la casa de vivienda: en el cielo, de un azul que parecía vivo, estaban encendidas las estrellas: la luna recortada, y como de un fuego suave, iluminaba de arriba un mazo de palmas: las hojas de las palmeras se mecían suavemente, en el claro silencio: yo pensaba en ti. —Y cuando el día antes había pasado por el camino, lleno todo, a un lado y otro, de árboles de frutas, de cocos y mangos, de caimitos y mameyes, de aguacates y naranjos, pensaba en Uds., y en tenerlas conmigo, para sentarlas en la yerba, y llenarles la falda de frutas. —Estás lejos, entusiasmada con los héroes de colorín del teatro, y olvidada de nosotros los héroes verdaderos de la vida, los que padecemos por los demás, y queremos que los hombres sean mejores de lo que son. Malo es vestir de saco viejo, y de sombrero de castor: cualquier tenor bribón, con un do en la garganta, le ocupa los pensamientos a una señorita, con tal que lleve calzas lilas y jubón azul, y sombrero de plumas. —Ya ves que estoy celoso, y que me tienes que contentar. Es que por el aire, que lleva y trae almas, no me han llegado las cartas que esperaba recibir de ti. —Le hablé de ti en el camino a una guajirita que sabe leer letra de pluma: a una huérfana de nueve años: —ahora le llevo de regalo un libro: se lo llevo en tu nombre. —Haz tú como yo: haz algo bueno cada día en nombre mío. Visita a Aurora, y a mi gran *baby*. —Y no le dejes solo el pensamiento a tu mamá. Rodéala y cuídala. —Un beso triste de tu

JOSÉ MARTÍ

Busca, para tu diario, *Santiago*; y *batey*.

A TOMÁS ESTRADA PALMA*

[Montecristi, marzo 16 de 1895]

Sr. Tomás Estrada Palma

Mi amigo muy querido:

ES MANUEL¹ carta viva, y él le contará mucho de mí, porque me ha visto vivir, y morir más —en estos días. Óigalo, y no le pierda palabra. Yo creo que al fin, podré poner el pie en Cuba, como un verdadero preso. Y de ella, se me echará, sin darme ocasión a componer una forma viable de gobierno ni a ajustar, como hubiera sido mi oficio, las diferencias ya visibles entre los que no entienden que para defender la libertad se debe comenzar abdicando de ella, —y los que a la misma libertad entregan, y vuelven la espalda, si no les viene en beneficio propio. Entre las realidades funestas, y las rebeldías imprudentes, me hubiera puesto yo, como me he puesto afuera: que no se me permitiera. ¿Qué rogarle desde ahora, sino que con el peso de sus declaraciones y de su respeto, contribuya desde ahí, y pronto, y de modo resonante, y del más eficaz y solemne que le ocurra, a impedir que en Cuba se prohíba, como se quiere ya prohibir, toda organización de la guerra que ya lleve en sí una República, que no sea la sumisión absoluta a la regla militar, a la que de antemano y por naturaleza se opone el país, y que detendría —o acaso cerraría totalmente el paso de las armas libertadoras? Esta es la ocasión y Ud. tiene voz de padre, y hallará modo, si lo cree oportuno, de hacerla oír discretamente. En mí, no pienso: ten-

* Político cubano (1835-1908). Tuvo gran participación en la lucha independentista, fue presidente de la República en Armas los años 76 y 77 y luego entre 1902 y 1906. Le escribe Martí en 1895 en medio de los conflictos con los generales por la manera de entender la independencia.

1. Se refiere a Manuel Mantilla.

dré que poner de lado enteramente mi persona, para lograr tal vez, con la supresión de ella, alguna forma menos odiosa e imprudente. En todo lo de mi persona cederé, y ya la doy por muerta. Ni temo a la larga, porque conozco a nuestro país: no temo por él. Pero es preciso irle evitando estorbos desde ahora, y ponerle sangre buena en la raíz. De mí, ya le digo, voy preso, y seguro de mi inmediato destierro: —y también de la utilidad para mi patria de este martirio. No espere pues de mí, porque sería injusto, aquella ofuscación de la persona propia, y escondido deseo de noble premio, que pudieran entorpecer los acomodos indispensables, aun cuando ilógicos y violentos, a una realidad necesaria y urgente. Espere de mí, seguro, los más amargos sacrificios; ni extremaré, por la mayor justicia, conflicto de que, en vez de su victoria, nazca un desacuerdo fatal. Con esa alma vivo, y no habrá tentación alguna que me la mude: y a toda exigencia de naturaleza pública, si me viera en el doloroso caso de hacerla, precederá la desistencia total de mi persona. Dicho esto, de mí para Ud. innecesario, por la mayor tranquilidad de Ud., halle modo, si lo cree tan oportuno como lo creo yo, de expresar sus deseos o sus conceptos de manera que llegue a tiempo a Cuba, con la fuerza mayor de lo indirecto —para influir en que nuestro país se dé una ordenación tal que, ni incapacite la unidad y concentración de la guerra, ni la dañe o acorrale por ir contra el propósito y espíritu de la revolución cubana. Esto lo escribo al vuelo, y a escondidas, —yo, ¡que me muero de vergüenza, en cuanto tengo un solo instante que ocultar la verdad! Pero Ud. juzga y conoce mis dolores, y cree sin duda necesario que yo le escriba a Ud. así.

Quiera aún un poco más a
su amigo

JOSÉ MARTÍ

A CARMEN MANTILLA

M.C. 18 marzo [1895]

Mi Carmita buena:

MANUEL SE me va, y con él como una raíz de mi corazón: con él aquí me parecía que estaban aún cerca de mí, y me defendían de mis penas: ahora él se va; y me han de pensar mucho, para que sus pensamientos vengan volando a defenderme. —Me quedé muy solo; y mi alma extraña, por su misma capacidad para sufrir, enoja a los hombres, y los invita a angustiarla y herirla.

¿Y tu carta generosa, tu cartica linda, donde estás tú toda, con la delicadeza y la inteligencia que sólo yo conozco en ti bien, y te he de consolar y de premiar si vivo?

En otro tiempo, cuando los hombres peleaban de lanza y casco en los torneos, rodeados de gente, como ahora pelean a lengua y pluma, el orgullo del caballero, que de veras iba a caballo, era el lazo o la banda de colores que le había dado su hermana, o su novia, o su amiga: y yo llevo así tu carta conmigo, como los caballeros de antes el lazo de colores. —Sobre cartas así, resbalan las balas.

Tú me volverás a ver. Aún me queda mucho que sufrir. Ahora, sálvate del mundo, desdeña, como sabes, lo que tanta mujer ligera persigue sin decoro, que es la falsa distinción, y la publicidad dañina; cuida bien a Manuel, que va contento de sí mismo, y capaz de grandes cosas, y a esa riqueza de tu madre, sin lo que me siento pobre de verdad. Un beso en esa frente pensadora —y que vengan, volando, pensamientos.

Tu

MARTÍ

A MARÍA Y CARMEN MANTILLA

25 marzo [1895]

Mi María y mi Carmita:

SALGO DE pronto a un largo viaje, sin pluma ni tinta, ni modo de escribir en mucho tiempo. Las abrazo, las abrazo muchas veces sobre mi corazón. Una carta he de recibir siempre de Uds. y es la noticia, que me traerán el sol y las estrellas, de que no amarán en este mundo sino lo que merezca amor, —de que se me conservan generosas y sencillas, —de que jamás tendrán de amigo a quien no las iguale en mérito y pureza. —¿Y en qué pienso ahora, cuando las tengo así abrazadas? En que este verano tengan muchas flores: en que en el invierno pongan, las dos juntas, una escuela: una escuela para diez niñas, a seis pesos, con piano y español, de nueve a una: y me las respetarán, y tendrá pan la casa.

Mis niñas ¿me quieren?

—Y mi honrado Ernesto. —Hasta luego. Pongan la escuela. No tengo qué mandarles —más que los brazos. Y un gran beso de su

MARTÍ

A LA MADRE

Montecristi, 25 de marzo, 1895¹

Madre mía:

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Ud. Yo sin cesar pienso en Ud. Ud. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Ud. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de Ud. con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

J. MARTÍ

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Ud. pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.

1. Carta de despedida, dos meses antes de morir en combate.

A FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL*

Montecristi, 25 de marzo, 1895

Sr. Federico Henríquez y Carvajal

Amigo y hermano:

TALES RESPONSABILIDADES suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como velada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así y ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dio la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Ud. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. —Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo —aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy

* Escritor y hombre público dominicano, tío paterno de los destacados escritores Pedro, Max y Camila Henríquez Ureña. Fue entrañable amigo de Martí.

en Cuba es tan útil por lo menos como afuera—, cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la Revolución y a la seguridad de la República. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, —y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos ams y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan —y permitan el desarrollo natural y ascendente— a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición abso-

luta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, Ud. con sus canas juveniles, —y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Ud. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Ud.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpité, a la voz de Ud., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Ud., y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Ud. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria.

Su

JOSÉ MARTÍ

A GONZALO DE QUESADA*

Montecristi, 1º de abril, 1895

Gonzalo querido:

DE MIS LIBROS no le he hablado. Consérvenlos; puesto que siempre necesitará la oficina, y más ahora: a fin de venderlos para Cuba en una ocasión propicia, salvo los de la Historia de América, o cosas de América, —geografía, letras, etc.— que Ud. dará a Carmita a guardar, por si salgo vivo, o me echan, y vuelvo con ellos a ganar el pan. Todo lo demás lo vende en una hora oportuna. Ud. sabrá cómo. Envíemele a Carmita los cuadros, y ella irá a recoger todos los papeles. Ud. aún no tiene casa fija, y ella los unirá a los que ya me guarda. Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literaturas; todo eso está muerto, y no hay aquí nada digno de publicación, en prosa ni en verso: son meras notas. De lo impreso, caso de necesidad, con la colección de *La Opinión Nacional*, la de *La Nación*, la del *Partido Liberal*, la de la *América* hasta que cayó en Pérez y aun luego la del *Economista* podría irse escogiendo el material de los seis volúmenes principales. Y uno o dos de discursos y artículos cubanos. No desmigaje el pobre *Lalla Rookh* que se quedó en su mesa. Antonio Batres, de Guatemala, tiene un drama mío, o borrador dramático, que en unos cinco días me hizo escribir el gobierno sobre la independencia guatemalteca. *La Edad de Oro*, o algo de ella sufriría reimpresión. Tengo mucha obra perdida en periódicos sin cuento: en México del 75 al 77: —en la *Revista Venezolana*, donde están los artículos sobre Cecilio Acosta y Miguel Peña: —en diarios de Honduras, Uruguay y Chile: —en no sé cuántos prólogos: —a saber. Si no vuelvo, y usted insiste en poner juntos mis papeles, hágame los tomos como pensábamos:

* Esta carta es conocida como el “testamento literario” de Martí. Todas las notas se toman de *Obras completas* (La Habana: Editora Nacional de Cuba, 1963-1965).

- I. Norteamericanos
- II. Norteamericanos
- III. Hispanoamericanos
- IV. Escenas norteamericanas
- V. Libros sobre América
- VI. Letras, educación y pintura

Y de versos podría hacer otro volumen: *Ismaelillo*, *Versos sencillos*, y lo más cuidado o significativo de unos *Versos libres*, que tiene Carmita. No me los mezcle a otras formas borrosas, y menos características.

De los retratos de personajes que cuelgan en mi oficina escoja dos Ud., y otros dos Benjamín. Y a Estrada¹, Wendell Phillips.

Material hallará en las fuentes que le digo para otros volúmenes: el IV podría doblarlo, y el VI.

Versos míos, no publique ninguno antes del *Ismaelillo*: ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros.

Mis *Escenas*, núcleo de dramas, que hubiera podido publicar o hacer representar así, y son un buen número, andan tan revueltas, y en tal taquigrafía, en reversos de cartas y papelucos, que sería imposible sacarlas a luz.

Y si Ud. me hace, de puro hijo, toda esa labor, cuando yo ande muerto, y le sobra de los costos, lo que será maravilla, ¿qué hará con el sobrante? La mitad será para mi hijo Pepe, la otra mitad para Carmita² y María³.

Ahora pienso que del *Lalla Rookh* se podría hacer tal vez otro volumen. Por lo menos, la *Introducción* podría ir en el volumen VI. Andará Ud. apurado para no hacer más que un volumen del material del 6^o. *El Dorador* pudiera ser uno de sus artículos, y otro *Vereschagin* y una reseña de los pintores *Impresionistas*, y el *Cristo* de Munkacsy. Y el prólogo de Sellén, —y el de Bonalde, aunque es tan violento, —y aquella prosa aún no había cuajado, y es-

1. Tomás Estrada Palma.
2. Carmita Miyares de Mantilla.
3. María Mantilla.

taba como vino al romper, —Ud. sólo elegirá por supuesto lo durable y esencial.

De lo que podría componerse una especie de *espíritu*, como decían antes a esta clase de libros, sería de las salidas más pintorescas y jugosas que Ud. pudiera encontrar en mis artículos ocasionales. ¿Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos? Aquí han guardado los *En casa* en un cuaderno grueso: resultan vivos y útiles.

De nuestros hispanoamericanos recuerdo a *San Martín, Bolívar, Páez, Peña, Heredia, Cecilio Acosta, Juan Carlos Gómez, Antonio Bachiller.*

De norteamericanos: *Emerson, Beecher, Cooper, W. Phillips, Grant, Sheridan, Whitman.* Y como estudios menores, y más útiles tal vez, hallará, en mis correspondencias a *Arthur, Hendricks, Hancock, Conkling, Alcott,* y muchos más.

De *Garfield* escribí la emoción del entierro, pero el hombre no se ve, ni lo conocía yo, así que la celebrada descripción no es más que un párrafo de gacetilla. Y mucho hallará de *Longfellow y Lanier, de Edison y Blaine,* de poetas y políticos y artistas y generales menores. Entre en la selva y no cargue con rama que no tenga fruto.

De Cuba ¿qué no habré escrito?: y ni una página me parece digna de ella: sólo lo que vamos a hacer me parece digno. Pero tampoco hallará palabra sin idea pura y la misma ansiedad y deseo de bien. En un grupo puede poner hombres: y en otro, aquellos discursos tanteadores y relativos de los primeros años de edificación, que sólo valen si se les pega sobre la realidad y se ve con qué sacrificio de la literatura se ajustaban a ella. Ya usted sabe que servir es mi mejor manera de hablar. Esto es lista y entretenimiento de la angustia que en estos momentos nos posee. ¿Fallaremos también en la esperanza de hoy, ya con todo al cinto? Y para padecer menos, pienso en usted y en lo que no pienso jamás, que es en mi papelería.

Y falló aquel día la esperanza —el 25 de marzo. Hoy 1º de abril, parece que no fallará. Mi cariño a Gonzalo es grande, pero me sorprende que llegue, como siento ahora

que llega, hasta a moverme a que le escriba, contra mi natural y mi costumbre, mis emociones personales. De ser mías sólo, las escribiría; por el gusto de pagarle la ternura que le debo: pero en ellas habrían de ir las ajenas, y de eso no soy dueño. Son de grandeza en algunos momentos, y en los más, de indecible y prevista amargura. En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días. Martí no se cansa, ni habla. ¿Conque ya le queda una guía para un poco de mis papeles?

De la venta de mis libros, en cuanto sepa Ud. que Cuba no decide que vuelva, o cuando, —aun indeciso esto, —el entusiasmo pudiera producir con la venta un dinero necesario, Ud. la dispone, con Benjamín hermano, sin salvar más que los libros sobre nuestra América, —de historia, letras o arte— que me serán base de pan inmediato, si he de volver, o si caemos vivos. Y todo el producto sea de Cuba, luego de pagada mi deuda a Carmita: \$220.00. Esos libros han sido mi vicio y mi lujo, esos pobres libros casuales, y de trabajo. Jamás tuve los que deseé, ni me creí con derecho a comprar los que no necesitaba para la faena. Podría hacer un curioso catálogo, y venderlo, de anuncio y aumento de la venta. No quisiera levantar la mano del papel, como si tuviera la de Ud. en las mías; pero acabo, de miedo de caer en la tentación de poner en palabras cosas que no caben en ellas.

Su

J. MARTÍ

Escenas norteamericanas

De guía para este volumen pudiera servir la idea matriz de elegir para él entre las correspondencias aquellas que describen un aspecto singular, o momento característico de la vida de Norteamérica. Recuerdo ahora, por ejemplo:

Un boxeo, tal vez la primera correspondencia que se publicó en *La Nación*

La exposición de vacas en Madison Garden, y Lechería

El terremoto de Charleston
La nevada
La ocupación de Oklahoma
Los anarquistas de Chicago
Una elección de Presidente
La inundación de Yorktown
El linchamiento de los italianos en N. Orleans
El negro quemado
El centenario de Washington
El centenario de la Constitución
La Estatua de la Libertad

Y temas así, culminantes y durables, y de valor humano.

En las correspondencias de *La Nación*, que hay sueltas, o en cuadernos en la oficina, sólo hay una parte de las escritas al periódico, y faltan algunas que en la colección serían esenciales.

1º abril [1895]

Benjamín¹ y Gonzalo²:

Esta carta quedará detrás de nuestra salida. Si llega es que de aquí al menos emprendimos el rumbo. Recuerden mis ruegos, y al hablarse de nuestra llegada, omitan cuanto detalle infieran, por altas razones, de conveniencia y gratitud: omitan toda referencia a salida probable de Santo Domingo. Las mujeres cosen, a esta última hora, y la empresa es sencilla y alegre. ¿A qué más que apretarlos una vez y otra sobre mi corazón; y sentir vivamente la dulzura y limpieza de nuestra hermandad, —y besar la mano de sus mujeres y sus hijos, —y de sus madres buenas? Gracias a Uds., por sus hermosos corazones. Adiós ahora.

Su

J. MARTÍ

1. Benjamín Guerra.

2. Esta carta está escrita al doblar la última hoja de la anterior.

A SU HIJO*

1º de abril de 1895

Hijo:

ESTA NOCHE salgo para Cuba: salgo sin ti, cuando debieras estar a mi lado. Al salir, pienso en ti. Si desaparezco en el camino, recibirás con esta carta la leontina que usó en vida tu padre. Adiós. Sé justo.

Tu

JOSÉ MARTÍ

* José Francisco, nacido en 1878 del matrimonio con Carmen Zayas Bazán; a causa de las desavenencias conyugales, Martí estuvo separado de su hijo.

A MARÍA MANTILLA

[Cabo Haitiano, 1895]

Mi María:

¿Y cómo me doblo yo, y me encojo bien, y voy dentro de esta carta, a darte un abrazo? ¿Y cómo te digo esta manera de pensarte, de todos los momentos, muy fina y penosa, que me despierta y que me acuesta, y cada vez te ve con más ternura y luz? No habrá quien más te quiera; y sólo debes querer más que a mí a quien te quiera más que yo.

¿A que de París, de ese París, que veremos un día juntos, cuando los hombres me hayan maltratado, y yo te lleve a ver mundo antes de que entres en los peligros de él, —a que de París vas a recibir un gran recuerdo mío, por mano de un amigo generoso de Cabo Haitiano, del padre de Rosa Dellundé? Yo voy sembrándote, por dondequiera que voy, para que te sea amiga la vida. Tú, cada vez que veas la noche oscura, o el sol nublado, piensa en mí.

En mi nombre visita a Benjamincito, y a Aurora, y a Mercedes, a quien escribiré antes de salir de aquí, y ve con ella a llevarle flores a mi pobrecita Patria. Que tu madre sienta todos los días el calor de tus brazos. Que no hagas nunca nada que me dé tristeza, o yo no quisiera que tú hicieses. Que te respeten todos, por decorosa y estudiantina. Que entiendas cuánto, cuánto te quiere.

Tu

MARTÍ

¿Y esa oreja de mi leal Ernesto? Le mando un beso, allí donde se le heló, tú se lo das.

A mi María:

Y mi hijita ¿qué hace, allá en el Norte, tan lejos? ¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer, —en saber, para poder querer, —querer con la voluntad, y querer con el cariño? ¿Se sienta, amorosa, junto a su madre triste? ¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores, —a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia, con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo, libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y por el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas, —esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse, —llaman en el mundo “amor”. Es grande, amor; pero no es eso. Yo *amo* a mi hijita. Quien no la ame así no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento, y respeto. ¿En qué piensa mi hijita? ¿Piensa en mí?

Aquí estoy, en Cabo Haitiano; cuando no debí estar aquí. Creí no tener modo de escribirte, en mucho tiempo, y te estoy escribiendo. Hoy vuelvo a viajar, y te estoy otra vez diciendo adiós. Cuando alguien me es bueno, y bueno a Cuba, le enseño tu retrato. Mi anhelo es que vivan muy juntas, tu madre y ustedes, y que pases por la vida pura y buena. Espérame, mientras sepas que yo viva. Conocerás el mundo, antes de darte a él. Elévate, pensando y trabajando. ¿Quieres ver como pienso en ti, —en ti y en Carmita? Todo me es razón de hablar de ti, el piano que oigo, el libro que veo, el periódico que llega. Aquí te mando, en una hoja verde, el anuncio del periódico francés a que te suscribió Dellundé. El *Harper's Young People* no lo leíste, pero no era culpa tuya, sino del periódico, que traía cosas muy inventadas, que no se sienten, ni se ven, y más palabras de las precisas. Este *Petit Français* es claro y útil. Léelo,

y luego enseñarás. Enseñar, es crecer. —Y por el correo te mando dos libros, y con ellos una tarea, que harás, si me quieres; y no harás si no me quieres. —Así, cuando esté en pena, sentiré como una mano en el hombro, o como mi cariño en la frente, o como las sonrisas con que me entendías y consolabas; —y será que estás trabajando en la tarea, y pensando en mí.

Un libro es *L'Histoire Générale*, un libro muy corto, donde está muy bien contada, y en lenguaje fácil y limpio, toda la historia del mundo, desde los tiempos más viejos, hasta lo que piensan e inventan hoy los hombres. Son 180 sus páginas: yo quiero que tú traduzcas en invierno o en verano, una página por día; pero traducida de modo que la entiendas, y de que la puedan entender los demás, porque mi deseo es que este libro de historia quede puesto por ti en buen español, de manera que se pueda imprimir, como libro de vender, a la vez que te sirva, a Carmita y a ti, para entender, entero y corto, el movimiento del mundo, y poderlo enseñar. Tendrás, pues, que traducir el texto todo, con el resumen que va al fin de cada capítulo, y las preguntas que están al pie de cada página; pero como éstas son para ayudar al que lee a recordar lo que ha leído, y ayudar al maestro a preguntar, tú las traducirás de modo que al pie de cada página escrita sólo vayan las preguntas que corresponden a esa página. El resumen lo traduces al acabar cada capítulo. —La traducción ha de ser natural, para que parezca como si el libro hubiese sido escrito en la lengua a que lo traduces, que en eso se conocen las buenas traducciones. En francés hay muchas palabras que no son necesarias en español. Se dice, —tú sabes-*il est*, cuando no hay *él* ninguno, sino para acompañar al *est*, porque en francés el verbo no va solo: y en español, la repetición de esas palabras de persona, —del *yo* y *él* y *nosotros* y *ellos*, —delante del verbo, ni es necesaria ni es graciosa. Es bueno que al mismo tiempo que traduzcas, —aunque no por supuesto a la misma hora, —leas un libro escrito en castellano útil y sencillo, para que tengas en el oído y en el pensamiento la lengua en que escribes. Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro es-

crito en este español simple y puro. Yo quise escribir así en *La Edad de Oro*; para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música. Tal vez debas leer, mientras estés traduciendo, *La Edad de Oro*. —El francés de *L'Histoire Générale* es conciso y *directo*, como yo quiero que sea el castellano de tu traducción; de modo que debes imitarlo al traducir, y procurar usar sus mismas palabras, excepto cuando el *modo de decir francés*, cuando la *frase francesa*, sea diferente en castellano. —Tengo, por ejemplo, en la página 19, en el párrafo N^o 6, esta frase delante de mí: "*Les Grecs ont les premiers cherché á se rendre compte des choses du monde*". —Por supuesto que no puedo traducir la frase así, palabra por palabra. —"Los Griegos han los primeros buscado a darse cuenta de las cosas del mundo", —porque eso no tiene sentido en español. Yo traduciría: "Los griegos fueron los primeros que trataron de entender las cosas del mundo". Si digo: "Los griegos han tratado los primeros", diré mal, porque no es español eso. Si sigo diciendo "de darse cuenta", digo mal también, porque eso tampoco es español. Ve, pues, el cuidado con que hay que traducir, para que la traducción pueda entenderse y resulte elegante, —y para que el libro no quede, como tantos libros traducidos, en la misma lengua extraña en que estaba. —Y el libro te entretendrá, sobre todo cuando llegues a los tiempos en que vivieron los personajes de que hablan los versos y las óperas. Es imposible entender una ópera bien, —o la romanza de Hildegonda, por ejemplo, —si no se conocen los sucesos de la historia que la ópera cuenta, y si no se sabe quién es Hildegonda, y dónde y cuándo vivió, y qué hizo. —Tu música no es así, mi María, sino la música que entiende y siente. —Estudia, mi María, —trabaja, y espérame.

Y cuando tengas bien traducida *L'Histoire Générale* en letra clara, a renglones iguales y páginas de buen margen, nobles y limpias é cómo no habrá quien imprima, —y venda para ti, venda para tu casa, —este texto claro y completo de la historia del hombre, mejor, y más atractivo y ameno, que todos los libros de enseñar historia que hay en castellano? La página al día, pues: mi hijita querida.

Aprende de mí. Tengo la vida a un lado de la mesa, y la muerte a otro, y mi pueblo a las espaldas: —y ve cuántas páginas te escribo.

El otro libro es para leer y enseñar: es un libro de 300 páginas, ayudado de dibujos, en que está, María mía, lo mejor —y todo lo cierto— de lo que se sabe de la naturaleza ahora. Ya tú leíste, o Carmita leyó antes que tú, las *Cartillas* de Appleton. Pues este libro es mucho mejor, —más corto, más alegre, más lleno, de lenguaje más claro, escrito todo como que se lo ve. Lee el último capítulo, “La Physiologie Végétale”, —la vida de las plantas, y verás qué historia tan poética y tan interesante. Yo la leo, y la vuelvo a leer, y siempre me parece nueva. Leo pocos versos, porque casi todos son artificiales o exagerados, y dicen en lengua forzada falsos sentimientos, o sentimientos sin fuerza ni honradez, mal copiados de los que los sintieron de verdad. Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas, —y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día. Es hermoso, asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica; y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto, y no el costo. La elegancia del vestido, —la grande y verdadera, —está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza pres-

tada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. Procurará mostrarse alegre, y agradable a los ojos, porque es deber humano causar placer en vez de pena, y quien conoce la belleza la respeta y cuida en los demás y en sí. Pero no pondrá en un jarrón de China un jazmín: pondrá el jazmín, solo y ligero, en un cristal de agua clara. Esa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor. Y esa naturalidad, y verdadero modo de vivir, con piedad para los vanos y pomposos, se aprende con encanto en la historia de las criaturas de la tierra. Lean tú y Carmita el libro de Paul Bert —a los dos o tres meses, vuelvan a leerlo; léanlo otra vez, y ténganlo cerca siempre, lean una página u otra, en las horas perdidas. Así sí serán maestras, contando esos cuentos verdaderos a sus discípulas, en vez de tanto quebrado y tanto decimal y tanto nombre inútil de cabo y de río, que se ha de enseñar sobre el mapa como de casualidad, para ir a buscar el país de que se cuenta el cuento, o donde vivió el hombre de que habla la historia. Y cuentas, pocas, sobre la pizarra, y no todos los días. Que las discípulas amen la escuela, y aprendan en ella cosas agradables y útiles.

Porque ya yo las veo este invierno, a ti y a Carmita, sentadas en su escuela, de 9 a 1 del día, trabajando las dos a la vez, si las niñas son de edades desiguales, y hay que hacer dos grupos, o trabajando una después de otra, con una clase igual para todas. Tú podías enseñar piano y lectura, y español tal vez, después de leerlo un poco más; —y Carmita una clase nueva de deletreo y composición a la vez, que sería la clase de gramática, enseñada toda en las pizarras, al dictado, y luego escribiendo lo dictado en el pizarrón, vigilando porque las niñas corrijan sus errores, —y una clase de geografía, que fuese más geografía física que de nombres, enseñando cómo está hecha la tierra, y lo que alrededor la ayuda a ser, y de la otra geografía, las grandes divisiones, y éstas bien, sin mucha menudencia, ni demasiados detalles yanquis, —y una clase de ciencias, que sería una conversación de Carmita, como un cuento de veras, en el orden en que está el libro de Paul Bert, si puede entenderlo bien ya, y si no, en el que mejor pueda idear,

con lo que sabe de las cartillas, y la ayuda de lo que en Paul Bert entienda, y astronomía. Para esa clase le ayudarían mucho un libro de Arabella Buckley, que se llama *The Fairy-Land of Science*, y los libros de John Lubbock, y sobre todo dos, *Fruits, Flowers and Leaves* y *Ants, Bees, and Wasps*. Imagínate a Carmita contando a las niñas las amistades de las abejas y las flores, y las coqueterías de la flor con la abeja, y la inteligencia de las hojas, que duermen y quieren y se defienden, y las visitas y los viajes de las estrellas, y las casas de las hormigas. Libros pocos, y continuo hablar. —Para historia, tal vez sean aún muy nuevas las niñas. Y el viernes, una clase de muñecas, —de cortar y coser trajes para muñecas, y repaso de música, y clase larga de escritura, y una clase de dibujo. —Principien con dos, con tres, con cuatro niñas. Las demás vendrán. En cuanto sepan de esa escuela alegre y útil, y en inglés, los que tengan en otra escuela hijos, se los mandan allí: y si son de nuestra gente, les enseñan para más halago, en una clase de lectura explicada —explicando el sentido de las palabras— el español: no más gramática que ésa: la gramática la va descubriendo el niño en lo que lee y oye, y ésa es la única que le sirve. —¿Y si tú te esforzaras, y pudieras enseñar francés como te lo enseñé yo a ti, traduciendo de libros naturales y agradables? Si yo estuviera donde tú no me pudieras ver, o donde ya fuera imposible la vuelta, sería orgullo grande el mío, y alegría grande, si te viera desde allí, sentada, con tu cabecita de luz, entre las niñas que irían así saliendo de tu alma, —sentada, libre del mundo, en el trabajo independiente. —Ensáyense en verano: empielen en invierno. Pasa, callada, por entre la gente vanidosa. Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y míjala, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de ti, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera, como la luz. Deja a otras el mundo frívolo: tú vales más. Sonríe, y pasa. Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: pon un libro, el libro que te pido, —sobre la se-

pultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres. —Trabaja. Un beso. Y espérame.

Tu

MARTÍ

A CARMEN MANTILLA

9 de abril [1895]

Carmita hija:

TODAVÍA UN abrazo, de este lado del mar, antes de irme lejos. ¿Y tu alma, que no corre más peligro que el de ser demasiado piadosa? Que te gane, a vida útil, el caballero que te haya de merecer. Si no, no. Quien quiere, gana. Quien no se esfuerza, no quiere. La esposa, cargada del santo hijo, necesita apoyarse en el esposo creador. En la vida de dos no hay ventura sino cuando no se lleva demasiada ventaja, o resalta con demasiada diferencia, uno de los dos. Tú eres honrada, laboriosa, compasiva, sencilla, enérgica. No podrás querer sino a quien sea como tú: honrado, laborioso, compasivo, sencillo, enérgico. Yo creo en tu felicidad, porque tú tienes razón sólida. La bondad es la felicidad, cuando no se la exagera, como yo la exageré. Los chinos dicen que en nada debe haber exageración: ni en las virtudes. —La dignidad de un hombre es su independencia: y la de una mujer se mide por los esfuerzos que inspira para conquistarla. Tú piensa en mí, y en esto, aunque por tu vida no has de temer, si vivo yo, porque mientras tenga yo brazos, ahí tienes tú tu nido.

Adiós. Ve como, al poner otra vez el pie en la mar, pienso en ti. Para ti como para María es la carta larga. Anímate y ayúdenle la vida a tu madre amada. Estudia y pon la escuela, y desde el verano prepárala bien, que es modo de vivir fácil y decoroso. Dile al buen Soto mi confianza en que, por su voluntad propia, sabrá demostrar que vale más de lo que los suyos suponen, y que la energía de su decoro iguala en él la claridad de su inteligencia y la bondad de su alma. Que se ponga en pie, y luzca en un año. Que aprenda y... prenda... Que imagine... el mundo, a ti en peligro, y a él salvándote con la fuerza de sus brazos.

Que inspire respeto, como a ti y a mí nos inspira cariño.
—Y adiós la hija. ¡Quién sabe hasta cuando!

Tu

MARTÍ

[1895]

Mi Carmita buena:

Con tu cartica sentí como un beso en la frente. Bien lo necesita mi mucha pena. Es bueno sufrir, para ver quien nos quiere y para agradecerlo. Cuando te vuelva a ver, te he de tener mucho tiempo abrazada, —aunque esto es siempre así, aunque tú no lo sientas, porque yo velo por ti, y estoy siempre junto a ti, y te defenderé de todas las penas de la vida. Quiere mucho a tu madre, que no he conocido en este mundo mujer mejor. No puedo, ni podré nunca, pensar en ella sin conmovirme, y ver más clara y hermosa la vida. Cuida bien ese tesoro. El libro de citas —tú verás como va a alejar de mí todo peligro: lo llevaré siempre del lado del corazón.

A Soto, que estudie, hasta que su padre lo respete.

A Ernesto, que me ha de acompañar mucho en esta vida.

Un beso en la mano de tu

J.M.

[1895]

Mi muy buena Carmita:

De ti, y de tu paciencia, y de tus discípulas hablaba ayer, por una niña que no ha aprendido tan pronto como tu Candita, y sentí no tener retrato tuyo que enseñar. Pero te pinté como eres, natural y generosa, enemiga de pompa y mentira, sin más defecto ni pecado que enojarte cuando las cortinas de la sala no quedan exactamente a la mitad del cristal: y tengo fe en que los que me oyeron no te olvidan. Voy regando almas buenas, y noto como les crece a

veces el alma a los que me oyen. Es que sufrían de desamor; y oyéndome, creen. Yo cuento al sesgo, como si no me oyeran los descreídos. Y al hablar de ti, noté que un joven poeta, y no mal mozo, ni descortés, acercaba más al mío su sillón. Esto te parecerá a ti ahora, por ciertas razones, un desacato y una grave ofensa, pero por ahí verás como te recuerda y te lleva en el alma tu

MARTÍ

A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA

[Cerca de Baracoa] 15 de abril [1895]

Gonzalo, Benjamín, hermanos queridos:

EN CUBA libre les escribo, al romper el sol de 15 de abril, en una vega de los montes de Baracoa. Al fondo del rancho de yaguas, en una tabla de palma sobre cuatro horquetas, me he venido a escribir. Oigo hablar al General, a Paquito Borrero, a Ángel Guerra, a los cincuenta valientes de la guerrilla de Félix Ruenes que salió a nuestra custodia. Refrenaré mis emociones. Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio.

Uds. anhelarán conocer los detalles de nuestra llegada, que hoy ya es tiempo de dar, como fue de callarlos mientras la tentativa estaba aún en riesgo y se la había de mudar a cada instante. El plan pendiente a la salida de Collazo y Manuel fracasó después de larga espera, por la negativa de los marinos. Compramos otra goleta, para mayor provecho de su capitán Bastian, que había de llevarnos. El 1º de abril por fin salimos, a las 3 de la mañana, asaltando en los botes abandonados de la playa la goleta "Brothers" que nos esperaba afuera, y a la madrugada siguiente, andábamos en la isla inglesa de Inagua, adonde iba el Capitán para renovar sus papeles, y de allí caer por ruta muy distinta de la que ahora hemos traído. A las pocas horas, era claro que el capitán había propalado el objeto del viaje, para que las autoridades lo redimiesen de la obligación, impidiéndonos seguir viaje. Por la mañana nos visitó la Aduana someramente: sentíamos crecer la trama: a la tarde, con minutos de aviso de Bastian, volvió la Aduana a un registro minucioso. La recibí, y gané su caballerosidad: nuestras armas podían seguir como efectos personales. Pero los marinos se habían ido: sólo uno fiel quedaba, el buen

David, de las islas turcas. No se hallaban marinos para continuar viaje. Bastian fingía contratarlos, y movía a otros a que los disuadiesen. En tanto, ya nuestra retirada estaba descubierta: por tres días, los necesarios para su llegada a Cuba, podía explicarse nuestra ausencia de Montecristi, por un viaje al interior, y ya corría el tercer día. Podía España avisada asediarnos en Inagua, en la isla infeliz y sin salida. Asomó un vapor alemán, que iba de Cuba al Cabo Haitiano; obtuve del cónsul de Haití, Barbes, los pasaportes: y a la mañana siguiente, aquel duro capitán, con asombro unánime, me rendía el barco, que Barbes devolvió luego a Montecristi, y los \$450 que había recibido para sí y la tripulación. Al Cabo llegamos al siguiente día, dejando ya en Inagua comprado a Barbes un buen bote y al favor de un recio temporal nos repartimos en grupos los seis compañeros: el general Gómez, Paquito Borrero, Ángel Guerra, César Salas, joven puro y valioso de las Villas, Marcos del Rosario, bravo dominicano negro, y yo. El 10, continuando el plan forjado en el camino, nos reembarcamos en el vapor "Nordstrand", capitán H. Loewe; recogimos en *Inagua* el bote, y el 11, a las 8 de la noche; negro el cielo del chubasco, vira el vapor, echan la escala, bajamos, con gran carga de parque, y un saco con queso y galletas: y a las dos horas de remar, saltábamos en Cuba. Se perdió el timón, y en la costa había luces. Llevé el remo de proa. La dicha era el único sentimiento que nos poseía y embargaba. Nos echamos las cargas arriba, y cubiertos de ellas, empapados, en sigilo, subimos los espinares, y pasamos las ciénagas. ¿Caíamos entre amigos o entre enemigos? Tendidos por tierra esperamos a que la madrugada entrase más, y llamamos a un bohío: decir ahora más, fuera todavía imprudente, pero antier, cuando asábamos en una parrilla improvisada la primera jutía, y ya estaba el rancho de yaguas en pic, veo saltar hombres por la vereda de la guardia: "¡Hermanos!". "¡Ah hermanos!", oigo decir, y nos vimos en brazos de la guerrilla baracoana de Félix Ruenes. Los ojos echaban luz, y el corazón se les salía. Ahora, de aquí a pocos instantes, emprenderemos la marcha, al gran trabajo, a hacer frente a la campaña de desorganización que

se viene encima, —o de intento de impedir que cunda la organización, —con Martínez Campos de cabeza equivocada, y los autonomistas y cubanos fáciles de voluntario instrumento. Pero con el mismo amor y mente que hasta aquí, echaremos la campaña atrás. Vemos el riesgo, y eso ya es evitarlo. Maceo y Flor van delante, desde el 1º de abril en que desembarcaron, y creo que el “doctor Agramonte”, que de ayudante les acompaña, será Frank, que había ido con la comisión que encargué: a las dos horas del desembarco, pelearon, y se salieron de los 75 que perseguían a los 23, haciéndoles un muerto y doce heridos. Adelante van ellos, y nosotros seguimos. A pie, y llegaremos, a tiempo de concertar las voluntades, parar los golpes primeros, y dar a la guerra forma y significación. Allanados parecen los obstáculos que a este fin urgente se hubieran podido presentar: el general Gómez siente hoy, tan vivamente como yo, esa primera necesidad, como medio eficaz y rápido de oponerse a la campaña inicial de reducción y localización que el enemigo va a emprender contra la guerra. Y del espíritu con que por fin entramos en esta labor, les dará muestra el incidente con que para mí se cerró el día de ayer. “General” me llamaba nuestra gente desde que llegué, y muy avergonzado con el inmerecido título, y muy querido y conocido, me hallé por cierto entre estos inteligentes baracoanos: al caer la tarde vi bajar hacia la cañada al general Gómez, seguido de los jefes, y me hicieron seña de que me quedase lejos. Me quedé mohíno, creyendo que iban a concertar algún peligro en que me dejarían atrás. A poco sube, llamándome, Ángel Guerra, con el rostro feliz. Era que Gómez, como General en Jefe, había acordado, en consejo de Jefes, a la vez que reconocirme en la guerra como delegado del Partido Revolucionario, nombrarme, en atención a mis servicios y a la opinión unánime que lo rodea, Mayor General del Ejército Libertador. ¡De un abrazo, igualaban mi pobre vida a la de sus diez años! Me apretaron largamente en sus brazos. Admiren conmigo la gran nobleza. Lleno de ternura veo la abnegación serena, y de todos, a mi alrededor. ¿Cuándo olvidaré el rostro de Gómez, sudoroso y valiente, y enter-

necido, cuando subía las lomas resbaladizas, las pendientes de breñas, los ríos a la cintura, con el rifle y revólver y machete y las doscientas cápsulas, y el jolongo al hombro? Y cuando a sus espaldas doy su jolongo al práctico, él me quita mi rifle, y sigue cuesta arriba con el mío y el suyo. Nos vamos halando, hasta lo alto de los repechos. Nos caemos riendo. A la hora de alarma, y las ha habido buenas, los seis rifles están juntos. Hemos dormido en cuevas, y al monte claro: el rancho de la guerrilla, con su ama servicial y su comida caliente, ha sido un lujo. A porfía ahora, se nos muestra cariño. Uno trae su boniato amarillo, o su cabo de salchichón, o su plátano asado: otro me brinda su agua hervida con hoja de naranja y miel de abeja: otro me regala, porque oye decir que la tomé con gusto en el camino, una naranja agria. Los apellidos de New York me andan dando vueltas, Rubio y Urgellez, López y Fromita. El general les habló en fila, y yo, y les quedó el alma contenta. Entre estos cincuenta, armados de buenas armas, hay un asturiano y un vizcaíno. Félix Ruenes, el jefe, es hombre de consejo y moderación, que paga en las tiendas cuanto compra y acomoda a su gente, que recorre entusiasta la jurisdicción, ganando amigos, y fatigando a las desamparadas partidas de quintos, que halan de mal grado sus fusiles Máuser. La guerrilla de Ruenes es nueva, y ya cubre como veterana sus servicios: cargan sin murmurar, comen lo que hallan, duermen por tierra, entre los plátanos: cuando supieron que estábamos aquí, seis habían caído, del primer cansancio, y se pusieron en pie, empeñados en ir. Hoy, nosotros tomamos el oeste, a las obligaciones: ellos vuelven a su jornada diaria, a levantar el campo.

¿Qué urge que hagan Uds. allá? Lo propuesto, a fin de que lleguen los que faltan, y más armas, —el arreglo del servicio de armas y parque, sobre todo ahora que el parque de Máuser no sirve a lo nuestro, —y la guía de las ideas, de modo que encajen, sin cansarse de repetir, con las dos declaraciones esenciales sobre que ha de girar nuestra campaña: 1ª, entramos a combatir con el conocimiento de la tentativa inútil de desorganización, por promesas nulas y estancamiento de la guerra que se nos prepara, y la desde-

ñamos, sin inquietud, abiertos sólo a la independencia absoluta; 2ª, la guerra nace desde sus arranques con tal carácter de gobierno y durabilidad, y con tal e igual respeto a las exigencias del culto y a la justicia con el humilde, al ideal intacto y a la realidad que lo logra, que sin asesinato verdadero e inútil, y deshonoroso para los asesinos, no podrán los cubanos, y sobre todo los que se precien de revolucionarios, dejar abandonada esta guerra de composición y previsión, de olvido de todas las injurias y paciencia para todas las debilidades. Me vienen a decir que sale un grupo a armar fuego, con una partida de españoles, que anda cerca. Lo esencial, pues, es que se deshaga la nueva conseja: que la guerra quedará abandonada por falta de extensión en la Isla. Y a este peligro, a esta lentitud del Camagüey, respondan Uds. con muestra continua, y siempre respetuosa a los lentos, de la dignidad y alto carácter de la guerra, y, lo que importa más, con la ostentación, hoy indispensable, la ostentación también continua, con un pretexto u otro, de la voluntad de las emigraciones a ayudar la guerra comenzada hasta acabar. Ante esta resolución, cederán otras. Ahora, en cuanto a armas, se facilitará su introducción, en cuanto podamos fijar lugares de recibo. Goletas de tránsito, con carga disfrazada de provisiones, pueden dejarla en la costa del Sur o el Norte de Baracoa, hoy por hoy, y venir con ella algún baracoano, para que se desenvuelva entre su gente, y venga a salvar la carga Félix Ruenes. El disfraz es por si detienen la goleta ajena. Lo mejor, lo único seguro, es la goleta propia. El práctico Vargas está en Nassau. Véanlo. O algún otro capitán nuestro. Puede pasar por Inagua, como provisiones en tránsito, que allí no registran, consignando algo al paso (un poco de maderas) a M. Barbes y Co., y de allí caer de una bordada sobre la Isla, con 10 o 20 hombres, esconder la carga, y luego volver por ella. Para Baracoa, hay otro medio: he escrito al tibio Svú, amigo de Fromita el de Filadelfia, a que compre 100 rifles, por medio de Uds., y se los dé a traer, o diga, por Fromita o por otro, cómo pueden venir en algunos de los vapores que vienen a él. Lo cierto es esto: aquí habría tantos cubanos alzados como armas llegasen.

Y a otra cosa hay que atender. A la campaña primera española, la campaña política, para reducir la guerra —a que hemos de oponer la habilidad enérgica adentro y Uds. afuera la resolución ferviente y ostentosa de ayudar, —sucederá con la ira del fracaso y el ímpetu de la desesperación, una campaña de fuerza, ruda y corta, a la que Uds. allá han de estar preparados. Empuje contra empuje. Sólo empleen lo indispensable, y abran vías para esa gran arremetida, la arremetida decisiva. Yo haré cuanto me dejen hacer. Si no se me compele, ni me compele mi deber, a volver allá, con los hechos de aquí veré de abrirles grandes fuentes allá, dos o tres buenas fuentes. Pediré de limosna el buen día de trabajo. Basta, ordenándolo bien. Mil armas más, y parque para un año, y hemos vencido. Pero hay que pensar incesantemente en el modo de repelear con un buen empuje esa campaña de fuerza.

De cuanto digo, nada publiquen que pueda denunciar el camino que trajimos ni a los que nos sirvieron. Al Capitán Loewe di una carta justa, y él les puede servir: sólo en el caso indudable, e improbable, de que hubiese perdido su situación por nuestra culpa, le ofrecí \$500 más: recibió, para él y los suyos, \$680. Gente, hubiera podido venir mucha nuestra de Sto. Domingo; pero la vigilancia extrema nos obligaba a no salir, o salir como lo hemos hecho. Si hay que publicar, compongan el relato vivamente, con lo que va dicho, sin descubrir el camino. El hecho, el júbilo cubano, la victoria sobre España, la acción rápida y luminosa —y basta: los seis hombres, repecho arriba. Allá medirán lo que conviene. Aquí incluyo carta, del General, que pondrán en seguida en camino, —y de Borrero, de alma angélica, a sus hijas, —y acaso incluiré, en sobre aparte, las proclamas de Borrero y Ruenes, y los nombres de la guerrilla, que ahí publicarán con todo honor. De ahí éhabrán podido salir, —o saldrán ahora al ver cómo se llega—, Collazo, Serafín y Roloff, Rodríguez? ¿Qué de Calixto¹, y de Céspedes². En Uds. me miro y me fío. ¡Qué

1. Se trata de Calixto García Íñiguez.

2. Carlos Manuel de Céspedes y Quesada.

recordarlos, calladamente, en la alegre dificultad de las lomas, o cuando el General, con su hermosa sonrisa de fatiga, se volvía a hablarme de Gonzalo y de Guerra, o acostado cama a cama, sobre las hojas que cariñosamente había cortado para mí, pensábamos en los ausentes, y en New York! Se habla poco, y se ama mucho. El alma crece y se suaviza en el desinterés y en el peligro. Ya me acortan el tiempo, y debo acabar. Junten bien, y a constante altura, la acción de Uds. con la nuestra. Descabecen la intriga de ahora. Prepárense a la campaña de fuerza. No intenten expediciones de hombres, sino de armas y parque; con poca custodia. Mandados hacer están para eso —armas y parque y 10 hombres cada vez— los vapores de “Hatton”. Magnífico y posible sería que tomase de Capitán, 1º y 2º contra maestre y maquinista, con triple o cuádruple sueldo del que tienen, a los buenos amigos del vapor “Nordstrand”, que se harán conocer de Uds. Así, con vapor de paso natural, que dejaría al ir o al volver, y con tripulación nuestra ¿quién peligrará? Trabajen recio en esa combinación. Que en cada grupo venga alguien hecho a la manigua. No dejen, sobre todo, de la mano los trabajos encaminados a enseñar con su carácter firme, ordenado, y decidido a avanzar, a la revolución: —corten a sus enemigos la esperanza de hacerla atrás: vean, y aplaudan, la nobleza con que se juntan, sin más idea que el bien patrio inmediato y entero, las fuerzas diversas, viejas y nuevas de la revolución: —graben en su corazón la hermandad y ternura con que estas manos gloriosas reciben y cuidan al soldado recién venido: —quíranme mucho al viejo general: —y llenos de orgullo justo, y fe merecida, en la bravura y decisión de su pueblo, adivinen la felicidad que inunda, sin más tristeza que la de ver lejos a las almas queridas, a su

JOSÉ MARTÍ

A CARMEN MIYARES DE MANTILLA Y SUS HIJOS*

Abril 10 de 1895

DESDE LA cubierta del vapor escribo, porque nuestro camino del 1º de abril se interrumpió y hay que empezarlo de nuevo.

Escribí el 1º de abril y no creí entonces, al emprender viaje con apariencias de llegada, que ya a la noche siguiente nos veríamos detenidos en la ruta. Fue rudo y peligroso. Pero al fin, sólo de tiempo fue la pérdida. A la mar otra vez con esperanza mayor. Tal vez de aquí a pocos días esté donde ya sean más difíciles las cartas. Tal vez, con esta esperanza ida, y entrando en la que para eso llevo preparada, les esté escribiendo de aquí a pocos días, algunas líneas más. Se ha de llegar. Lo que me rodea lleva la misma alma que yo. El riesgo común nos ha unido bien, con ayuda de mi servicio real y manso, y —por ahora— he dejado de sufrir.

De []¹ fuimos a []². De [] y después de tres días difíciles vinimos a Cabo Haitiano, que es tierra triste, pero para mí, —querida por la casa buena de Dellundé. Pudiera, y acaso debiera, contar con minuciosidad todo este viaje último; pero aún sería indiscreto, y es cosa pasada, que tampoco podría contar yo, porque la llevé principalmente en mis hombros. Me rodeó y premió el afecto de todos mis compañeros. Pudimos encallar, solos y conocidos, en un rincón sin salida. Y salimos, servidos y queridos... Y otra razón, además: ni antes ni después de nuestra llegada a Cuba debo dejar escrito, ni se ha de divulgar, detalle alguno que indique las vías diversas que hemos recorrido. Así lo mandan a la vez la honradez y la discreción. El alarde de lo hecho puede cerrar el camino

* Últimas cartas íntimas a su "familia".

1. Tal vez se trata de Monte Cristo.

2. Tal vez se trata de Inagua como el espacio siguiente.

a lo que se pueda volver a hacer... no encontrarán, por supuesto, ni lo habrán de buscar, detalles de persona, ni de mis actos o los de los demás. Si míos, por míos los callo. Si ajenos, son ajenos, y sólo pudiera contarlos si los pudiese celebrar, o si el relato sincero no me obligase a la vez a la celebración, que me es grata, y a la censura, que me es odiosa, y de que se aprovecha luego la curiosidad maligna. En tiempos más serenos, podría ser, para servir luego a la explicación de los hechos públicos, casi siempre determinados, o torcidos, por la bondad o maldad de los caracteres personales. Hoy no fuera posible, sin saber a dónde va lo que se escribe, ni si se pierde en el viaje. Y luego, un diario suele ser un espía, y una alevosa anotación de las personas en cuya intimidad vivimos...³

Jurisdicción de Baracoa, 16 de abril de 1895⁴

Carmita querida y mis niñas, y Manuel, y Ernesto:

En Cuba les escribo, a la sombra de un rancho de yaguas. Ya se me secan las ampollas del remo con que halé a tierra el bote que nos trajo. Éramos seis, llegamos a una playa de piedras y espinas, y estamos salvos, en un campamento, entre palmas y plátanos, con las gentes por tierra; y el rifle a su lado. Yo, por el camino, recogí para la madre la primera flor, helechos para María y Carmita, para Ernesto una piedra de colores. Se las recogí, como si los fuese a ver, como si no me esperase la cueva o la loma, sino la casa, la casa abrigada y compasiva, que veo siempre delante de mis ojos.

3. No hay firma en el documento.

4. En realidad, ésta de 16 de abril parece ser la primera *carta* de Martí a Carmen Miyares y sus hijos, como lo confirma el comienzo de la epístola siguiente, mientras que el texto anterior, fechado el 10 de abril, prolongaría el llamado *Diario de Montecristi y Cabo Haitiano*, escrito por Martí para María y Carmen Mantilla, del 14 de febrero al 8 de abril de 1895. Respetamos, sin embargo, el criterio de las *Obras completas*.

Es muy grande, Carmita, mi felicidad, sin ilusión alguna de mis sentidos, ni pensamiento excesivo en mí propio, ni alegría egoísta y pueril, puedo decirte que llegué al fin a mi plena naturaleza, y que el honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza que nuestro valor nos da derecho, me embriaga de dicha, con dulce embriaguez. Sólo la luz es comparable a mi felicidad. Pero en todo instante le estoy viendo su rostro, piadoso y sereno, y acerco a mis labios la frente de las niñas, cuando amanece, cuando anochece, cuando me sale al paso una flor nueva, cuando veo alguna hermosura de estos ríos y montes, cuando bebo, hincado en la tierra, el agua clara del arroyo, cuando cierro los ojos, contento del día libre. Ustedes me acompañan y rodean, las siento, calladas y vigilantes, a mi alrededor. A mí, sólo ellas me faltan. A ellas, ¿qué les faltará? De sus angustias nuevas, ¿podrán irse salvando? Mi poca ayuda, ¿cómo la habrán repuesto? Cuba ya tiene escritos sus nombres con mis ojos en muchas nubes del cielo y en muchas hojas de árboles.

Mi dicha de hombre útil hace mayor el pesar de que no me lo vean. ¿Recordarán así a su amigo, con tanta lealtad, con tanta vehemencia?

¡Ah, María, si me vieras por esos caminos, contento y pensando en ti, con un cariño más suave que nunca, queriendo coger para ti, sin correo con que mandártelas, estas flores de estrella, moradas y blancas, que crecen aquí en el monte!

Voy bien cargado, mi María, con mi rifle al hombro, mi machete y revólver a la cintura, a un hombro una cartera de cien cápsulas, al otro en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila, con sus dos arrobas de medicina y ropa y hamaca y frazada y libros, y al pecho tu retrato.

El papel se me acaba, y al correo no puede ir mucho bulto. Escribo con todo el sol sobre el papel. Véanme vivo y fuerte y amando más que nunca a las compañeras de mi soledad, a la medicina de mis amarguras. De acá no teman. La dificultad es grande, y los que han de vencerla también. Carmita pedirá a Gonzalo que le deje leer lo que hay de

personal en la carta que le envió. Manuel bueno, trabaja. Carmita, escríbele a mamá. Carmita hija y María se educan para la escuela. Una palma y una estrella vi, alto sobre el monte, al llegar aquí antier, ¿cómo no había de pensar en Carmita y en María? ¿Y en la amistad de su madre, al ver el cielo limpio de la noche cubana? Quieran a su

MARTÍ

Cerca de Guantánamo, 26 de abril de 1895

En el rancho de un campesino escribí mi primera carta, hace unos doce días, en que contaba nuestra llegada feliz, el desembarco de los seis en un bote, y yo, de remero en la lluvia oscura, y la hermandad y la alegría de los cubanos alzados que salieron a recibirnos.

Ahora escribo en la zona misma de Guantánamo, en la seguridad y alegría del campamento de los trescientos hombres de Maceo y Garzón, que salieron a recibirnos aquí. Y ¿quién creen que vino al escape de su caballo a abrazarme de los primeros, todavía oliendo al fuego de la pelea? Rafael Portuondo, que desde ayer no se aparta de mí. Por bravo y juicioso lo quieren y respetan, y yo por abnegado y previsor; díganlo a Ritica. Su amigo íntimo es el hijo de Urbano Sánchez. Por el momento veníamos muy seguidos ya por tropa española y contentos y a pie, con la custodia de cuatro tiradores y un negro magnífico, padre de su pueblo y hombre rico y puro, Luis González, que se nos unió con diecisiete parientes, y trae a su hijo; veníamos y estalló a pocos pasos el gran tiroteo de las dos horas: allí cruzaron por nuestras cabezas las primeras balas; momentos después rechazado el enemigo, caíamos en brazos de nuestra gente: allí caballos, júbilo, y seguimos la marcha admirable, a la luz de hachas del monte y árboles encendidos; la marcha de ocho horas a pie, después de dos de combate y de cuatro de camino, de la noche entera, sin descanso para comer de día ni de noche. Yo me acosté a las tres de la mañana, curando los heridos. A las cinco en pie, todos alegres; luego duermen, hablan en grupos, pa-

san cargados de viandas y reses, me traen mi caballo y mi montura nueva; ¿pelearemos hoy? Organizamos y seguimos rumbo; el alma es una: algunas armas cogidas al enemigo.

Yo escribo en mi hamaca, a la luz de una vela de cera, sujeta junto a mis rodillas por una púa clavada en tierra. Mucho tengo que escribir... Sentía anoche piedad en mis manos, cuando ayudaba a curar a los heridos... Y no les he dicho que esta jornada valiente de ayer cerró una marcha a pie de trece días continuos, por las montañas agrias o ricas de Baracoa, la marcha de los seis hombres que se echaron sin guía, por la tierra ignorada y la noche, a encararse triunfantes contra España.

Éramos treinta cuando abrazamos a José Maceo. Dejamos atrás orden y cariño. No sentíamos ni en el humor ni en el cuerpo la angustiada fatiga, los pedregales a la cintura, los ríos a los muslos, el día sin comer, la noche en el capote por el hielo de la lluvia, los pies rotos. Nos sonreíamos y crecía la hermandad. Gómez me ha ido cuidando en los detalles más humildes con perenne delicadeza. He observado muy de cerca en él las dotes de prudencia, sufrimiento y magnanimidad. Nuestros Remingtons van sin un solo tropiezo, rápidamente a su camino. Llama a silencio la corneta: mi trabajo no me permite silencio; en voz baja cuenta cerca de mí Rafael las fuerzas, grandes de veras, de la revolución en Oriente. Los hombres de la guerra vieja se asombran del atrevimiento franco de la gente y su ayuda en ésta... envío del cielo libre, un saludo de orgullo por nuestra patria, tan bella en sus hombres como en su naturaleza... No soy inútil ni me he hallado desconocido en nuestros montes; pero poco hace en el mundo quien no se siente amado.

MARTÍ

Cerca de Guantánamo, 28 de abril de 1895

(...)

Son las nueve de la noche, toca a silencio la corneta del campamento, y yo reposo del alegre y recio trabajo del día

escribiendo, mientras en las hamacas del portal, Maceo, Gómez, Bonne y Borrego, se cuentan batallas. Rafael Portuondo, que acaso siga viaje conmigo, me ha estado ayudando hoy, con el valiente y juicioso hijo de Urbano Sánchez Echevarría. ¡Cuán bello es ver a estos jóvenes de casa privilegiada, servir de capitanes al Jefe negro, caballero y moderado, que los abraza y mimba como hijos! A mi lado, en un rincón de yaguas sufre un tísico, que sirvió con el arma en la guerra entera, y esta vez también sigue pálido y seco a su columna, sentado a la mujeriega en su arrenquín; está serena afuera la noche de este día en que no vi el sol sino cuando las fuerzas formadas quisieron oír hablar al que, con un cariño que en esto rechazo, llaman “el Presidente”. Mi alma es sencilla. En vez de aceptar, siquiera en lo íntimo de la conciencia soberbia, este título con que desde mi aparición en estos campos me saludaron, lo pongo aparte, y ya en público lo rechacé, y lo rechazaré oficialmente, porque ni en mí, ni en persona alguna, se ajustaría a las conveniencias y condiciones recién nacidas de la Revolución. Ella crece natural y sana, exquisita como una niña en sus afectos, pura como sólo lo es en el mundo el aire de la libertad. Es innegable el afán revolucionario en campos y poblaciones: no llega noticia hostil, y cuantas vienen son de adhesión y de servicio: corre aire heroico: ya es una carta de mujer, amiga admirable, que guía y salva desde su vejez enferma a las tropas hermanas: ya son dos jinetes frenéticos que se lanzan, dando vivas, a nuestro cuello: ya es un pueblo todo, que se quiere salir y pide ayuda; ya la comisión que va, montada en los caballos que tomó a la guardia civil, a recoger las armas que le tiene guardadas el vecino. Y a mí también me han regalado un caballo blanco. De aquí a dos días, volveremos al camino; a seguir ordenando, como aquí, y poniendo en vía igual estas sanas voluntades; a recorrer el Oriente entero, cubierto de nuestra gente, y deponer ante sus representantes nuestra autoridad, y que ellos den gobierno propio a la República. —Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño.

¿Por qué me vuelvo a acordar ahora de la larga marcha, —para mí la primera marcha de batalla— que siguió al

combate victorioso con que nos recibió el valiente y sencillo José Maceo?

Porque fue muy bella, y quisiera que Uds. la hubieran visto conmigo. ¿O tenía el cielo balcones, y los seres que me son queridos estaban asomados a uno de ellos? A la mañana veníamos aún los pocos de la expedición de Baracoa, los seis, y los que se nos fueron uniendo revueltos por el monte de espinas y con la mano al arma, esperando por cada vereda al enemigo. Retumba de repente el tiroteo como a pocos pasos de nosotros, y el fuego es de dos horas. Los nuestros han vencido. Cien cubanos bisoños han apagado treinta hombres de la columna entera de Guantánamo: trescientos teníamos, pero sólo pelearon cien.

Ellos se van pueblo adentro, deshechos, ensangrentados, con los muertos en brazos, regando las armas. En el camino mismo del combate nos esperaban los cubanos triunfadores: se echan de los caballos abajo: se abrazan y nos vitorean: nos suben a caballo; y nos calzan las espuelas. ¿Cómo no me inspira horror la mancha de sangre que hay en el camino, ni la sangre a medio secar de una cabeza que ya está enterrada, en la cartera que le puso de almohada un jinete nuestro? Y al sol de la tarde emprendemos la marcha de victoria, de vuelta al campamento: a las doce de la noche habían salido por ríos y cañaverales y espinares, a salvarnos: acababan de llegar, ya cerca, cuando les cae encima el español, sin almuerzo pelearon las dos horas; y con galletas engañaron el hambre del triunfo: y emprendían el viaje de ocho leguas, con tarde primero, alegre y clara, y luego, por bóvedas de púas, en la noche oscura. En fila de a uno iba la columna larga. Los ayudantes pasan corriendo y voceando. Nos revolvíamos caballos y de a pie; en los altos ligeros. Entra el cañaveral, y cada soldado sale con una caña de él. "Párese la columna, que hay un herido atrás." Uno hala su pierna atravesada y Gómez lo monta a su grupa. Otro herido no quiere: "No, amigo, yo no estoy muerto", y con la bala en el hombro sigue andando. ¡Los pobres pies, tan cansados! Se sientan, rifle al lado, al borde del camino: y nos sonreían gloriosos. Se oye algún

¡ay!, y más risas y el habla contenta. “¡Abran camino!” Y llega montado el recio Cartagena, Teniente Coronel que lo ganó en la guerra grande, con un hachón prendido de cardona, clavado como una lanza al estribo de cuero. Y otros hachones de tramo en tramo. O encienden los árboles que escaldan y chisporrotean, y echan al cielo su fuste de llama y una pluma de humo.

El río nos corta. Aguardamos a los cansados. Ya está a nuestro alrededor, los yareyes en la sombra. Ya es la última agua, y del otro lado el sueño. Hamacas, candelas, calderas. Ya duerme el campamento: al pie de un árbol grande iré luego a dormir, junto al machete y el revólver, y de almohada mi capa de hule: ahora hurgo el jolongo y saco de él la medicina para los heridos. ¡Qué cariñosas las estrellas... a las tres de la madrugada! A las cinco, abiertos los ojos, y a caballo.

Y han de saber que me han salido habilidades nuevas, y que a cada momento alzo la pluma, o dejo el taburete, y el corte de palma en que escribo, para adivinarle a un doliente la maluquera, porque de piedad o casualidad se me han juntado en el bagaje más remedios que ropa, y no para mí, que no estuve más sano nunca. Y ello es que tengo acierto, y ya me he ganado mi poco de reputación, sin más que saber cómo está hecho el cuerpo humano, y haber traído conmigo el milagro del yodo. Y el cariño que es otro milagro: en el que ando con tacto, y con rienda severa, no vaya la humanidad a parecer vergonzosa adulación, aunque es rara la claridad del alma, y como finura en el sentir, que embellece, por entre palabras pícaras y disputas y fritos y guisos, esta vida de campamento.

¡Si nos vieran a la hora de comer! Volcamos el taburete, para que en uno nos sentemos dos: de la carne hervida con plátanos, y a poca sal, nos servimos en jícara de coco y en platos escasos: a veces es festín, y hay plátano frito, y tasajo con huevos, y gallina entomatada: lo usual es carnaza, y de postre un plátano verdín, o una uña de miel de abeja. Otros más diestros, cuecen fino; pero este cuartel general, con su asistente español, anda muy ocu-

pado. ¿Y mi traje? Pues pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas.

Se va el correo...

A Estrada, el alma henchida. Cuando escribo es para él.

Escríbanme por Gonzalo.

(...)

MARTÍ

Altagracia, Holguín, 9 de mayo de 1895

(...)

A reserva de más larga carta, que pronto podré escribirles desde Manzanillo, ansioso ya, con más premura que las de las leguas continuas y los sucesos, de poder guiarlos conforme a un plan rápido y general, les pongo estas líneas ya en tierras de Holguín, tan nuestras como cuanto he visto, y con sus 500 hombres armados, oyendo hablar al fervoroso Miró y al abnegado Rafael Manduley, brillante e impetuoso en Holguín.

(...)

Vamos a Masó, venimos de Maceo. ¡Qué entusiasta revista la de los 3.000 hombres de a pie y a caballo que tenía a las puertas de Santiago de Cuba! ¡Qué erguido en su hermoso caballo el valiente Rabí! ¡Qué lleno de triunfos y de esperanza Antonio Maceo! Y nosotros hasta hoy paseamos salvos la comarca. Hoy salimos con escasa escolta del campamento de Quintín Banderas. Y de Masó al Camagüey. Se entrará pronto en todas partes, a la vez, en las operaciones más activas que permite ya contra el enemigo aturdido y receloso, la ordenación, entusiasmo y agresión continuas de nuestras fuerzas.

(...)

100 hombres apiñados respiran en el casuco donde escribo, con la vela en un jarro. He de acabar. Gran cariño he encontrado en Holguín de gente toda blanca, que lee y escribe, y marcial.

Les hubiera enternecido el arrebató del Campamento de Maceo y el rostro resplandeciente con que me seguían de cuerpo en cuerpo los hijos de Santiago de Cuba.

Gómez, organizador enérgico. Mi fatiga será grande y haré cuanto en este campo glorioso puedan Cuba y Uds., esperar de mí...

Adiós les digo, con el júbilo de ver aquí a los cubanos *negados a España*, y enamorados de la revolución. Auxilio rápido, un gran revuelo, y gloria –y martirio.

Todos duermen a mi alrededor; velo. El más tierno cariño de su

JOSÉ MARTÍ

A MANUEL MERCADO

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895¹

Señor Manuel Mercado

Mi hermano queridísimo:

YA PUEDO escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ese de Ud. y mío—, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia, —les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla

1. Última carta escrita por Martí.

de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país, —la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del *Herald*, Eugenio Bryson: —de un sindicato yanqui —que no será— con garantía de las aduanas, hartamente empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte; —incapacitado afortunadamente, por su entrapada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson, —aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la Revolución, —el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español, —y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba. —Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos. —Y aún me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual presidente desaparezca, a la presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión,

el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará, —o yo se lo hallaré. —Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodados. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el general Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle; —alzamos gente a nuestro paso; —siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la Revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La Revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana, —la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la República, que la que empuja y man-

tiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Ud. lo enorgullece.

Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es éste y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad...¹

1. El texto de la carta queda interrumpido aquí.



ÍNDICE

<i>Presentación de Julio E. Miranda</i>	5
A la madre	
10 de noviembre [1869]	9
A Rafael María de Mendive	
15 de enero 1871	11
A Rosario de la Peña	
[México, 1875]	12
[México, 1875]	13
A Manuel Mercado	
Veracruz, 1º de enero de 1877	15
Guatemala, abril 19 de 1877	19
Día 11 de agosto [1877]	23
21 de septiembre [1877]	24
A Valero Pujol	
27 de noviembre [1877]	27
A Manuel Mercado	
Chilpancingo, 1º de enero, 1878	32
Guatemala, 8 de marzo [1878]	33
Guatemala, 30 de marzo [1878]	37
Guatemala, 20 de abril [1878]	40
Guatemala, 6 de julio 1878	43
[1878]	48
Habana, 17 de enero [1879]	50
A Miguel F. Viondi	
Nueva York, 8 de enero de 1880	54
A su hermana Amelia	
[Nueva York, 1880]	57
A Manuel Mercado	
New York, 6 de mayo [1880]	60
A Fausto Teodoro de Aldrey	
Caracas, 27 de julio de 1881	63

A Enrique José Varona New York, 1º de diciembre [1881]	65
A Diego Jugo Ramírez Nueva York, 9 de diciembre [1881]	67
A Gabriel de Zéndegui New York, 28 de julio [1882]	69
A Manuel Mercado N.Y. 11 de agosto [1882]	70
A su hermana Amelia New York, Febrero 28 [1883]	74
A José García [1884]	77
A Manuel Mercado New York, 12 de abril [1884]	79
Al General Máximo Gómez New York, 20 de octubre de 1884	81
A Manuel Mercado N. York, 13 de noviembre [1884]	86
[1885]	92
Abril 22 [1886]	92
A José García Febrero 1887	100
A Fermín Valdés Domínguez New York, 28 de febrero de 1887	102
A Manuel Mercado 19 de febrero [1888]	104
A Enrique Estrázulas Viernes, 20 de abril [1888]	107
[Junio o julio de 1888]	110
A Manuel Mercado Julio 26 de 1888	113
Septiembre 14 [1888]	117
A Rafael Serra [Marzo, 1889]	121

A Manuel Mercado New York, 3 de agosto 1889	123
A Serafín Bello New York, 16 de noviembre de 1889	127
A Manuel Mercado [Noviembre 26 de 1889]	131
A Rafael Serra [Septiembre, 1890]	133
Marzo [1891]	135
A la madre [1892]	137
A José Dolores Poyo 20 de abril de 1892	138
[Abril, 1892]	140
A Gonzalo de Quesada Gonaives, 8 de septiembre [1892]	143
A Rafael Serra [1893]	145
[1893]	145
A José Dolores Poyo Key West, diciembre 20 de 1893	147
A José M. Vargas Vila Marzo 14, 1894	149
A Fermín Valdés Domínguez New York, abril 18, 1894	151
[Nueva York, mayo, 1894]	153
A la madre Mayo 15 de 1894	156
A José García Mayo 15 de 1894	159
A María Mantilla Waycross, Ga., 28 de mayo 1894	160
29 de mayo [1894]	161
[México, julio de 1894]	162

A Rafael Serra	
Enero 30 [1895]	164
A María Mantilla	
Febrero 2, 1895	165
A Carmen Mantilla	167
2 de febrero, 1895	
A María Mantilla	
Santiago de los Caballeros,	
19 de Feb. [1895]	169
A Tomás Estrada Palma	
[Montecristi, marzo 16 de 1895]	170
A Carmen Mantilla	
M.C. 18 marzo [1895]	172
A María y Carmen Mantilla	
25 marzo [1895]	173
A la madre	
Montecristi, 25 de marzo, 1895	174
A Federico Henríquez y Carvajal	
Montecristi, 25 de marzo, 1895	175
A Gonzalo de Quesada	
Montecristi, 1º de abril, 1895	178
1º abril [1895]	182
A su hijo	
1º de abril de 1895	183
A María Mantilla	
[Cabo Haitiano, 1895]	184
A Carmen Mantilla	
9 de abril [1895]	192
[1895]	193
[1895]	193
A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra	
[Cerca de Baracoa] 15 de abril [1895]	195

A Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos	
Abril 10 de 1895	202
Jurisdicción de Baracoa, 16 de abril de 1895	203
Cerca de Guantánamo, 26 de abril de 1895	205
Cerca de Guantánamo, 28 de abril de 1895	206
Altagracia, Holguín, 9 de mayo de 1895	210
A Manuel Mercado	
Campamento de Dos Ríos,	
18 de mayo de 1895	212

La presente edición, se terminó en el mes de Agosto de 2003, en las prensas de Editorial Arte, Caracas. La edición consta de 1.500 ejemplares.